

Castilla

!
Felipe V.



B
964

NO SE PRESTA

**Sólo puede consultarse
dentro de la sala de lectura**



1171849

B 964

1022086

CASTILLA Y FELIPE V

1er 0935

860-9478
7419

JOSÉ GARCÍA LAGO

Castilla

Y

Felipe V



VALLADOLID:
Imp. de Hijos de J. Pastor,
LIBERTAD, 13 Y 18.

1897.

86-31

JOSE GARCIA LAGO

Castilla

Es propiedad del autor.
Queda hecho el depósito que
marca la ley.

ALFONSO
1900



Dos viajeros



OCABA el sol á su ocaso una tarde del mes de Diciembre.

Por el camino de Castilla dos hombres ginetes en caballos de fatiga avanzaban preocupados y silenciosos. Debía hacer bastante tiempo que habían comenzado la jornada á juzgar por el paso lento de las cabalgaduras.

Los ginetes y caballos iban cubiertos de blanquecino polvo, y por bajo de los largos tabardos que cubrían á aquéllos, veíanse las puntas de las largas y anchas hojas de sus espadas metidas en fuertes vainas de cuero sujetas por acerados remates.

De pronto, el que iba á la izquierda del camino dijo á su acompañante en tono respetuoso:

--Señor, si os parece haremos alto y pasaremos la noche en la venta del Ventisquero.

—¿Qué tiempo nos falta para llegar á ella?

—Sobre media hora de camino.

—¿La conoces? ¿es buen ventero el dueño?

—Sí, señor; le conozco porque sirvió en las banderas del rey Don Carlos y cuenta con buen menaje, comestibles y buen vino rancio castellano viejo.

—Bien; en cuanto lleguemos le mandas disponer cena y camas, que éstas sean limpias y aquélla abundante y bien condimentada, y que cuide los caballos.

—Este cuidado corre de mi cuenta, bien lo sabéis; porque aunque buen ventero, cuida como todos, mejor del arca de la cebada, que de las caballerías que entran en su cuadra.

Nuevo silencio guardaron hasta que, bajando la inclinación del camino, llegaron á un caserío grande cuyo ancho portal estaba alumbrado por un farol que, colgado del techo, pendía de una de las vigas que formaban su atirantado.

Tan pronto como los caballos pisaron el empedrado portal del parador apareció un hombre joven con otro farolillo de la mano, quien se adelantó hacia los ginetes ayudándolos á descabalgar.

Cogió el más viejo de los caminantes los caballos del diestro, marchando tras del joven que

había aparecido, desapareciendo ambos por una pequeña puerta sobre la que se leía *Cuadra*.

El otro viajero quedose aguardando en el portal al que había cogido las caballerías, conduciéndolas tras de él.

No tardó mucho tiempo en presentarse en el portal con las guarniciones y bocados pendientes del brazo izquierdo, los cuales entregó al joven que apareció con el farolillo momentos antes.

—Cuida de darnos habitación, cena abundante y buenas camas.

—Aguarden sus mercedes aviso á mi amo el dueño de la venta.

Y esto diciendo alejose hacia el interior del parador.

Poco tiempo tardó en presentarse á los viajeros acompañado de un hombre de baja estatura, grueso, de cara redonda, ojos pequeños é inquietos y una sonrisa que dibujaban sus gruesos labios precursora de cierta malicia.

Vestía un viejo colete acordonado por delante, calzón corto y medias blancas de lana. Su calzado consistía en fuertes borceguíes reforzados por gruesos clavos en las plantas.

Llevaba la cabeza descubierta é iba con los brazos desnudos por llevar las mangas de la camisa, que era de hilo crudo, remangadas.

Tan pronto llegó donde estaban los viajeros, hizo una reverencia demasiado pronunciada, diciéndoles al mismo tiempo:

—Sígueme sus mercedes, señores caballeros.

Y siguiendo por el portal adelante, torcieron á la derecha, empezando á subir por una escalera cuyos peldaños estaban enyesados é impedían el ruido que pudiesen producir las pisadas.

Llegaron á la planta principal y atravesando un largo pasillo, penetraron en una habitación cuyos únicos muebles allí contenidos que servían de adorno á tan modesta habitación, consistían en una mesa, dos taburetes de madera y una cabeza de venado disecada, colgada de la pared por encima del sitio que ocupaba la puerta de entrada.

El ventero, que marchaba delante de sus huéspedes con un farolillo en la mano, díjoles después de abrir la puerta y dejarlo sobre la mesa:

—Es la mejor habitación que tengo, en la que creo estarán sus mercedes bien servidos. Voy á mandar que suban á haceros las camas porque tendreis deseos de descansar; se conoce que vuestra caminata ha sido larga.

—Pero se os olvida que nuestro apetito no ha sido satisfecho, objetole el de más edad de los recién llegados.

—No pensaba echar en olvido tal necesidad, replicó el ventero.

—Pues decid qué cena nos preparareis.

—Tengo unas perdices estofadas, dignas del más escrupuloso infanzón, que dispuse para que las tomara el señor de Medina de las Torres, á quien no quise servírselas.

—¡Cómo! ¿Pasó por aquí D. Rodrigo? exclamó el más joven.

—Ayer al mediodía.

—¿Solo ó con su escudero?

—Con su escudero y otros dos caballeros con los suyos.

—¿Dijeron el punto donde marchaban?

—Señor caballero, veo sois curioso como una dueña, contestó el ventero.

Quedose mirándole el joven, y con voz que parecía contener un mal disimulado enojo, le amenazó con decirle:

—Por la Virgen del Amparo, que no sé cómo me contengo y os regalo una fuerte paliza, ladrón ventero.

Y avanzó dos pasos en dirección á donde aquél se encontraba, quien al ver la actitud resuelta del joven, retrocedió y salió de la estancia.

—Señor, dijo al joven el de más edad, contened vuestros ímpetus; procurad dominaros y reflexionad que cualquier contratiempo que nos pudiese ocurrir nos perjudicaría grandemente.

—Tienes razón, Antonio; pero ese ventero me ha comparado de un modo tan poco conveniente, que con su comparación ha ultrajado la excelencia de mi persona.

Iba á replicarle y se contuvo, porque en el mismo instante apareció una moza llevando una cesta y algunas viandas que colocó sobre la mesa.

Pronto sirvió la cena, tras de lo cual salió, dejando solos á los dos personajes recién llegados.

Quitáronse los tabardos, que dejaron sobre las camas dispuestas en otra habitación cercana que servía de alcoba, tras de lo que y sentándose en los taburetes, uno frente del otro, comenzaron á reparar sus fuerzas

Dieron principio á la cena con un silencio sólo interrumpido por el leve ruido producido por la masticación, pero en el momento que Antonio escanciaba un espumoso vino blanco en los vasos que sobre la mesa había, abriose violentamente una ventana que daba al campo.

Nuestros personajes quedáronse mirando hacia la parte donde escucharon partiera el ruido.

Como la ventana permaneciese abierta y el viento silbara con continuado ímpetu, púdose notar que cerca de las paredes del edificio había un corpulento y copudo nogal, cuyas largas y frondosas ramas rozaban las paredes, produciendo al mecerse un ruido parecido al quejido exhalado por algún ser humano.

—¿Qué sombra me parece distinguir por la parte de afuera de la casa? preguntó el viejo al mozo.

—No te alarmes, Antonio; es un grande y hermoso arbol amentáceo que produce las nueces, el que, al ser sacudido por el fuerte viento, ocasiona el ruido que oímos.

—¿Es decir que es un nogal?

—Precisamente; y descuida, que el aire movido

y agitado que sacude su ramaje cesará pronto, porque me parece proveer ser de fuerte tormenta. Levántate y cierra las maderas de la ventana.

Antonio se levantó y dirigiéndose á la ventana, cerró las maderas.

El viento aumentaba. De vez en cuando oíase el seco y prolongado tableteo del trueno.

El ánimo de aquellos hombres fluctuaba entre el temor y la ira, porque la venta ó parador en que se encontraban estaba situada en medio de la sierra del Guadarrama, tan famosa por los frecuentes robos que en ella se cometían, como por la abundancia de alimañas que la poblaban.

—Señor, exclamó Antonio, os voy á proponer que cuando os echeis en la cama sea sin desnudaros.

—¿Qué, tenéis miedo?

—No lo digo por eso, lo digo porque el lugar que ocupa esta venta me parece poco seguro. Yo por mi parte estoy deseando que la luz del sol aparezca en el horizonte.

—Termina de cenar y llama al ventero desde la puerta de esta habitación.

Antonio, sin hacerse esperar se levantó, abrió la puerta de la habitación y desde el dintel de la misma exclamó con voz exténtorea:

—¡Ah de casa!

Poco tardó en subir y presentarse el mozalvete que los recibiera á su llegada, quien preguntó con tono humilde:

—¿Qué quieren sus mercedes?

—Que pases, díjole Antonio.

El mozalvete pasó á la sala que ocupaban.

El joven quedose parado frente al caballero que sentado le aguardaba, descubriéndose y guardando una respetuosa actitud.

El caballero mirole de pies á cabeza. Una vez hecho tal reconocimiento le preguntó:

—Dime quién es tu amo, y toma este doblón para recuerdo.

El mozo no contestó. No hacía más que mirar hacia la ventana y dar vueltas á la caperuza ó montera que entre sus manos tenía.

Aunque con impaciencia volviole con dulzura á repetir la pregunta el joven.

—Señor caballero, no me atrevo.

—¿Por qué causa? díjole Antonio.

—Porque mi amo me tendría un mes á pan y agua si supiera que yo había dado informes de él á cualquier huésped ó viajero.

—Descuida, que nada sabrá por nuestra parte.

—Pues bien; mi amo..... es..... el ventero.....

—No abrigues temor alguno, porque si acaso tienes algún peligro, desde ahora vienes á nuestro servicio, con que así contesta.

—Pues mi amo es el capitán de una gavilla de...

—Ladrones, ¿no es eso? añadió Antonio.

—Así dicen los pastores que pasan por estos lugares.

—¿Qué gente hay en la venta?

—Vuestras mercedes, señores caballeros.

—¿Y no hay ningún forastero más?

—Ninguno.

Antonio y su acompañante se cruzaron una mirada de inteligencia, tras de cuya expresiva escena le ordenaron silencio y diligencia.

Antonio, satisfecho con la categórica contestación que el mozo le diera, le mandó le acompañara.

Uno y otro dirigieronse á la planta baja del mesón ó venta, el otro caballero les seguía llevando los tabardos en el brazo izquierdo. Antonio que marchaba tras de ambos jóvenes, llevaba el farolillo también en la mano izquierda: con la derecha acariciaba la cacerola de su espada.

Bajaron al portal metiéndose en la cuadra.

Llegaron hasta donde estaban los caballos, quedándose sorprendidos al ver que tenían puestos otros bocados ó frenos distintos á los suyos, porque Antonio les llevaba pendientes del brazo.

—¡Pardiez! ¿Qué veo? y Antonio levantó el farol hasta la altura de su cabeza, moviendo con la otra mano la de los caballos.

—¡Señor, estamos vendidos! Ayudadme y presto salgamos de esta venta maldita.

Antonio y el mozo quitaron á los caballos los bocados que tenían puestos, les pusieron los suyos, les desataron de los pesebres y poniéndoles unos pedazos de tela gruesa estoposa á las patas, salieron los tres hombres de la cuadra por el portal del mesón.

—Mira, mocete, tráete aquel otro caballo que

hay en el rincón de la cuadra, servirá para tí. Date prisa.

Y tan pronto fué dicho como hecho, porque el mozo traía del diestro otro caballo con montura y arreos y envueltas las patas como los demás.

Haciendo el menor ruido posible, salieron del mesón los tres hombres con sus caballos del diestro.

Antonio, una vez fuera, quedose parado frente al mozo que les acompañaba, diciéndole:

—Si nos haces traición, mueres. Si nos sirves bien y con lealtad, tendrás tu recompensa. Contesta.

—Señores caballeros, aunque voy vestido de estameña, me gustan las buenas obras. Síganme por donde vaya.

Y aquellos hombres y las caballerías que les acompañaban desaparecieron entre las sombras pavorosas de la noche, pareciéndose á errantes caminantes.

El mayor misterio parecía rodear á tan extrañas personas, juzgándoles por su recato, palabras y acciones.

Hacia el convento



El mozo que les servía de guía, les dijo á media voz:

—El camino que hemos de seguir ha de ser por breñales hasta ganar el monte. La caminata es más conveniente hacerla á pie que á caballo, uno tras de otro. Yo, que conozco el camino, iré delante, no sólo porque lo conozco palmo á palmo, sino porque todo este término es un enjambre de ladrones que, con pretexto de ser gentes que defienden al archiduque, dejan sin camisa al pasajero que atraviesa estos lugares.

—¿Tienes alguna arma para defenderte? le preguntaron.

—Solamente una hoja de cuchillo que me servía en la venta para cortar las cuerdas de los fardos de los carros.

—Eso y nada es igual; contestó Antonio. Espera.

Y Antonio se acercó á su caballo, introdujo en la pistolera su diestra y sacó de ella un pistolete que entregó al mozo diciéndole:

—Está cargado, cuida de no tocar su llave y evita una desgracia que fácilmente pudiera ocurrir.

Y por entre las quebraduras de los breñales empezaron la marcha siguiendo en dirección del Oriente.

En medio del silencio más profundo avanzaban lentamente en medio de tan tenebrosa oscuridad, evitando cuidadosamente producir ruido alguno aquellos bultos informes formados por los tres hombres y sus caballos.

No tardó mucho tiempo en romper ó aparecer los primeros albores del día, y todavía no habían concluido de faldear el monte.

El joven que caminaba entre el mozo y Antonio era el conde de Niebla, y parecía hallarse muy preocupado.

El día clareaba cada vez más.

Antonio miró á su amo, hallándole abismado en algún pensamiento que le hacía presa de la preocupación que sufría

No pudo reprimir un impulso de ira mezclado con las palabras de

—¡España en poder de extranjeros! ¡Los extranjeros codiciando á España y los españoles fraccionándose! Las leyendas recuerdan á Don Pedro I de Castilla ¡buena falta hacía en estos tiempos para que castigase ejemplarmente á la nobleza que sin rumbos políticos anda revuelta por el reino!

El Conde volviose hacia Antonio, le miró con intencion respetuosa y le dijo con suave tono:

—Guarda silencio, Antonio, no levantes en mi alma mayor tempestad que la que la agita, pues cuauto mayores son las corrientes de vientos que mézclanse en sus aguas, más aumentan sus mareas.

—Señor; yo pienso que podemos hacer alto y dar algún descanso á los caballos, que bien lo necesitan.

—Y también nosotros, porque el camino que llevamos andado es sumamente fatigoso y molesto.

El mozo que les acompañaba les condujo hacia un bosque cercano, sumamente espeso por la mucha arboleda que lo formaba é impedía ver á quien en él se refugiara.

Quitaron á los caballos los bocados, los trabaron y dejáronlos que apacentaran, descalzándolos de los paños que les pusieron en las patas.

Los tres hombres sentáronse en el suelo después que Antonio bajó de la grupa de su caballo y de un pequeño morral algunas viandas que á prevención llevaba.

Desenvainó su daga y empezó á hacer trozos un pedazo de cecina grande, un pequeño queso y un tercio de pan de hogaza. Al mozo le mandaron buscar agua en alguno de los arroyuelos que por allí había.

No bien hubo llegado á descubrir los últimos árboles, retrocedió espantado diciendo al Conde y Antonio:

—Señores caballeros, un escuadrón de ginetes avanza hacia este sitio.

—¿Estás seguro?

—Seguro.

—¿Como cuántos serán?

—Bastantes. No he podido contarlos.

—Antonio, este mocete está lleno de incertidumbre, levántate y con recato observa qué gentes son y cuántas.

Y Antonio, levantándose y dirigiéndose al otro extremo, se puso á mirar entre los árboles en la dirección que indicara el mozalbete.

No tardó mucho tiempo en volver al sitio que antes abandonara, dirigiéndose al joven y diciéndole en tono satisfecho:

—Señor, son gentes de D. Felipe, á juzgar por el color azulado de las casacas, si bien no he podido distinguir con mucha claridad el color de los uniformes, porque llevan los caballos á media rienda y los envuelve una nube de polvo.

El joven se quedó un momento pensativo.

—¿Qué hacemos, señor? le interrumpió Antonio.

—Opino que continuemos en este sitio. Son nuestros y deben ir á incorporarse en Segovia á las gentes que con el Duque de Sevilla, deben marchar al reino de Aragón á sofocar las pretensiones de los defensores del pretendiente austriaco.

—¿Y si llegan á venir al bosque, qué hacemos?

—Hasta que vengan, nada; después, veremos.

Y formando corro aquellas tres personas, sentadas sobre el césped, principiaron á tomar los trozos de cecina, el queso y el pan que Antonio momentos antes sacara del morral que descolgó de la grupa de su caballo.

Cada vez se oía con más precisión el fuerte galopar de los caballos que próximos al bosque pasaban en compacta formación, sin que ninguno de los ginetes de aquel escuadrón distinguiera á nuestros personajes.

Bien pronto desaparecieron de aquel sitio como en confuso torbellino.

Antonio, parecía pensativo y desganado de apetito.

El mozalbete y el amo de Antonio daban cuenta de las viandas preparadas por éste.

Sobraron algunos pedazos de pan que quedaron esparcidos por el suelo, los que vistos por Antonio, recojió y llevó á los caballos, no tardando éstos en dar cuenta de aquéllos.

—¿Y bien, qué hacemos? preguntó Antonio á su amo.

—Arregla los caballos.

En poco tiempo quedaron los caballos con los bocados puestos y dispuestos para la marcha.

—Ahora, escucha y fíjate en lo que voy á decirte. Este mozo, que desde hace poco tiempo nos acompaña, nos convendría saber si quiere ó no quedar á nuestro servicio, pues conforme sea su resolución obraremos: interrógale, pero sin decirle quiénes somos hasta que su contestación sea afirmativa.

Y el Conde se separó de aquel sitio hasta el otro extremo del bosque, mientras Antonio, llamando al mozalbete, comenzó preguntándole:

—¿Qué años cuentas?

—Diecinueve.

—¿Cómo te llamas?

—No lo sé.

—¿Cómo! ¿No sabes quiénes fueron tus padres?

—No; no los he conocido; no sé quiénes habrán sido.

—¿Pues quiénes has tenido y respetado como padres?

—A un molinero que antes fué soldado en las banderas del rey D. Carlos, que me recogió y me tuvo hasta que murió hace tres años.

—¿Cómo se llamaba?

—Rebellín.

Antonio se quedó mirando fijamente al mozo un buen rato, hasta que sin duda hizo memoria de algún lejano recuerdo.

—¿Dijiste Rebellín?

— Así oí siempre llamarle.

— Dime sus señas.

— Alto, enjuto de carnes, mirada torva, pelo largo y canoso, con un dedo de menos en la mano izquierda y una ancha cicatriz en la frente, el bigote le tenía largo y crespo.

— ¡El mismo! dijo para sí Antonio. ¡El mismo, no me cabe duda!

— ¿Y no recuerdas algo más?

— No.

— ¿Y te trataba bien?

— Nunca llegó á hablarme con palabras que me ofendieran; siempre me trataba con el aprecio de alguna persona de mi familia, y recuerdo que me decía algunas veces que no sentía más que morir-se por dejarme tan joven en el mundo. Parecía hombre de buenos intentos y era valiente.

Y al mozalbete se le escaparon algunas lágrimas que no pudo contener y se deslizaron por sus mejillas.

Pequeña pausa siguió á esta escena, porque Antonio no queriendo sin duda alargar por más tiempo el interrogatorio, díjole al mozo:

— El joven señor que me acompaña es una de las más nobles personas de la grandeza de España. ¿Te conviene quedar á su servicio ó es tu gusto marcharte?

Duró un intervalo el silencio guardado por el mozo, hasta que por fin contestó resueltamente:

—No me queda otro recurso que seguir el camino emprendido con vuestras mercedes, señores caballeros, desde que abandoné á mi amo el ventero, con que así elijo quedarme al servicio del amo de vuesa merced.

Estas palabras fueron oídas por el Conde, quien adelantándose hacia el joven, le objetó:

—Una condición te impongo, Rebellín, la de que antepongas siempre el honor á la infamia y la lealtad á la traición. Yo soy el Conde de Niebla y este leal servidor mío que me acompaña es mi escudero, todo cuanto te mande él es igual que si yo te lo mandara. Así nada más tengo que decirte que con Antonio te entenderás en lo sucesivo, de él recibirás las órdenes de cuanto se le ocurra, y observa que es muy grande el respeto que le profeso, igual al de un padre.

—Bien lo veo, señor, que cuando tal respeto le teneis será porque debeis estimarlo mucho.

—Sin duda alguna, me quiere como á un hijo y tengo fehacientes é inolvidables pruebas recibidas de cariño, lealtad y adhesión fidelísima; por esto mismo y porque su corazón me pertenece, le miro como á segundo padre. Procura imitarle.

Y el joven, dirigiendo su mirada al cielo, contestó al Conde:

—Por Dios y mi alma, que el seor Antonio primero y yo después, hemos de ser las más fieles personas que os rodean.

—Antonio, pongá nonosen marcha que ya es hora.

Y marchando hacia donde estaban los caballos, montaron en ellos y abandonaron el bosque.

—¿En qué sitio nos encontramos, Antonio? preguntó el Conde.

—No lo sé fijamente, señor, Rebellín os lo dirá.

—A un lado del Guadarrama y cerca de los famosos pinares de Balsain, contestó Rebellín.

—¿Muy distantes?

—Del puerto dos leguas y de los pinares dos y media.

—¿Sabes al convento del Esparragal?

—Hace tiempo estuve en sus alrededores y no creo se me haya olvidado el camino y aunque estamos con tiempo bastante, conviene no nos descuidemos, porque todavía nos falta faldear bastante el monte á la salida del bosque.

—Pues bien, marcha delante puesto que conoces estos lugares.

Y esto diciendo tomaron la dirección de la salida del bosque, Rebellín, marchando delante, detras de éste el Conde y por último Antonio.

Tan espesa era la arboleda que los ginetes veíanse obligados á marchar uno en pos de otro, y tan bello era el bosque que el sol apenas podía hacer atravesar sus dorados rayos por el espeso ramaje de los árboles.

El sol naciente desparramando sus primeros rayos herloseaba aquellos lugares de modo tal, que cautivaban al ánimo más triste.

Hacia tiempo que aquellos tres hombres iban

atravesando el bosque silenciosa y pensativamente por entre aquel exceso de árboles y matas que lo poblaban.

Ninguno de ellos se atrevía á proferir palabra alguna que sirviese á los demás de causa de distracción á sus preocupaciones.

Los caballos y ginetes marchaban al paso, porque no era posible atravesar tales lugares de tan salvaje y pródida vegetación con mayor celeridad.

Hacia media hora que habían principiado tal caminata y el terreno empezaba á mostrarse con más aridez. Era señal inequívoca de que iban trasponiendo el bosque y faldeando el monte.

A poco más que siguieron andando halláronse en sus límites, saliendo á un escampado formado por tierras sembradas unas, yermas otras, contemplándose en lontananza unas alturas coronadas de blanquecina nieve, y sobre éstas como una nube algo movediza, que no era sino el vapor originado por el calórico de la tierra que descomponía la nieve y que formaba aquella especie de niebla que por su pesadez no podía subir á la media región del aire.

Rebellín, que caminaba delante sirviendo de guía, se detuvo.

Tan pronto quedose parado el mozalbete, le preguntó el Conde:

—¿Qué ocurre?

—Que hemos salido del bosque, faldeado el

monte y nos encontramos desde donde podemos dirigirnos á donde nos convenga.

—Guíanos al convento del Esparragal.

Y esto ordenado, espolearon á los caballos continuando la marcha, saliendo prontamente á un sendero hecho en los linderos de dos tierras que las separaban.

Aun seguían caminando, cuando preguntó el Conde nuevamente:

—¿Pero nos falta aun mucho para llegar al convento?

—Poco. ¿Veis allá á lo lejos aquel caserón grande que le rodean algunos árboles?

—Sí.

—Aquel es el convento.

—Pues acelera más el paso de tu caballo.

Rebellín y sus acompañantes tardaron poco tiempo en llegar á una esplanada cubierta de tierra, alfombrada de menuda yerba, entretejida de raíces que procedían de los seculares árboles que la adornaban cual esbeltas columnas colocadas en aquel sitio ó paraje por la sabia naturaleza.

Llegaron á tiempo que un hombre vestido con rústicos ropajes salía por una de las puertas del edificio.

La presencia de aquellos tres hombres á caballo despertó cierta curiosidad en el campesino, pero sin darle tiempo á preguntar le dijo el Conde:

—Supongo sereis algún servidor del convento;

si es así, me direis si en él se encuentra el señor Abad.

—En él se encuentra. ¿Queréis que llame?

—Sí, llamad.

Y agarrando la anilla que pendía de una cadenita de hierro, tiró de ella alejándose enseguida.

Oyose el tañido de una campana en el interior del edificio.

A poco de escucharse tal ruido apareció un religioso por dentro del portal, sin trasponer sus umbrales, cubierta su cabeza por la capucha del hábito y las manos metidas entre las anchas mangas de aquél.

Como se hallasen pie á tierra el Conde y Antonio y hubiesen entregado los caballos á Rebellín que permanecía montado teniéndolos del diestro, avanzaron hacia el religioso saludándole ligeramente con sus sombreros de tres cañiles.

El Conde, sin dar lugar á que Antonio tomara la palabra, dijo al religioso.

—Hermano, Dios os guarde en unión de vuestra Comunidad.

—Y á vos también, caballero. ¿Qué deseais?

—Me han dicho que este es el convento del Esparragal.

—Lo es.

—Pues bien; deseo ver y hablar con el abad, el buen padre José.

—¿Y quién digo que desea visitarle?

—Quien dice este trozo de pergamino; tomadle.

Y el Conde entregó un pequeño pergamino que sacó de entre su bordada casaca.

—Tened la bondad de esperar un momento mientras cumplo vuestro recado, caballero.

Y desapareció, tardando poco tiempo en volver y decir al Conde:

—Pasad, señor, y seguidme.

Antonio y el Conde siguieron al religioso, quienes tan pronto traspusieron la puerta exterior del edificio, se descubrieron.

Penetraron en un ancho patio rodeado de columnas de granito, en uno de cuyos extremos principiaba una ancha escalera de suave pendiente, excesivamente limpia, por cuyas paredes veíanse cuadros de épocas diferentes, representando asuntos religiosos.

Al pie de la escalera y en actitud de aguardar á algún recién llegado, hallábanse dos religiosos; uno de ellos de mediana edad, el otro de edad más avanzada.

El Conde tan pronto distinguió al anciano, aceleró el paso alargando su diestra con intento de besar la del religioso.

Este echose la capucha atrás, dejándola caer sobre sus espaldas, y sin dar tiempo alguno á que la llevara á sus labios, la retuvo entre las suyas con cariñosa solicitud, preguntándole con voz alterada por la emoción:

—¿Hijo mío, cómo por estos lugares?



—A veros, buen padre José, y cumplir un servicio de mucha monta y urgencia.

—Pues subamos á mi celda y disponed de toda mi confianza.

El otro religioso se retiró.

El anciano y el Conde, seguidos de Antonio, caminaron por un ancho y largo corredor que tenía á derecha é izquierda bastantes puertas.

Las tres personas penetraron por una de ellas.

El anciano, llevado por la discreción y confianza, hizo cierta extrañeza que fué comprendida por el Conde, y para disipársela dijo á Antonio:

—Antonio, quédate por fuera de la celda y junto á la puerta para impedir miradas curiosas ó cualquier importunidad.

Atravesaron una habitación que no tenía más muebles que una modesta cama, dos sillones de madera forrados de cuero por el asiento y respaldo, un grande crucifijo bien escultado, una mesa de nogal con pies torneados sobre la que había un tintero y salvadera de barro cocido, algunas plumas de ave, sentándose uno frente del otro.

El anciano, dispuesto á la mayor atención, dirigió la palabra al Conde:

—Podeis empezar á decirme las causas de vuestro arribo á esta celda mía, que como únicos bienes terrenales que poseo, podeis tener por muy vuestros, ofrecimiento que hágoos con todos mis mejores intentos caritativos.

—Gracias, buen padre José. Permitidme os

demuestre mi admiración y gratitud á vuestro saber, honrosos procederes y ejemplares virtudes.

Y esto diciendo, descubriose, adelantándose hasta llegar donde estaba el anciano, cojerle su diestra y estampar humilde y respetuoso un ósculo.

El anciano, echándole suavemente las manos á los hombros, le hizo perder aquella actitud. Por su enjuto rostro sembrado de blancos y nacientes cabellos á modo de hebras delgadas, le hacían aparecer con una severidad dulce y expresiva.

El Conde advirtió dos lágrimas que inundaban el rostro del anciano y surcaban su semblante.

—Señor, no extrañéis mi tardanza en comenzar mi relato, porque me llenais de tanta emoción como la que veo sentís.

—Hijo mío, tienes razón; tu presencia me emociona, ó lo que es igual, me causa tan grande placer, que hace á mi ánimo manifestarlo á mi exterior. ¡Es tanto lo que te amo; tanto, que no parece sino eres hijo mío naturalmente habido por causas procreativas! Sabes que yo fuí amigo de tu padre el difunto Conde de Niebla; que te conocí de niño, que con tu padre sostuve una amistad honrada y bien sentida y con estos motivos conservo tan indelebles recuerdos por los sucesos acaecidos, que no he podido olvidar en mis años y que refluye en tí todo aquel amor que sentí.

El Conde miraba estático al anciano y le es-

cuchaba con cierto interés que le subyugaba, que le dominaba, pues á juzgar por las palabras del anciano, debió presenciar el joven magnate en alguna ocasión escenas habidas entre aquél y su padre, de las que conmueven el ánimo de las personas, porque después que el anciano terminó, replicole el joven:

—Señor, dad al olvido sucesos pasados y sabed que mi difunto padre en vuestras ausencias siempre hizo justicia á vuestro talento, cariño hacia él y virtudes que poseeis. Además; esto tengo reconocido en vos, y si mi padre hubiese llegado á desconocerlo un momento siquiera, yo en este instante y como buen hijo prontamente os daría en su nombre la mejor confirmación á vuestros merecimientos personales y á lo mucho que le idolatrásteis.

—Gracias, hijo mío; tu siempre has sido un joven ilustrado y de recto sentido, con buenas acciones; tus palabras recojo en mi corazón para amarte y en mi memoria para tenerte siempre que estés alejado de mí.

Y levantándose, yendo hacia él y mirándole con dulzura, le acarició sus manos nuevamente.

Aquella escena tan conmovedora debiera tomarse por modelo de amor y del más sublime afecto humano.

El Conde por su parte parecía embargado, miraba al anciano con enternecimiento y sus ojos reprimían lágrimas.

¡¡Qué escena tan sublimemente bella; era el colmo de los más grandes goces del alma!!

Como el imán retiene al acero, hallábanse el anciano y el joven.

Antonio, el fiel criado del Conde, miraba al grupo formado por su señor y el Abad con enternecimiento, á juzgar por dos gruesas lágrimas que rodaban por su curtido rostro y de cuyo grupo no separaba sus miradas.

Aquel viejo servidor del Conde en la actitud que guardaba, parecía más que persona humana, una figura escultórica puesta de intento en el umbral de la celda donde tenía lugar escena tan sublimemente grandiosa por lo humana y tierna.

El corazón de aquellos hombres latía á impulsos del amor más puro por sus dulzuras, el amor á la patria y la lealtad á España.

Separose el anciano del joven y ambos se sentaron en los dos sillones que á los lados de la mesa había y tras pequeña pausa díjole aquél á éste:

—Me dijísteis que sois portador de un mensaje de gran importancia para mí.

—Sí, señor.

—Pues empezad á cumplirle.

Y el Conde, introduciendo su diestra en el pecho, después de desabrocharse la casaca, sacó un pergamino rollado que entregó al Abad.

Este le desenrolló, leyó con ligereza y fijando su vista en el joven, le dijo con acento enérgico:

—No puede ser lo que no es lícito: mejor aún, lo que no es lícito no debe consumarse entre honrados hombres.

El Conde desde su sitio y Antonio desde el suyo, no apartaban la vista del anciano en medio de cierta estupefacción que les causara las severas y sentenciosas palabras que oyeron.

Tras breve pausa preguntó al Conde el Abad:

—Deseo conocer vuestras voluntades y opiniones sobre el asunto gravísimo por que España atraviesa.

—Ninguna me he formado, buen padre José, pero cumpliré las que me indiqueis, puesto que para eso he venido á vuestra presencia, porque habiendo sido el único amigo verdadero del alma que tuvo mi padre el difunto Conde, y siéndome conocida vuestra inequívoca adhesión á mi persona, mi corazón me ordena que en tan difícil situación como me hallo, de vos me guíe como si fuera de aquel que perdí para siempre.

—¡Y eso me dices! ¡Has podido dudar, hijo mío, alguna vez del buen temple de mi corazón! ¡No sabes que si algún disgusto he sufrido con tu padre, puede haber sido originado por exceso de cariño hacia él, y que siendo esto así, en tí le tengo depositado igual en un todo al sentido por él, ó si se quiere más vigoroso aún!

—No lo desconozco, porque me consta.

—Pues bien; así las cosas, retírate á descansar y también tu escudero que me parece lo necesitais en tanto me ocupo de meditar el plan que hemos de seguir en el asunto tan trascendente que aquí te ha traído á esta reducida celda en que sólo pienso en practicar los más grandes deberes de mi cargo, y desde la que contemplo la soledad del mundo terrenal donde sólo se agitan traiciones, deslealtades, rencores, envidias y desenfrenos corporales por las pasiones movidas por la falta de educación intelectual y del corazón.

—Acepto, buen padre José, vuestra hospitalidad, pero os hago presente que somos mi criado Antonio, otro que aguardando nos está á la puerta del convento cuidando de los caballos y yo.

—Descuidad que todos vosotros pernoctareis y también las caballerías vuestras.

No bien terminó de hablar, salió al cláustro y dió dos sonoras palmadas.

A un religioso que se le apareció prontamente le dió orden de acomodar á los recién llegados.

El fuerte tañido de una campana que en este instante hendió el espacio, daba la señal de que la comunidad asistiese á coro. Eran las altas horas de la noche.

El Conde y Antonio besaron la diestra del anciano y juntos desaparecieron acompañados del religioso que les aguardaba en dirección á la hospedería del convento.

Mientras seguía tañendo la campana, el anciano parose sin separar su vista de aquellos hombres que lenta y acompasadamente marchaban á lo largo del cláustro, diciendo en tono imperceptible:

—La experiencia de mis años vigorizan las fuentes de mis sentimientos; por él haré lo que debo y cuanto pueda. ¡Le amo tanto!

Y desapareció de aquel sitio sumido en reflexiones.

Camino de la Corte



MANECIÓ el nuevo día con una niebla tan espesa, que apenas se podían distinguir dos bultos á tres pasos.

De orden del Abad fueron llamados y conducidos al refectorio del convento el Conde, Antonio y Rebellín, quienes en unión del anciano se desayunaron.

Este, mientras aquéllos se entretenían en saborear las delicias del chocolate, servido como desayuno, pensó cómo preparar los ánimos del noble.

Poco tiempo tardó en corregir su pensamiento, porque mientras disfrutaban aquéllos el placer de la gula aplacando sus necesidades estomacales les interrumpió con decirle al noble:

—¿Y bien, qué habeis pensado?

—¿Cómo! me decís que ¿qué he pensado?

—Sí, añadió el anciano, os pregunto que qué y en qué habeis pensado durante la noche trascurrida.

—Buen padre José, no os contesto, porque no conozco el punto de partida de vuestras preguntas.

—Fáciles son de conocer, objetó el anciano. El punto de partida de mis preguntas, consiste en vuestro viaje á este sitio de humildad y recogimiento al que, según me habeis comunicado, os ha traído el estímulo de mi persona.

—Así es, en efecto, dijo el Conde. Sólo debido á vuestra persona por el grande afecto tenido á mi padre difunto, el gran respeto que me teneis merecido por vuestras virtudes y la admiración que vuestra sabiduría me causa, aunque los enemigos que teneis tratan de amenguar vuestra validez.

—No hay remedio, hijo mío, le contestó el anciano. ¿Desconoces que aquellas personas á quienes se ha valido por los servicios, la autoridad de la persona y sus méritos son á veces las que generalmente están pesarasas del relativo bien ó prosperidad que se disfruta? ¿Desconoces que la sociedad, que no es más que la compañía de séres racionales con que cada cual vive, comete grandes errores, tratando de malo al bueno, de bueno al malo y no parando mientes en hacer, no

digo cabal justicia, porque tal acto es imposible que cometa por su propia validez harto pequeña, sinó la más aproximada y reconocida, que no es otra cosa que dar á cada uno lo que le pertenece? Eres joven, hijo mío, continuó el anciano con amargura, y efecto de tus pocos años desconoces bastante la sociedad en general, por eso voy á preguntarte: ¿Qué decisión tienes proyectada?

—A la Corte á presentarme al monarca.

—¿Y qué motiva los deseos de tu presentación al rey?

—Una confesión trasmitida por un sér fallecido.

—¿Puedo saberla? Digo mal,—se rectificó con urgencia el anciano,—las declaraciones hechas á una persona de lo que sabe de otra, jamás deben hacerse; pero ya que no el secreto, dime si tiene para tí importancia personal ó si obedece á algo que no la tenga, ó que sea.....

—Es de mucha importancia para mí, buen padre José, y dígoos de mucha, porque tal importancia personal está en relación directa con mi nombre y el caudal de mis padres.

El anciano, quedose pensando las palabras que oía, lo que visto por el Conde, le obligó á preguntarle:

—Mis palabras os han causado demasiada preocupación, buen padre José, ¿puedo haceros un ruego?

—Cuantos quieras.

—Deseo me acompañeis hasta la Corte y me

guieis al punto de mis desvelos, sin dejarme de prestar vuestros consejos.

El anciano tardó en contestarle, mas al fin le dijo:

—Si tus deseos son así, yo los acepto gustoso. ¿Cuándo piensas emprender el viaje?

—Cuando lo dispongais.

—Es el caso que yo no puedo, por los deberes de mi cargo, alejarme del convento durante ausencias lejanas, pero esto no importa para que hagamos prontamente el viaje. Yo me arreglaré y Dios sobre todo, hijo mío. Una buena acción siempre es de mérito y contigo estoy deseoso de cometerla para que siempre puedas apreciar que el único verdadero amigo que tuvo tu padre fué este anciano religioso.

—Lo sé; dijo el noble, y una lágrima furtivamente rodó por sus mejillas.

—No comprendo, hijo mío, cómo se posee el orgullo en los humanos seres; quiero decirlos cómo poseen y se adquieren por ellos tan falsa imaginación de sí mismos, que esto es orgullo, ni de qué les sirve contemplar en los demás las feas y denigrantes acciones cometidas que no les sirva de ejemplo muy saludable. ¡Oh sociedad! ¡Oh seres, qué poco sois! ¡Y tu, humanidad, qué poco, poquísimo vales! Ambicionas y tus deseos satisfaces ¡para qué! si muy pronto te sirve de veloz vehículo que te conduce al mundo desconocido. Cuanto más ambición, hijo mío, mayor pasión desordenada:

cuanta pasión se tiene, mayores son los actos de padecer sucesos sensibles espirituales, y yo no quiero de ningún modo que tu te veas embargado por semejantes vicios que corroen el corazón de las personas hasta envilecerlas; no, quiero que seas la persona que reúna las excelencias dotadas por el Todopoderoso, único ser verdadero criador del cielo, la tierra, los animales de todas las especies y cuanto existe, aunque ninguna persona puede dar exacta cuenta del continente y menos aún del contenido universal.

El anciano llamó dando algunas palmadas, ordenando al religioso que se presentó á él, dispusiera tener listos los caballos de sus huéspedes y otra caballería para él.

No tardaron mucho tiempo en salir del convento el anciano Abad, el Conde, Antonio y Rebellín; aquél montado en una poderosa mula, los otros, en sus caballos, y todos juntos desaparecieron brevemente camino de la Corte.

La niebla iba desapareciendo á medida que el astro del día, centro de nuestro sistema planetario, la disipaba con sus fulgurosos rayos.

Nuestros viajeros caminaban en silencio y emparejados, es decir, el anciano y el Conde delante, Antonio y Rebellín detrás de ellos.

Subían una pequeña inclinación del terreno y el anciano señaló con su diestra al Conde, como una faja cenicienta que se divisaba en el horizonte.

—¿Qué señalais, padre José?

—Aquello que se extiende ante nuestra vista.

—¿Qué es?

—La sierra del famoso Guadarrama, siempre nevada y llena de foragidos y alimañas. No la conoces tanto como yo. ¡Oh! de ella tengo recuerdos inolvidables, hijo mío! Y miró á su acompañante con interés.

Pero el noble se apercibió de tal mirada, y como ambas miradas se encontraran, el anciano sostuvo la suya, conteniendo un leve suspiro, tras de lo cual dijo:

—Dije que recuerdos inolvidables tengo ó conservo del famoso Guadarrama, nada más cierto. Escuchad: hará bastantes años, aun érais un niño; el Conde de Niebla y yo caminábamos por este mismo camino que transitamos, cuando se nos apareció de repente un hombre dándonos la voz de ¡alto! El temor se apoderó de nosotros. Tan pronto fué escuchada, nos apercibimos á la defensa vuestro padre, su escudero y yo, y pronto fuimos rodeados de otras personas extrañas, ante quienes, por su excesivo número, nos quedamos indecisos; pero tan pronto como me hice cargo del riesgo que corriamos, me apercibí á la defensa, lo que visto esto en mi amigo el Conde y su escudero, exclamé sin perder tiempo: ¡A ellos! Y tras breve pelea que sostuvimos, nos dejaron franco el camino real por el que transitábamos.

—¿Y hubo algún herido? preguntó el Conde.

—Sí, hijo mio, yo. Mira esta larga cicatriz que

me cruza el brazo izquierdo. Y subiéndose su holgada manga mostró desnudo al joven aristócrata su brazo izquierdo, enseñando una cicatriz que le hizo exclamar:—¡Es cierto!—y que le circundaba toda la parte anterior de aquel miembro.

—Si te dijera que tal herida la gané en ocasión de meterme á defender á tu padre cuando estaba rodeado de asesinos que trataban de quitarle la vida ¿qué me contestarías?

—Señor, nada; esta nueva noticia aumenta mi enormísima gratitud.

—Hijo mío, no la recibo y te diré por qué. Porque siendo yo el amigo que me precié de serlo más verdadero de tu padre y siendo la amistad, según la tiene definida Pitágoras, «de vínculo de las almas virtuosas» no la acepto, pues sería tanto como disminuir la que, como sabeis, le profesé con tanto desprendimiento y nobleza tanta.

Hubo un largo silencio interrumpido solamente por las firmes pisadas de las cabalgaduras al poner sus patas sobre el piso de la calzada.

Llegaban al primer repecho del puerto. De pronto un hombre se puso delante de los primeros ginetes, diciendo con voz seca y vibrante:

— ¡Deteneos!

Los ginetes, tan pronto oyeron el mandato del desconocido, se separaron unos de otros.

Pronto quedó dentro del círculo formado por el Abad, el Conde, Antonio y Rebellín.

Mas el aparecido sin turbarse y con el mismo acento de antes les añadió:

—¿Me dais razón, caballeros, si el buen padre José, abad del convento del Esparragal, os acompaña?

—Sí nos acompaña; decid qué quereis y pronto, porque nos urge el tiempo y este lugar no es el más á propósito para entretenernos.

—Señores, es cosa de entregarle un recado por escrito que un recién llegado me ha entregado hace poco tiempo y que entre las tinieblas que nos rodean no me he decidido á proseguir mi viaje en vuestra busca y sí á esperaros en este sitio.

El Conde, sin esperar más explicaciones, adelantose con su caballo hasta donde estaba el recién aparecido, á quien le dijo:

—Alargadme el recado, que prontamente será entregado al buen padre José que nos escucha.

Y en alta voz y dirigiéndose á éste le dijo:

—¡Buen padre José, tomad el recado que os entrego!

El abad, con tono firme y dulce, dijo al recién llegado:

—Está bien; vuélvete al convento; indica que prosigo hacia la corte sin ninguna novedad en unión de quienes sabes, que me enteraré de este recado al que contestaré antes de mi arribo y que con lo que me ocurra pondré al corriente á....

Y sin dar tiempo á que terminara, interrumpió el desconocido:

—Enterado, buen padre José. Sereis servido con toda prontitud. ¿Deseais algo? ya sabeis que el puerto ofrece bastantes inseguridades y peligros, porque si necesitais algunos hombres que os acompañen, cerca están apostados, no tengo más que dar la señal y presto llegan.

—No, nada; retírate, no molestes á nadie. Ya sabes de quién me rodeo.

—Demasiado lo sé, de una persona por cuyo padre hicisteis tanto ó más que uno por otro para... haberos correspondido con la peor moneda que puede pagarse.

—¡Calla y retírate! ordenó el Abad.

Emprendieron la marcha de nuevo, y el camino cada vez más se presentaba fatigoso para ginetes y caballos, era que descendían por el único camino franqueable del Guadarrama.

Seguían caminando en medio de una completa obscuridad. De repente se oyó un fuerte silbido contestado por otro más lejano.

—Señor, alto, que nos acometen. Son señales de ladrones.

—Paremos, dijo el Conde. Esto de aguardar la noche para saltar caminos, es cosa de asesinos.

—No es eso en esta ocasión, Antonio, díjole el Abad. Aguarda. Y pronto aparecieron varios hombres por ambos lados de la calzada con unas linternas encendidas que sacaron de debajo de sus tabardos y dirigieron á nuestros viajeros; quedándose parados respetuosamente delante del

Abad, quien les ordenó marcharan en vanguardia hasta la próxima venta que hallasen.

Unos y otros siguieron caminando hasta que el Abad, llamando al estribo á uno de los hombres que aparecieron, le dió recado de que pararían en el primer mesón ó venta cercana.

Fría por demás era la noche; pero asaz sugestiva su contemplación, apareciendo el firmamento tachonado de estrellas, que más refulgían cuanto más se quedaba reducida en su propia cerrazón.

¿Qué pensarían aquellos hombres? El Conde en su menguada jerarquía. Antonio en las preocupaciones de su joven amo. Rebellín en la suerte que corría con su nuevo amo, y el anciano Abad, seguramente, en la grandiosidad y magnificencia de la creación, final de todas las cosas y principio de las mismas, y sobre ellas, la mano y poder del Supremo Sér, ante cuyo sagrado y obligado recuerdo como persona, extendiose en serias reflexiones.

Según avanzaban nuestros viajeros, distinguían con más claridad una luz ténue, lejana, la que vista por el Abad se la indicó al Conde.

No tardaron mucho en llegar al punto donde se hallaba, que era al fin de una casa campestre. La luz que á lo lejos divisaron era la de un hacha de viento para indicarlos el punto en que debían

parar, y quien la tenía dando tal señal era uno de los que salieron tiempo antes á la presencia de nuestros viajeros.

—¿Es aquí donde pasaremos el resto de la noche?

—Sí, padre José. El ventero tiene órdenes recibidas de vuestro arribo, así que os acomodará como á estos caballeros. Nada teneis que decirle.

Y en esto fueron introducidos y acomodados por el dueño de la venta, á quien dijo el Abad.

—Ventero, después que el alba sea, llamadnos.

—Bien, señor; descuidad que sereis servido.

Y cada cual de los recién llegados se entregaron al recogimiento, mientras el dueño de la venta arregiaba los caballos.

Duró poco tiempo el ruido en la venta, porque prontamente quedó en el más completo silencio.

Apenas rompió el alba, es decir, «la primera luz en el Oriente antes de salir el sol», cuando el ventero llamó á nuestros huéspedes, y mientras éstos se arreglaban, él se dispuso á ensillar los caballos y sacarlos al portal de la venta.

La niebla que antes vieron dió por resultado una nevada que cubría la superficie de la tierra en más de palmo y medio.

Bajaron al portal de la venta y cada cual de nuestros personajes cogió su cabalgadura del diestro para disponerse á montar, cuando el padre José les dijo:

—¿Pero dónde vamos según está el temporal?
Nadie contestó á la pregunta del religioso.

Únicamente el ventero se permitió objetarle:

—Buen padre José, con este tiempo y con otro peor, podeis continuar el viaje.

—¿Cómo? Si estando cubierto de nieve el piso del puerto, es punto casi imposible transitar por él. ¿No conoceis que la nieve al caer sobre el piso se ha extendido de tal manera, que ha cubierto los muchos barrancos que tiene el puerto y que determinarse á proseguir el viaje equivale á tanto como dirigirnos á caer en cualquiera de los precipicios que los forman?

Mudos de asombro quedáronse los circunstantes.

Lo cual visto por el Abad, llamó al ventero y le preguntó:

—Están aquí los hombres que nos acompañaron anoche?

—No, buen padre José, pero si alguno de ellos es preciso al punto estarán en este puesto, porque se retiraron apenas llegásteis.

—Si podeis, avisarles.

Y el ventero apenas lo oyó, salió á una pequeña altura poco distante de la venta, con un hacha de viento encendida.

Al poquísimo tiempo dos hombres penetraron en el portal de la venta donde les aguardaba el ventero, á quien le preguntaron por la causa de la señal que había hecho.

—Que no pueden proseguir su viaje el padre José ni los suyos sin que algún guía les acompañe, porque desconocen estos lugares y estando la tierra cubierta de nieve y por ella tapados los barrancos, están muy expuestos á caer en uno de ellos y perecer.

—Si no es más que eso, avísales, que les acompañaremos.

Y pronto salieron de la venta los cuatro viajeros con sus cabalgaduras y los dos recién llegados.

Uno de aquellos hombres les previno, antes de salir, á los demás:

—Teneis que seguirnos á pie; es más seguro y se corre menos riesgo que ir montados en nuestras caballerías.

Aquella masa de hombres y caballerías se pusieron en marcha, desapareciendo de la venta, pero haciéndolo de modo lento y siempre precedidos de los recién llegados que les servían de guías flanqueando el camino por donde marchaban.

Sin el oportuno auxilio de tales guías bien puede asegurarse que nuestros viajeros hubiesen caido rodando por algún despeñadero de los muchos que había.

Tras penosa marcha llegaron al llano, en cuyo punto el Abad despidió á los hombres que á él y sus compañeros les sirvieron de guías diciéndoles:

—Dios premie vuestra buena obra. Retiraos con Dios y hasta que nos veamos.

—Adios, buen padre José, adios.

Nuestros viajeros siguieron camino adelante y los dos guías retrocedieron desandando el camino andado.

En unas cuantas horas que emplearon dieron vista á unos arrabales que servían de avanzada á una gran población situada en una altura que contenía muchos edificios, sobresaliendo de entre todos uno que en sus ángulos tenía elevadas torres pendientes, revestidas de pizarra, así como sus tejados cubiertos á trechos de una capa de nieve, semejando un jironeado.

El Abad extendió su brazo y dijo:

—Esta es la ribera del Manzanares, cuyo río es el que vemos. Aquello que veis es Madrid, donde tiene su residencia el Rey. Aquel edificio que tiene altas y puntiagudas torres, es el alcázar á donde tenemos que ir á presentarnos á D. Felipe; mas será mejor que antes de hacer nuestra presentación busquemos alojamiento, descansemos algún tiempo y nos informemos de ciertos antecedentes que nos son precisos.

Con efecto, se iban internando en las primeras casas de la ciudad, cuando al pasar por frente á una de ellas leyeron sobre el ancho hueco formado por dos grandes ventanas: *Posada para caballeros y trajineros.*

El padre José dirigió la mula á aquel caserón grande, sucio, destartalado y tras él los demás.

Pronto acudió el dueño y un mozo, ofreciéndose al Abad y preguntándole:

—Sereis bien servido, padre, en esta vuestra casa y lo mismo sus mercedes.

—Gracias; por ahora queremos habitación solamente, lo que necesitemos se os pedirá. Antonio, meted tú y Rebellín las caballerías en la cuadra, echadlas pienso y buscadlas buen sitio y encargad al posadero os dé habitación cercana á la nuestra.

Y esto dicho, el Abad y el Conde tomaron por una escalera hacia el sitio que antes les señaló el posadero, como habitación que se encontraba al extremo de un largo corredor con vistas á un patio, en el que se veían algunos carros cargados y junto al brocal de un pozo algunos hombres que daban de beber á varias caballerías.

La posada ofrecía bastante animación.

El posadero que les aguardaba en lo alto de la escalera, les condujo hacia una puerta que tenía sobre ella trazado toscamente el número 21; penetró delante de ellos y descubriéndose, dijo:

—Sus mercedes me dirán qué se les ofrece.

—Decidnos, ¿teneis algún criado que sepa al Alcázar?

—Todos los de mi casa.

—Queremos que mañana temprano nos acompañen á él.

—¿A qué hora, mercedes?

—Vos direis, padre José, consultó el Conde.



Y el Abad meditó brevemente, contestando:
—Cuando conozcais que es la hora de la audiencia, porque os supongo enterado de las costumbres de esta ciudad.

—Ya lo creo, y tanto. Más valía que no lo estuviera, que sería señal de que no era posadero; porque este maldito oficio ofrece pocas ganancias y muchas perrerías.

A la mañana siguiente pusieronse en camino del Alcázar, el padre José, el Conde y Antonio, guiados por un mozo de la posada.

No tardaron mucho en llegar frente á un gran edificio por cuyas inmediaciones transitaban bastantes personas y cerca de cuyas puertas había bastantes corrillos de gente que conversaban unas con otras con cierto recato.

Dos soldados de la llamada guardia amarilla, guardaban la puerta de palacio, paseándose de un extremo á otro del dintel.

Nuestros viajeros despidieron al mozo y penetraron por el ancho zaguán de palacio, dirigiéndose por su ancha escalera hacia la planta principal.

Una vez en ella, vieron bastantes personas que ó bien discurrían paseándose por su larga galería ó aguardaban sentadas en bancos de madera.

Miradas de curiosidad despertaron nuestros personajes tan pronto llegaron á aquel paraje.

El padre José, aprovechando la ocasión de

pasar por cerca de él un criado, le llamó y entregó al parecer un escrito.

No pasaría media hora cuando el mismo criado buscaba al Abad entre aquel público allí reunido que aumentaba cada vez más.

Tan pronto le distinguió, fuese á él y dióle algún recado de interés, porque todos ellos desaparecieron siguiendo al desconocido sirviente.

A la puerta de una segunda mampara el sirviente levantó el cortinaje que ocultaba aquella habitación y se retiró diciéndoles:

—Aguardad aquí.

El Abad mostrose inalterable, el Conde y Antonio algo sorprendidos.

Levantose un tapiz que había frente donde se hallaban y un cortesano con ceremoniosos ademanes, hizo señas al Abad de que avanzara hasta él.

El Abad así lo hizo, preguntándole:

—¿Qué deseais? ¿Sois el padre José?

—Vuestro servidor.

—Pues S. M. C. os aguarda. Pasad.

Y el padre José no hizo más que trasponer el tapiz y verse en un salón amueblado con la elegancia y gusto de la época, donde resaltaba la más saliente nota de la riqueza, si bien un tanto recargada.

Al fondo de aquel salón bien alfombrado, que apagaba el ruido de las pisadas, había dos personas, una de ellas sentada cerca de una chimenea

de proporciones altas y ancha, en la que ardían varios trozos de pino, alegrando el silencio de la estancia con el chisporroteo que producía, y otra sentada también delante de una mesa, sobre la que había una escribanía grande de plata, varios pergaminos en desorden y un mapa estendido.

La mesa era cuadrada, cubierta de terciopelo encarnado galoneado de oro y en cada uno de sus frentes ostentaba las armas reales de España, bordadas á realce en hilo de oro.

Parecían aquellas personas aguardar á nuestro recién llegado, por sus actitudes, porque ambas miraban en dirección al tapiz que frente á ellos tenían, y no pudieron sustraerse á cierta curiosidad causada por la presencia del religioso, quien apareció respetuoso y sencillo aunque no admirado del lugar y las personas, inclinándose apenas hizo su aparición.

Avanzó hasta donde estaba el más joven, sentado al pie de la chimenea, prosternose é iba á besar su diestra, pero le contestó diciéndole en un suave tono mezclado de acento extranjero:

—Alzad anciano, ¿sois el Abad del Esparragal?

— Señor, sí.

—Qué os trae á mi presencia?

—Señor, el deseo más ardiente de mi mayor fidelidad á vuestra real persona y su causa.

—Gracias, Abad; pero si no es más que eso, se tomará noticia de los deseos vuestros para recurrir á ellos cuando la necesidad obligue.

Y el anciano tras una breve pausa dijo:

—Señor, no es solo lo enunciado.

—Pues bien, decid; replicole el Rey.

—Es de urgencia me otorgueis una audiencia en este instante que puede ser muy fecunda en resultados prósperos á vuestra real persona y á España.

El Rey y el personaje que sentado estaba delante de la mesa, se miraron con cierto aire de extrañeza é inteligencia.

Apenas cambiaron sus miradas, agitó fuertemente la campanilla que había en la escribanía el personaje sentado cerca de la mesa é instantáneamente se presentó, quedándose parado con el tapiz sujeto, un criado á quien le dijo:

—S. M. suspende la audiencia pública.

Y desapareció de aquel punto.

—Comenzad, Abad.

Y el Rey volviöse sobre su asiento, tomando mejor postura como quien se dispone á escuchar un largo relato.

—Señor, es el caso proporcionaros el cumplimiento de mi reciente promesa.

—Os escucho.

El soberano era joven, de tipo delgado, tez ligeramente blanquecina, bigote poco espeso, pestañas largas y negras como su largo pelo que peinaba separado á los lados de la cabeza y que en blondas le caían, descansando sobre sus hombros y espaldas. Vestía calzón de fino terciopelo

negro, chupa y casaca ricamente bordada, por cuyos puños y cuello sobresalían finos eucajes. Botas altas de montar á caballo, de piel de gamo, calzaban sus pies y en ellos lucía espuelas de plata que despedían relucientes destellos cada vez que las llamas de la lumbre de la chimenea chocaba en ellas.

Demostraba porte más elegante que fastuoso, y esto, junto con cierta sencillez que en él se advertía, sin despegarse de cierto refinamiento, inspiraba prontas simpatías.

Los biógrafos le concedían una inteligencia sutil y pronta, de buenas costumbres, muy partidario de España y de mucho ánimo.

El anciano padre José vestía con sus hábitos religiosos de la orden de Jerónimos, cuyas vestiduras usadas ha tiempo, no contrastaban con el lujo que le rodeaba.

Con voz inalterada y pausada empezó á decir al joven monarca:

— Señor, ¿V. M. recuerda la fecha del 21 de Octubre?

— ¿De qué año, Abad?

— Señor, de 1700.

— Sí, la recuerdo por haberla oído en la Corte de Francia.

— Pues bien; fué cuando el Rey D. Carlos II otorgó su testamento, por el cual nombró á V. M. heredero de todos sus Estados. El 29 del mismo mes pasó á dar cuenta de sus culpas como

hombre ante el sagrado tribunal supremo del Hacedor—y levantó su brazo señalando con el índice de su diestra al cielo.—¡Qué fechas! ¡Qué de sinsabores, señor, tengo sufridos! No temo equivocarme con decir que cuando el Rey Sol envió los primeros emisarios suyos á España, yo, dentro de mi humilde condición social, fuí uno de los que con más prontitud acaricié y prometí secundar los movimientos políticos de vuestra causa.

—¿Por qué? le preguntó el joven con impaciencia.

—Porque mi amor hacia donde nací, innato y grande en todo ser racional, me impulsaba secretamente á prodigarle mis trabajos y esfuerzos para proporcionarle cuantos bienes pudiese.

—Me agradais, anciano, escuchándoos los sentimientos que teneis de buen patriota.

—Señor, sois joven; pero si como en V. M. trasluzco ideas de gran ánimo os dijeran que el territorio francés, do habeis nacido, había de ser forzosamente profanado por la torpe planta del invasor, ¿qué sacudida experimentarían vuestros sentimientos?

—La de un gran disgusto, acompañada de ir, si pudiera personalmente, á defenderla, empleando todos mis bienes en su auxilio; contestó el Rey.

El personaje allí presente no separaba sus miradas del Rey y el Abad.

—Señor, á semejanza, comparada, puede ponerse la patria con la madre de cada cual; mi razón consiste en que ni ningún mortal tiene más madre que la única que le dió á luz después de concebido, ni se tiene más lugar que en el que se nace.

El Rey se quedó mirando al Abad con aire de asombro y estupefacción, diciendo para sí:

—Este hombre es un sabio, exploremos su fondo que debe ser muy hondo en enseñanzas.

—Y bien, dijo el monarca; puesto que veo en vos, Abad, razones de gran peso, ¿qué os parece mi situación dentro de España y frente al Archiduque que aun me hace una guerra tenaz y cruenta?

El anciano quedose pensativo como quien trata de coordinar ideas, pero pasado un momento de pausa volvió á tomar la palabra, diciendo:

—Señor, existe un consejo de Castilla, formado por hombres doctos, que fácilmente pueden á V. M. sacar de apuros.

—Ya lo sé, contestó el Rey; pero yo deseo conocer vuestras opiniones.

—Señor, pobres serán, mas si vuestro deseo envuelve conocerlas, yo, pobre, sin más fortuna que la que me prodiga diariamente la voluntad Suprema, daré á V. M. mi parecer.

—Sí, deseo conocerle en toda su extensión, replicole el joven.

—Pues bien; sabed, señor, que estais rodeado de traidores.

—¡Cómo! repuso el Rey. ¡No os entiendo Abad, explicadme bien lo que acabo de oiros!

—Señor, fácil es entenderlo. Toda, ó la mayor parte de esa gente que sentais á vuestra mesa cara á cara y con ella repartis las riquezas, os es infiel.

—¿Infel decís?

—Sí, lo digo y lo sostengo.

El joven se quedó absorto. Pasado un breve rato volvió á decir al Abad:

—¿Pero es posible lo que oigo? ¿Estais en vuestro cabal juicio, anciano? ¿No pueden ser vuestras opiniones perturbadas por el exceso de adhesión hacia mí?

—Señor, de ninguna manera, contestó el Abad.

—Entonces emitid con toda libertad vuestro pensamiento.

—Temo, señor, caer en vuestro desagrado porque comprendo que le voy ganando gradualmente, y esto tan luego obtenga completamente realización y sea conocida de las personas que os rodean, todas ellas se volverán contra mi tenaces y crueles enemigos que empezarán por fraguar mi descrédito valiéndose de la torpe calumnia, y terminarán por conseguir de V. M. que mi destierro ó ruina bajo aspecto diferente logren.

—Os doy, Abad, mi real palabra de honor de guardaros el secreto y de ser vuestro más constante defensor, debiendo añadir que, al hacer eso con vos es porque estaré muy obligado, pues ni

con mi cetro, corona y bienes, puedo pagaros los servicios eminentes que empezais á prestarme y tengo esperanzas me deis.

—Señor, sois mi Rey y dueño de la justicia del reino; podeis atentar contra mi vida siempre que querais sin necesitar para nada poneros en descubierto, pero.... creo que hombre ilustrado y de conciencia cristiana, sobre V. M. pesaría un crimen más que todos cuantos hechos pueden consumarse en la vida.

—Nunca, Abad; tened presente que las buenas acciones merecen gloria, las malas castigo y oprobio por parte de las personas que cuentan con honradez, porque ya sabeis, Abad, que honradez es: «Proceder recto, propio de persona de honor y estimación», y en este mundo son escasas, muy escasas, las que hay, por eso yo observo el principio de protegerlas y estimarlas, sea cualquiera su condición, porque con ellas seré Rey de España, de hecho, pacificando las provincias rebeldes, sin ellas no sólo perderé el reino, sino mi vida, mi nombre y fama, que vale más que la torpe posesión de los bienes terrenales fáciles de perderse.

—Señor; está V. M. en los más firmes cálculos y razones; pensar de otro modo, ó pensar y practicar de modo opuesto es estar ó falto de razón ó disfrazar sus sentimientos con viles apariencias, siempre conocidas, que sólo acarrearán desprestigios en la honra, y persona sin honra es

tanto como edificio sin cimientos, barco sin timón, gloria sin cielo, alma sin principio espiritual é inmortal de la vida.

El rey miraba al anciano estupefacto. Cada vez le miraba con más asombro, viendo en aquel hombre sencillo que poseía un talento extraordinario, como tenían pocas personas de las muchas que le rodeaban.

—Pero, Abad, prosigamos nuestro punto de partida: ¿me dijísteis que, todas, ó casi todas las personas que me rodean son traidores á mi persona?

—Y lo sostengo, señor; y en mi apoyo decidme ¿cuántos han dicho á V. M. en el poco tiempo que vive en España lo que os anuncio?

—Ninguno, contestó el Rey.

—Pues bien, dijo el anciano. Por la voluntad del Rey Carlos II fuísteis nombrado su sucesor. El descendiente de Felipe IV, aquel Rey que á los cuatro años sucedió á su padre bajo la tutela de su madre María Ana de Austria ayudada de una junta instituída por su difunto marido, trazó las desventuras pátrias con la distinción que hizo á su confesor el jesuita alemán Fr. Juan Everardo Nithard, quien se declaró enemigo acérrimo del hijo natural de aquel, D. Juan de Austria, así como también de los cortesanos y personas adictas al monarca y á quien la Reina le dispensó toda su confianza, honores y manejo de los negocios de Estado. Muy ruidosos fueron los sucesos que ocurrieron con tan nefasto Jesuita,

porque á él se le desterró y le sucedió D. Fernando Valenzuela, casado con una camarista de la reina, y por último D. Juan vino á reemplazar á uno y otro. Entonces se firmó la guerra general europea contra el abuelo de V. M. y mientras ésta se sostenía, sosteníase también otra en la corte de España, originada por la situación lastimosa del rey Carlos y por la grave cuestión suscitada por la sucesión á la corona, porque no obstante estar casado el rey en segundas nupcias no tenía sucesión ni el estado de su salud daba esperanzas de que la tuviera.

—Permitidme, anciano; oigo decir que mi antecesor Carlos estuvo hechizado y murió sin cabal razón.

—Señor; no dé cabida V. M. á semejantes patrañas y falsedades. El rey Carlos vivió encerrado en su conciencia por ciertos nobles á quien ayudaron malos sacerdotes para socabar su pedestal y lograr sus fines. Lo cierto es que vivió enfermo de ánimo y de cuerpo y que sus enemigos en unión del vulgo sacaron harto provecho; mas el rey Carlos murió en fuerza de enfermedad y disgustos, y como de esto sacaron sus enemigos gran provecho, lo explotaron á su favor; pero era de buen carácter, suave y sencillo en sus costumbres, aunque muy dado á religiosidades; por las debilidades de su alma y cuerpo ha pasado por hechizado; no porque lo estuviera, por que esta dicción es absurda. Cierto que, debido

á esto su reinado, entró España en el mayor decaimiento de su poderío, porque ya desde los tiempos de Felipe II había comenzado á decaer en todos los órdenes: en las armas porque nuestras tropas fueron vencidas y comenzamos á perder las posesiones que tanta sangre había costado adquirir; en las letras porque un sinnúmero de falsarios inundaron nuestra historia con falsos cronicones y convirtieron la pura y clásica lengua de Cervantes en una algarabía afectada é ininteligible conocida con el nombre de gongorismo; las artes se empobrecieron recargándose con adornos del peor gusto llamado estilo churrigueresco; la religión se llenó de falsos milagros, de duendes, brujas, supersticiones, energúmenos y hechizados; las costumbres en todas las clases sociales eran una cruzada de impiedad y superchería y virreïnatos, gobiernos políticos, tenencias militares y otros cargos se vendían con el mayor descaro. Era tanta la pobreza de España que no contaba con navíos, generales, sabios, políticos; nada, en fin, de lo que constituye la fuerza, seguridad ó la gloria de una nación. Sólo quedó en pie el carácter nacional que ha bastado para restaurar la monarquía española en el principio del reinado de V. M. Ya sabeis, señor, que después que vuestro abuelo aceptó el testamento del rey Carlos y fuísteis nombrado soberano de España y de sus Indias, vinísteis á Madrid, siendo recibido por el pueblo con grandes

muestras de entusiasmo. Inmediatamente fuisteis confirmado en las Cortes de Castilla Rey de España, y en ellas, os prestaron juramento de fidelidad, y Castilla, señor, es la leal, la adicta, la única que defiende vuestra causa y vuestro trono; sino mirad en torno vuestro y vereis que Cataluña, Aragón y Valencia os son desleales y asolan España defendiendo la causa del austriaco archiduque.

—Es una serie de verdades las que escucho, anciano, á ellas no puedo oponer la más ligera observación.

Y aquel joven Rey, lleno de ánimos y esperanzas, se quedó pensativo, exclamando: ¡Y qué hacer, Abad!

—Señor, dejad correr vuestra suerte con vuestro sino, pero en tanto entiendo la práctica de lo que diré.

—Sí, decid, indicadme ideas, que muy bien pueden conducirme al éxito de mis deseos, y de vos recojo las que me decís.

—Debeis hacerlo, señor, pues á esto mismo he venido desde el Convento del Esparragal, á donde deseo volver prontamente por ser mi presencia en aquel punto necesaria. Creo, señor, que V. M. está falto de hombres y dinero.

—Sí, me hacen falta las dos cosas.

—Pues bien, teneis dos remedios, ponedlos en práctica inmediatamente y dareis un gran paso en provecho de los españoles y del reino.

—Cuáles son, decídmelas.

—Una de ellas, decretad con urgencia la requisa de los caballos útiles en las provincias que os permanecen fieles. Otra, la de requerir hombres en los puntos donde pueden reclutarse, y la última, la de recoger vos mismo, señor, el mando supremo del ejército y marchar personalmente con él á someter las provincias desleales.

—Son muy aceptables y de gran valor vuestros consejos y los pondré en práctica; pero no cuento con generales de prestigio que me ayuden.

—Señor, por eso no os inquieteis: generales tendréis, os lo aseguro.

—¡Cómo!

—¡Como! Pedídselos á vuestro abuelo Luis XIV que os los mandará.

—El archiduque Carlos está aliado con los ingleses y hasta ahora viene siendo el vencedor de casi toda España, tanto en sus posesiones extranjeras cuanto en los mares que forman su riqueza marítima. El archiduque hace poco ha desembarcado en Lisboa con nueve mil ingleses al mando suyo. El almirante inglés, Rooke, se ha apoderado de la plaza de Gibraltar. En Alemania los ejércitos del príncipe Eugenio y de Malborough han dado al francés una terrible derrota en la batalla de Hocstest obligándole á evacuar el territorio, y además de esto y como consecuencia de perder el ejército de mi abuelo la batalla de Ramilliers, he perdido las plazas de Alicante y

las Islas Baleares, en la península, y fuera de ella los Países Bajos y todo el Milanesado.

—Señor, tenéis compensadas en parte tales pérdidas con haber ganado la batalla de Almansa.

—Sí; pero tampoco tengo á Nápoles y sólo tengo amarguras. ¡Qué destino el mío!

—Todo se corrige, señor, aplicando con tiempo los remedios y aún creo esté V. M. en el promedio de los sucesos. Tanto la desgracia como la fortuna se cansan de perseguir á los mortales, por esto suele decirse, que no hay mal ni bien que mucho dure.

Aquel anciano, reconcentrado en sí mismo y contestando á Felipe V, no perdía ninguna de las palabras que escuchaba.

—Señor, he terminado el objeto de mi audiencia y sólo por despedida voy á recordaros algo que conservo en mi memoria respecto á cierta poesía que un vate desconocido de su tiempo escribió, motivado al viaje que hizo en unión del pésimo favorito suyo, á D. Felipe IV cuando salió hacia Barcelona á sofocarla y pasó en Zaragoza entretenido en las fiestas que al intento dispuso se celebraran el Conde Duque de Olivares; poesía que satirizó tanto al Rey que cuando la leyó dispuso que fuese guardada entre sus papeles de importancia después de hacérsela leer al favorito.

—Oigámosla—dijo Felipe V al abad.

Hablemos claro, mi Rey:

toda España es derrota
el Portugués más se engríe,
el Catalán más se entona.

Lo militar no se ejerce,
lo político lo estorba;
nos pierden los que gobiernan
los que ganan se arrinconan.
¿Quién metió á Don Cualquiera
en cosas que no entendiólas?
Porque nunca se convienen
las ganancias con las costas.
Hoy no se premia en España
acción humilde y heroica:
es desdicha errar algunas
y malicia errarlas todas.

El personaje silencioso oía con una atención profunda sin dejar de mirar ora al Rey ora al abad.

—Gran enseñanza tiene tal romance, abad; os prometo que sabré sacarle todo el partido que pueda, dijo el Rey.

—Con ese intento le he recitado, señor, y con permiso de V. M. pídele su venia para retirarme.

—Concedida; pero necesito saber qué recompensa deseais para otorgárosla.

—Señor, si vuestro empeño es grande sólo os indicaré toméis á vuestro servicio á un joven que me acompaña á quien quiero como á mi sangre.

—¿Quién es?

—El único hijo del difunto conde de Niebla, mi amigo.

—¡Habréis recibido favores de aquel noble que queréis pagar en su hijo! Esto me agrada, si es así, porque me demuestra vuestros bellos sentimientos y más sentida gratitud, abad.

El anciano, púsose algo sofocado y permanecía silencioso, lo cual notado por el Rey, le preguntó:

—¿Qué os sucede, abad, para poneros tan repentinamente sofocado?

—Nada, señor.

—¡Cómo que nada! Algo os ocurre para haberse transformado vuestro semblante de color, decídmelo; os lo mando; pero con certeza y sin rebuscar atenuancias de ninguna clase.

—Pues bien, señor, he sufrido el disgusto consiguiente hijo de la injusta ingratitud de mi difunto amigo.

—¿Y queréis que proteja al hijo de vuestro ingrato amigo que así os correspondió?

—Lo quiero y deseo y esto me hace rogárselo á V. M. nuevamente. Y el anciano abad iba á doblar sus rodillas para solemnizar su ruego, pero el joven se lo impidió á tiempo.

—Me interesa saber, porque estimula mi curiosidad lo ocurrido entre vos, abad, y vuestro amigo, por tanto comenzad.

—Señor, mi voluntad es la de que sean ignorados sucesos que ninguna relación guardan con cosas y personas más que conmigo, pues si conmigo pasaron y me ocasionaron disgustos, en cambio supe elevarme sobre el nivel del engreído y

soberbio noble sujetándole al rigor que imponen las leyes del honor y de la gratitud.

—Os veo anciano con simpática complacencia y me parece habéis de aceptar el modo de satisfacer mis deseos; así comenzad, porque debéis comprender que al recomendarle al hijo de una persona que tuvo tan graves defectos morales, es de suponer que habiendo sido educada por aquélla entre su educación y trato sostenido los comprenda también ó los tenga adquiridos, porque lo que se aprende es por lo que se vé, oye y lee, y por lógicas deducciones las mismas cualidades reúnen las descendencias de la misma especie, descontando alguna excepción, que así se entiende por su diferencia ó manera de singularse en sus propiedades de las demás.

—Pues bien, señor, por una circunstancia imprevista fuí recomendado al Conde para que me facilitase ciertos detalles con un negocio relacionado con sus intereses. En la entrevista que celebramos al intento debió halagar á sus ideas las que con espontánea franqueza le expuse en la larga conversación que sostuvimos, en la que también se abarcaron ideas muy generalmente diversas de orden social, religioso y político. Impresionado con mi trato me abrió el suyo y así continuamos algún tiempo durante el que yo discurría el modo de practicar cada vez con más esmero y más nobleza aquella amistad desprovista de todo interés innoble á la que concedí verdadera

adoración y cierto fanatismo por la manera como la practicaba. Para consolidar mis ya arraigadas afecciones me propuse hacerlas más públicamente solemnes y á este intento me decidí á hacerlas, siempre contando con sus pareceres. Tales trabajos, ó mejor dicho, pruebas de inteligencia fueron muy de su agrado por cuanto que á solas unas veces y delante de su familia otras, me repitió lo que más ha'agaba ó podía halagar á mi corazón de fiel amigo y á la justa honrada conducta de hombre, que nunca empañaría su gratitud conmigo. ¡Y á qué continuar, señor, si lo que resta no vale la pena de recordarlo, y con tal relato soy molesto á V. M.!

—Seguid, abad, deseo conocer lo demás que os falta narrar.

—En una ocasión declarose un incendio que pudo destruir su solariega vivienda, y como fuese advertido á tiempo, entre su criado y yo cometimos cuantos esfuerzos pudimos para que se extinguiera hasta después de la llegada de otras gentes. También recuerdo que cuando se propuso formar parte como candidato á una plaza de vocal en el Consejo de Castilla me centuplicué interesando á cuantas gentes conocia, me unía á ellas amistad ó trato, haciéndole honrosas ausencias, dando la mayor personalidad y presentarle delante de mis oyentes como hombre de grandes merecimientos.

—Lo enunciado basta para que toda persona bien nacida os hubiese considerado y tenido

como cosa propia, dijo el Rey; pero no prosigais y decidme el desenlace y correspondencia que tuvo con vos, Abad, tan noble persona.

—La de ser desestimadas mis circunstancias de un modo completo con la agravación de ser despedido de su casa cierta noche que sin sospecharlo sostuvimos la Condesa y yo un ligero altercado de origen particular, delante de su hijo que lo presencié y desde cuya fecha hirió mi dignidad por modo tal, que se lo hice conocer por escrito, habiéndose permitido llegar hasta la amenaza en lugar de escuchar mis quejas.

—¡Basta! Suspended, anciano, la conversación. No puedo seguir escuchando tal serie de bajezas; es decir, me falta saber si durante vuestra amistad atentásteis al honor suyo, intentásteis robarle, le difamásteis ó algo, en fin, grave que se tiene en cuenta.

—Señor, no supe más que amarle y colocarle como persona de gran mérito, lo mismo á la Condesa que á su hijo.

—Pues entonces el difunto Conde de Niebla fué con vos un villano mal nacido, indigno del aprecio de todo hombre honrado; me figuro sería algún astuto de fingidas apariencias, llevado de la codicia y del nombre retumbante de su mujer, si es que el título no le pertenecía á él.

—Señor, fué emparentado con la única hija del poseedor del señorío de Caspe, en el antiguo reino de Aragón, titulándose Condado de Niebla.

—¡Ah! Entonces me explico tal proceder si en el altercado tuvisteis la nobleza de la sinceridad, diciendo algo que la hiriera en su orgullo ó vanidad.

—Puede muy bien haber sucedido, porque recuerdo con exactitud alguna de sus palabras que guardan fiel relación con el carácter altanero de la dama.

—¿Y qué hicisteis posteriormente?

—Señor, relegar al olvido, en lo posible, aquella escena que tanto quebrantó mi ánimo.

—¿Y no se os ocurrió rebajar la torpe altivez del noble?

—Más de una vez; pero no lo hice, no por temor alguno, sino porque pudo más en mí el amor que la venganza de la ofensa que hube recibido; es más, llegué hasta premeditar hacer lo que.... medité más tarde sería un crimen que manchara mi limpia honradez y buen nombre. ¡Cada vez que recuerdo y comparó mi ciego cariño concedido tan sin tasa, mis desvelos empleados por su persona y mi fidelidad observada con el rigor más escrupuloso, me hacen caer en una profunda estupefacción que amarga mis sentimientos!

—Es mucho que no habeis tratado de inquirir, Abad, por medio de alguna entrevista, la disposición de ánimo de vuestro amigo; porque muy bien pudiera haber sucedido que él aguardara alguna visita vuestra para en ella zanjar, ó por lo menos pretender, alguna atenuación de la falta cometida por la Condesa.

—No niego, señor, que tal idea puede haberle surgido; pero creo que si así ha ocurrido, debe haberla considerado con pretensiones de ofensa, porque nunca me inició tales deseos.

—Es decir, replicó el Rey, que además de cómplice en consentir tal falta, cometió la del orgullo y la ingratitud.

—Exactamente lo considero, porque entiendo...

—Sí, le interrumpió el Rey, que suspendais tal relato, porque á más de disgustarme tan continuadas bajezas hechas en vuestra persona, me admira vuestro caballeresco proceder y el contraste que forma una y otra conducta, cuyo disgusto más aumenta cuanto más conozco. Mas ya que tan pródigamente habeis sido y tanto me revelais ser, quiero emplear, sino toda, parte de vuestra inteligencia en mi servicio; porque me parecis, Abad, hombre de circunstancias intelectuales cualitativas y sabeis que mi situación actual requiere tenga hombres fidelísimos que con su concurso me ayuden á vencer los obstáculos que me rodean y que cada vez parecen aumentarse.

—Señor, podéis contar desde este momento con mi escasa validez y toda mi completa adhesión, y tened por muy seguro que sino con bienes con mi persona os brindo; así doy la última nota á esta audiencia, pues me urge regresar al Esparragal y si os place os presentaré, señor, á mi recomendado el hijo de mi amigo que en las contiguas habitaciones me aguarda.

—Bien; presentadle.

Y el anciano retrocediendo hasta la puerta por donde entrara momentos antes levantó el tapiz y avanzó con el Conde hasta el medio de la estancia.

El joven parecía hallarse placentero respirando aquella atmósfera palaciega, si bien algo demudado.

El personaje sentado en la mesa guardaba una actitud crecientemente curiosa.

El Rey, tras de cierta indiferencia, miró al joven con fijeza y entre uno y otro sostuvieron un diálogo algo apremiante terminándolo aquél con voz reposada y enérgica.

Después que hubo terminado el Rey le preguntó al Abad:

—Y bien ¿qué deseais para vuestro recomendado?

—Que entre á vuestro servicio, señor, con los dos hombres que le acompañan.

—Concedido, Abad; pero preciso saber las aptitudes que tiene para el mejor desempeño del servicio que se le encomiende.

—Señor; entiende de asuntos militares y tiene afición decidida por ellos.

—Bien; entonces será destinado al ejército que opera en Aragón y Cataluña.

—Señor, creo sería para él motivo de honra servir á vuestra real persona de modo cercano y con esto podría yo contar en lo sucesivo con seguras confianzas que me pusiesen en cabal

conocimiento y con frecuencia de las alternativas que experimenten los asuntos generales ó particulares de vuestra causa.

—Concedido: no me parece mal Abad. Ya sabéis que queda en Palacio y desde mañana vendrá en comisión de servicio. Podéis retiraros, Abad, y vos también Conde sin olvidar que mañana entráis de servicio. Preguntad por Su Excelencia Alberoni, que es mi ministro, dijo señalando al personaje que había sentado, y él ordenará os aposenten y á vuestros criados y dirá las obligaciones que habéis de desempeñar. En tanto podéis despedir al anciano á quien desde hoy veréis con noble gratitud, pues á sus instancias os tomo á mi servicio. Retiraos.

Y primero el anciano y después el joven se retiraron después de besar prosternados la diestra del rey Felipe siendo despedidos con miradas harto curiosas del ministro Alberoni, quien agitó suavemente la campanilla que había en la escribanía de plata sobre la mesa y á cuya señal se presentó uno de los criados quedando parado junto á la puerta con el tapiz levantado, mientras salieron del salón el Abad y el Conde y desapareciendo tras ellos.

En las habitaciones del tránsito se les incorporaron Antonio y Rebellin, y todos ellos, según pasaban en dirección á la salida de Palacio, eran objeto de la curiosidad de los criados que hallaban al paso.

Salieron del alcázar y en una plazoleta cercana había gran reunión de personas formando corro, dentro del que un hombre vestido de soldado, harapiosamente, hacía sonar las cuerdas de un instrumento de música, y casi al mismo tiempo que pasaban cerca del corro el Abad, el Conde, Antonio y Rebellin oyeron canturrear al mendigo músico al compás de cierta canción esta letrilla:

Ducados ganan ducados,
escudos compran escudos
y tahures muy desnudos
con dados ganan Condados.

Nuestros personajes atravesaron aquel lugar alejándose á paso regular, sin pararse, y aquellas personas que formaban el corro prorrumpieron á palmotear la sátira del mendigo, no sin mirarlos con cierta malicia, sobre todo, al Abad y al Conde.

Algún trabajo les costó llegar á la posada como personas poco conocedoras de aquellos lugares; pero en fuerza de preguntar á los transeuntes que hallaron al paso, llegaron á ella.

Sin pararse en sitio alguno subieron á sus habitaciones, se aligeraron de sus abrigo y se sentaron en los diferentes taburetes de madera que había colocados en la destinada al padre José y al Conde.

Éste salió al pasillo y llamó á Antonio y Rebellín, quienes se presentaron enseguida.

—Os llamo, para ponerlos al corriente de lo sucedido en el Alcázar; porque como nada habeis presenciado ni oído, lo ignorais.

—Cierto, dijeron los recién llegados.

—Pues bien, dijo el padre José, tomando la palabra, el Rey D. Felipe toma á su servicio al Sr. Conde, y como es consiguiente, vosotros formais parte de la gente de armas, si bien con el carácter de servidores ó criados de éste.

El Conde y el interlocutor miraron fijamente á Antonio y Rebellín, preguntándoles:

—¿Qué os parece, estais ó no conformes con tan nuevo estado de cosas? Porque creo estais á tiempo de corregir vuestros deseos, si éstos no son los de abrazar y defender la causa del elegido Rey de España y de sus Indias, por la expresa voluntad del difunto D. Carlos II.

Breve pausa siguió entre la pregunta hecha por el padre José y la contestación que dieron Antonio y Rebellín, que fué:

—La causa de nuestro buen padre José y del Sr. Conde, juramos hacer nuestra.

—Pues entonces no tratemos más de ello. Ya lo sabeis.

Y llamando al posadero le ordenaron les pusiera comida dentro de su misma habitación, estándoles servida al poco tiempo de encargada.

Una fuente grande de estaño de las usuales en aquella época, contenía una liebre estofada

partida en trozos que despedían un olor muy agradable y humeaban. Unos pasteles de carne de perdiz y el pan y vino necesarios, componían tal comida.

—¿Qué parece á vuestras mercedes la comida que les tenía dispuesta? dijo el posadero.

—Bien dispuesta, de gusto y succulenta, contestó el padre José.

Y el posadero se retiró diciendo:

—Si algo ocurre á vuestras mercedes, señores caballeros, llamen, que prontamente serán servidas.

—Está bien posadero, contestó el padre José.

Pero antes de dar principio á comer los manjares preparados, el padre José se dirigió á la ventana, abriola para que entrase más luz y sentose á la mesa.

Las restantes personas quedáronse suspensas contemplando la campiña, sin poderse sustraer á sus encantos.

Veíanse unos bosques cuyas márgenes lamía un caudaloso río. Los árboles eran muy variados, luciendo cortezas lisas y lucientes.

Había fustes que deslumbraban con su blancura.

La naturaleza no podía ser más pródiga ni la riqueza arbórea mayor, porque aquellos corpulentos vegetales de planta leñosa sangraban un líquido acoralado, otros negruzco, algunos por las roturas que tenían una savia musgosa y su inte-

rior quedaba jaspeado de manchas parduzcas, otros descubrían mohos interiores y hendiduras negras, y los más, alzábanse derechos desde la superficie de la tierra esbeltos y gallardos, acusando una vegetación pródiga en demasía debido á la tierra donde estaban plantados que, sombría y húmeda, hacía crecer y desarrollarse una alfombra de fina hierba abigarrada de florecillas diversas.

Les encantaba tan bello panorama, y así hubiesen continuado embelesados contemplándole si el padre José no les hubiera dicho:

—Dejad de mirar la campiña; ved que la comida hace rato nos espera. La ribera del Manzanares ofrece muchos atractivos y lugar teneis de pasearla.

Y sentados al rededor de la mesa dieron principio á la refrigeración de sus estómagos guardando el más absoluto silencio hasta llegar á los postres.

Antonio, el fiel servidor del Conde, escanci6 en los vasos de estaño de un jarro de barro blanquecino un vino blanco de color dorado, y levantándose de su asiento y elevando su brazo derecho en toda su tensión, aguard6 á que los demás le escucharan.

Advertido por los demás comensales guardaron la mayor atención.

De pie, descubierto, con semblante severo y tono enérgico, dijo:

—Buen padre José, escuchad.



En el mar mueren los ríos,
en mi pecho ahogo las penas,
desde hoy yo no me fío
ni en la sangre de mis venas.

—
Sueño de la humanidad
son las riquezas y mandos,
¡de esta falsa realidad
nacen daños y engaños!

El semblante del Abad cambió de expresión y lo mismo sucedió á los demás, quienes, apenas terminó Antonio, miráronse sorprendidos.

El Conde interpeló al Abad diciéndole:

—Buen padre José ¿qué os parece lo dicho por Antonio?

—¡Qué me ha de parecer! Muy filosófico. Bien se observa que vuestro sirviente es hombre de inteligencia nada común y que su porte no guarda relación con sus disposiciones.

—Os advierto que al morir mi padre me encargó no le abandonase nunca y le estimase con todos mis afectos, así que le profeso cariño singularísimo estimándole como el amigo más leal que puedo adquirirme.

—Vuestras razones tendreis para apreciarlo de semejante modo.

—Sobradas, buen padre José.

—Pues estimadlo conforme sus merecimientos, porque siempre hallareis la recompensa de las buenas acciones que ejerciteis.

Notábase la falta de luz. La noche echábase

encima y con gran trabajo distinguíanse los objetos.

El Abad ordenó á Antonio llamara al posadero para que les iluminara la estancia donde se hallaban.

Poco tiempo tardó éste en presentarse con un gran velón de dos mecheros de los que salían dos llamas oliendo á aceite quemado, que dejó sobre la mesa, retirándose enseguida.

El Abad cerró las maderas de la ventana. Nadie se atrevía á tomar la palabra esperando á que el padre José se la dirigiera, lo cual visto por él, comenzó á decirles:

—Tened presente mi relato, pues á todos importa.

—Escuchamos, buen padre José, contestó el Conde.

—A vos me dirijo especialmente, hijo mío. Vosotros guardareis el secreto, os lo mando, dijo á Antonio y á Rebellín.

—Os lo prometemos fielmente buen padre, contestáronle.

Y el anciano que estaba sentado frente al joven le miró con fijeza breves momentos comenzando á decirle con tono sumamente reposado:

—Vuestro padre, hijo mío, que gloria goce, consiguió el condado cuyo título poseéis. No paso á decíos las largas explicaciones que necesitaría emplear ó daos para haceos saber cómo le adquirió antes de que le fuese expedida por el

difunto rey D. Felipe IV su ejecutoria, pues debéis saber que ejecutoria de noble es despacho real declaratorio de sangre. Por espacio de algunos años disfrutó con el título los bienes á él anejos, mas estos le fueron confiscados por la justicia ¿sabéis por qué?

—Lo ignoro.

—Por su amistad con el famoso jesuita padre Nithard, con quien formó parte de aquella falanje que con el jesuita compusieron la junta de gobierno durante la menor de edad del rey gobernando bajo la tutela de la reina doña María Ana de Austria, cuya junta y gobierno trajo tantos males á España. Confiscados sus bienes quedó arruinado, disfrutando solamente un capital de resabios y necesidades adquiridos durante su espléndida posición. Contaos, hijo mío, los trances difíciles por que pasó sería tarea muy larga y á la vez enojosa, básteos saber que hasta llegó á ser desterrado del reino.

—¡Mi padre proscripto!

—Sí, hijo mío, vuestro padre proscripto á pesar de su título, pero tened en cuenta sus delitos cometidos. Ayudar á trastornar el reino; ser un conspirador infatigable y en su vida pública empeñar palabras que casi nunca cumplía á quienes le sollicitaban, gozando por esta falsa circunstancia una fama que por lo degradante desmerecía de su título de nobleza. La circunstancia principal de su persona era la de ser un astuto muy refinado. Oía á las

persnas con cierto interés cuando le solicitaban dándolas promesas algunas veces y otras escribiendo recomendaciones, mas con tal arte aquéllas y con tal concisión éstas, que fueron muy raros los casos de que hubiera servido á quien le hubiere necesitado. Esta conducta, como bien entenderéis, seguida por él con una exacta regularidad, dió origen á que los burlados en sus esperanzas se fijaran más cada día y lo que sucede á todo el que obra mal, al fin es conocido y sufre las consecuencias de sus falsedades, errores ó torpezas.

El joven oía atónito sin acertar á replicar al respetable anciano que con tanta claridad de hechos le presentaba casos con los cuales podía aprender provechosas enseñanzas.

—Si necesarias son pruebas las buscaremos; en tanto continúo. ¡Pero para qué! Sois su hijo y esto me basta; cuando me despida mañana de vos, Conde, os entregaré un legado y más tarde recibiré el título que me deis por mis obras.

—Señor, nada puedo contestaos más que os debo casi tantas atenciones y favores como á un padre. Vuestro cariño hacia mí, noto es muy grande y con nada puedo pagaos más que con mi gratitud ahora y siempre.

—De esto pecaba mucho el conde, de olvidar ó desconocer los beneficios que recibía ¡de ingrato!, murmuró con amargura el anciano. ¡Cuántas veces en la soledad de mi retiro me acordé de él; cuantas contrarié las malas ausencias que le hacían y con

cuánto primor y agrado cifraba en mis hechos la lealtad más acrisolada. Mas no por eso torcí nunca mis miras, al contrario; su desvío me estimulaba á obrar con más corrección y á superarle para testimoniar con tal proceder la enorme diferencia que existía de hombre á hombre, de persona á persona. Réstame decíos que en los tiempos de su opulencia pudo mostrarme su agradecimiento como correspondía, haciendo en mi favor algo provechoso; pero siento decíos que solamente recibí y aún conservo las esperanzas á pesar de sus formales y espontáneas palabras empeñadas. Lo que soy, me lo debo á mí mismo, y no creais que miento: en fuerza de privaciones de placeres he conseguido una reputación formal; con el método del bien obrar una fama que me enorgullece y con un proceder recto la honradez que disfruto.

»Conducíos, Conde, como hombre de honor y estimación, que al fin de vuestras acciones y al cabo del tiempo, vuestros hechos han de resplandecer con toda la brillantez de las obras de mérito. Mañana es el día que empezareis á servir al Rey Felipe, y vosotros también, dijo volviéndose á Antonio y Rebellín, mirad en él al salvador de España, al joven animoso, al que si le es propicia la fortuna ha de dar á esta desventurada nación días de paz y gloria que tanto necesita después de los años que sus banderas gloriosas están flotando en todos sus campos y plazas de guerra.

»Paréceme que puedo descansar en la esperanza de que me cumplireis dos promesas que os voy á requerir.

—Decid cuáles son; buen padre.

Y el anciano se quedó mirándolos con insistencia un momento, exclamando:

—Tened por ignorado cuanto he dicho al Conde, y sed leales, sumisos y legales al juramento que hareis á la insignia de España, debajo de la que empezareis á militar sin olvidar que vuestro honor es ella. Como no hay hombre sin madre, no puede haber hombre sin patria, y madre y patria nadie tiene más que una, ¡solamente una! á quien pertenecemos todos, pobres y ricos, sabios é ignorantes, hidalgos y plebeyos, y quien no siente latir su pecho á impulsos del amor sagrado de su madre, es un sér ruin, de bajos procederes, un canalla indigno del nombre de sus padres y de la nación en que vive.

«Si un Sér Supremo, que sin recursos, con absoluto dominio es dueño de todo el universo y de todas las cosas por El creadas, ha ordenado que ninguna persona, animal ó planta tenga más que una sola madre, como causa ú origen de su existencia en el conjunto de sus funciones orgánicas, del mismo modo pensad en la patria, y no olvidéis que morir por ella es morir por los demás quienes tienen la obligación de considerarlos á sus mártires que sacrifican sus existencias por el bien ajeno.

Aquellos hombres se levantaron de sus asientos como movidos por un resorte, y todos á un tiempo dijeron:

—Cumpliremos con lo que oímos. Os lo juramos.

Tras de lo que, el anciano mandó retirar á Antonio y Rebellín á su habitación á que descansarán, encargándoles se levantaran pronto al día siguiente.

—Antes quisiera bajar á la cuadra á ver si las caballerías están todas y bien atendidas.

—Podeis hacerlo, dijeron el Abad y el Conde.

Y Antonio y Rebellín se dirijieron por el corredor hacia donde había un farolillo colgado de una cuerda delgada, pendiente de una garrocha y sujeta por el otro extremo á un clavo de la pared.

Lo descolgaron y se alejaron.

El Abad y el Conde se despidieron marchándose cada cual á su cama entregándose á sus preocupaciones; pero antes cerró el anciano las maderas de la ventana, porque el vientecillo del Guadarrama dejábase sentir.

En la posada no oíase el menor ruido, señal de que todos sus huéspedes se hallaban ó bien descansando ó entregados á ocupaciones de su propio interés silenciosamente.

Empezose á distinguir la primera luz del día. El Abad y el Conde abandonaron sus lechos, y ya Antonio habíales llamado con unos suaves golpes dados á la puerta de su habitación.

Abriola el Conde y pasó Antonio saludándoles cortesmente.

—Antonio, bajad y pedid la cuenta de nuestro gasto al posadero y le direis que nos prepare prontamente el desayuno, que hoy comeremos también aquí.

—Tan pronto concluyais subid, porque tenemos que hacer una visita antes de ir á Palacio.

El posadero seguido de Antonio subió con dos grandes fuentes ó vasijas, una de ellas tenía sopas de leche, la otra dos tazas de chocolate y unos pasteles.

Entre Antonio y Rebellín se metieron entre pecho y espalda la fuente de leche. El padre José y el Conde desocuparon las tazas de chocolate y dieron fin de los pasteles.

—¿Cuánto es la cuenta, Antonio?

—¿No se la dió á vuesa merced?

—Nada me ha dicho ni entregado.

No esperó más respuesta Antonio, que dirigirse hacia la escalera diciendo en voz alta:

- Suba voacé, pendón posadero.

—Allá voy, seor hidalgo.

Y á poco se presentó el posadero preguntando:

—¿Necesitan algo de mí, señores caballeros?

—Sí, saber la cuenta de nuestro gasto.

—Pues, doce piensos para la mula y los caballos, la cena, el desayuno y lo que vuestras mercedes y las caballerías piensen tomar hasta irse.

—¡Cómo han de pensar las caballerías, direis que lo que se las dé! contestó el padre José.

—Es igual, padre.

—No es igual una persona á un animal; pero bien, decid vuestra cuenta.

—No es ninguna doblonada.

—No importa, contestad.

—Pues la cena....

—¡Basta! le interrumpió el Abad. Dejadnos de pormenores que no queremos saber y decid su importe.

— Si comen vuestas mercedes, cinco ducados; si no comen ni hacen otro gasto ni los caballos, cuatro.

Y el padre José alargándole los cinco ducados le despidió, previniéndole que comerían á la misma hora del día siguiente.

—¡Antonio! ¡Antonio! dijo en voz alta el Conde.

Antonio se presentó al punto.

—Ordena que Rebellín se quede aquí en la posada hasta nuestra vuelta, tu vienes con nosotros.

Antonio dió el recado y salieron los tres de la posada, tomando la dirección de las calles más céntricas de la villa que, poco conocedores de ella, preguntaban á los transeuntes que hallaban al paso por el lugar de las Covachuelas.

Así se llamaban unos comercios situados en las bóvedas de un templo llamado de San Felipe, sobre el que hallábase el lugar conocido por el

Mentidero, que era el paraje de la gente ociosa que se reunía á conversar comentando á su placer las noticias que sabía, y cuando no las inventaba, manteniendo así la murmuración del Rey y las noticias de la guerra.

Podía decirse de tal paraje que le habían convertido sus concurrentes en público comercio ó fábrica de mentiras, y que de él salían las noticias aderezadas conforme el gusto de sus inventores, generalmente soldados, rufianes y desocupados.

Nuestros personajes se pararon frente á una covachuela en cuya puerta había colgadas algunas prendas de vestir y otros objetos diversos de sedería.

Penetró por ella el Abad bajando tres ó cuatro escalones hasta hallarse en un pequeño recinto, que tenía las paredes rodeadas de cajas grandes de madera.

Tras el Abad bajaron el Conde y Antonio.

Aquél, no distinguiendo sin duda por la obscuridad que había, á un hombre que por el lado opuesto del mostrador les observaba, se adelantó hasta ponerse frente al Abad diciéndole en tono zalamero.

—Guarde Dios á vuestra paternidad. ¿En qué puedo serviros?

—En enseñarme, si teneis, ropas de caballero.

—Téngolas de todas clases que se os antojen, padre, desde las más finas á las más ordinarias.

Como que los principales señores de la corte me las encargan, por más que si por una casualidad no las tuviera me encargaría desde luego de adquirirlas, pues mi gusto consiste en que salgais de mi covachuela bien atendido.

—Bien, enseñadnos las que tengais, pero sin gastar tiempo inútilmente, contestó el Abad, atajando al comerciante en previsión de las palabras que hijas de la rutina de tal oficio emplean los que á él se dedican para desorientar del principal objeto á los compradores.

Con bastante trabajo puso sobre el mostrador varias prendas, las que vistas por el padre José mandó retirarlas.

—Las queremos mejores y no os canséis, si no las teneis, decidlo.

—Mejores aún que estas sólo las gasta el Rey Nuestro Señor. Mirad padre ¡qué seda, qué corte, qué encajes!

—Dígoos que mejores, conque así obrad.

Y retirándolas puso otras diferentes sobre el mostrador dándolas vueltas entre sus manos y balbuceando:

—Dignas de un príncipe; seda que se escapa de las manos; encajes de Francia; corte español puro. Mejores no se hallan. Para un galán como el presente son de perlas.

El padre José se sonrió por el dicho ocurrente del mercader y para evitar que su codicia aumentara, le dijo:

—Aunque no son para este galán, pienso lo sean para otro de su mismo cuerpo y altura.

—¿Qué os parecen? preguntó al Conde.

—Vuestro gusto parece es igual al de quien mandaremos estas prendas.

—Nos quedamos con estas de color de yema; pero quiero otros de igual clase en color negro.

—Tengo cabalmente un traje negro todo de terciopelo y encajes blancos; y esto dicho lo puso en manos del padre José y Antonio, dejándolo sobre el mostrador.

—Corriente. ¿Cuánto son los dos trajes?

—Veinte doblones padre, ni un maravedí menos.

—¡Disparate dijisteis! ¿Sabéis que veinte doblones son cuarenta escudos de oro? ¿Y que cuarenta escudos de oro son cuatrocientos cuarenta ducados?

—¡Pero mirad padre qué trajes; seguro que el archiduque no los gasta mejores! Y le parecen caros á vuestra paternidad?

—Entended que os doy la mitad, y si os conviene decidlo pronto porque iremos en su busca á otro mercader conocido.

—Vuestros son, padre, pero me alargaráis el pico de la cuenta.

—Ni un maravedí más que doscientos veinte ducados, es decir, la mitad justa de los veinte doblones pedidos.

—¿Y tenéis guantes, medias y sombreros?

—¡Que si tengo! Os dije, padre, que de mi casa puede salir vestido de modo completo hasta el sumiller del palacio real.

—Pues colocad guantes a propósito para los trajes, de los de Valladolid, objetó el padre José.

—Son los mejores, padre, y no las gasto más que de aquellas fábricas, aunque son un poco más caros.

—Vamos, dejaos de encomios.

—¡Ea! aquí está el sombrero.

Y colocando una caja grande redonda de cartón, le sacó de ella.

En efecto; era un sombrero de castor fino, galoneado con cintas de seda y una gran pluma rizada, que partiendo de su lado izquierdo, debía caer descansando sobre el hombro derecho de quien lo usara.

Dióle algunas vueltas entre sus manos, murmurando:

—De Italia, padre; aquí teneis la marca puesta por dentro que dice: *Palermo*.

—Y por sombrero y guantes ¿cuánto pedís?

—¡Qué menos que veinte ducados! Más os debía pedir, pero como el gasto que me haceis suma algo, tengo conciencia en lo que vendo.

—De modo que doscientos veinte y veinte más, son doscientos cuarenta ducados ¿no es así?

—Así es; contestó el mercader poniendo en una caja las ropas, guantes y sombrero.

—Tomad.

Y el padre José, sacando de entre sus ropas un bolsillo de cuero, le pagó la cuenta.

— Que lo paseis bien, mercedes, y que esta casa no olvideis.

— Quedad con Dios y él os ayude.

Y saliendo de la covachuela, dijeron á Antonio que lo llevara á la posada, que ellos iban al alcázar y que allí fuera á buscarlos sin tardanza.

Antonio con las dos cajas marchó á la posada. El Abad y el Conde se dirigieron al alcázar.





Despedida del Abad



RANSCURRIÓ poco tiempo en que llegasen al alcázar el religioso y su acompañante.

Desde que dieron vista al edificio, observaron más movimiento que el día que estuvieron, puesto que los corrillos de gente eran mayores y notábase cierta diligencia entre los servidores de palacio, yendo y viniendo de un lado para otro.

Todo denotaba ó algún grave suceso ó que el Rey marchaba de jornada.

Más les llamó á ellos su atención, cuando penetraron en el zaguán y vieron formado un zaguante de la guardia suiza, que era la que hacía el servicio aquel día.

Ascendieron por la ámplia escalera hasta la planta principal, dirigiéndose el padre José al chambelán que encontró á su paso.

Antes que el padre José le preguntara, fué él preguntado por el servidor palaciego.

—¿Sois, anciano, por ventura, el Abad del Esparragal?

—Para servir á Dios y vuecelencia.

—De orden de S. M. pasad conmigo á este camarín. Aguardad á que pase recado.

Poco tardó en volver y decirle:

—Pasad.

Y pasando á la habitación contigua, encontró en ella al Rey Felipe acompañado de su consorte María Luisa de Saboya.

La Reina hallábase algo pálida. El Rey algo preocupado, pero tan pronto se presentó el Abad, dijo á la Reina al mismo tiempo que el anciano iba á doblar su rodilla derecha para prosternarse á las plantas de María y Felipe:

—Este anciano es uno de nuestros mejores vasallos, de quien confío recibir importantísimos servicios. Tengo las más lisonjeras noticias de su grande talento, honrosas virtudes personales y afección hacia nuestras personas y el reino.

La Reina con tono dulce, ordenó al Abad se levantara.

Entre el rey y el abad, que mostrábase imperturbable, se entabló la siguiente conversación:

—Y bien, abad, qué puedo esperar de vos?

—Señor, en primer término recojer las muy atentas gracias que casi se atreven á pronunciar mis labios á V. M. por la halagueña lisonja que de mi insignificante validez ha hecho á la bella y graciosa soberana D.^a María Luisa de Saboya, á cuyas plantas me he sentido regocijado. Después, tener la honrosa dicha de hacer á V. M. partícipe que mi adhesión á vuestra causa es por demás sincera y decidida, que mediante á los trabajos que pienso emplear en beneficio de vuestro trono no espero salgan fallidos los cálculos hechos, y que VV. MM. me dispensen el honor de pedirles su real permiso para retirarme después de haber cumplido mis deberes de español y patriota, que ciertamente me halagan en demasía.

El rey Felipe empezó á excitarse en curiosas preguntas porque comenzó á decirle:

—Os agradezco, abad, vuestras declaraciones que espero pongais en práctica; pero os advierto, dijo el rey con alguna pesadumbre, que Cataluña, Aragón, Valencia y Navarra me son desleales, que es como si dijera España entera; sólo cuento con Castilla, y verdaderamente, la más leal á mi causa y persona hasta ahora es Castilla la Vieja. Mi abuelo, por correo llegado ha poco de Francia, me dice en sus pliegos que me envía un cuerpo de ejército para ayudar á los españoles, y con él los generales Berwik y duque de Vandoma, porque teniéndolo casi todo peleando en Italia

sólo cuento con unos veinte mil hombres, siendo insuficientes no sólo para vencer la guerra civil sino al Archiduque Carlos que cuenta con un ejército cien veces superior al mío en número con las poblaciones y plazas de guerra que le son adictas.

—No desconozco las razones de V. M., pero aunque desconozco las razones de Estado con relación á las naciones aliadas al Austria, no pueden las armas españolas estar quejosas de las victorias conseguidas. La batalla de Almansa ganada á los imperiales por el duque de Berwik, la detención de aquel ejército en los reinos de Aragón y Andalucía; el rescate de Yecla y Villena con su castillo hasta hacerle retroceder á Cataluña; la toma de Valencia y de Caudete, son hechos que entran por modo directo en los dominios de la fortuna; porque conseguir la victoria de la batalla de Almansa haciendo doce mil prisioneros al Archiduque, cogiéndole toda la artillería y bagajes, obligando al general aliado conde de Dahna, el mejor general holandés, con sus trece batallones á rendirse después de lograr su retirada á las alturas de Caudete, y hacer al enemigo cinco mil muertos, es tanto como decir que lo que va perdiendo el Archiduque lo va ganando Felipe V.

—Memorable fecha fué la de esta jornada.

—¿La recordais, abad? preguntó la reina.

—Creo fué el 25 de Abril de 1707. También recuerdo la fecha en que V. M. hizo su entrada en esta villa y corte.

—¿Cuándo fué? díjole Felipe.

—En 17 de Enero de 1703, porque el 13 fué cuando llegó la reina á Guadalajara á recibir á V. M. y el 7 de Noviembre de 1702 salió vuestra majestad de Milán para España.

—Me admira la precisión de vuestros datos y fechas, contestó el rey al abad; pero decidme qué gentes más tomaron parte en Almansa.

—Berwik, Amézaga, Pedro Ronquillo, Dasfeldt y el conde de Pinto con unos diez mil hombres, contestó el abad.

—Y los aliados ¿quiénes fueron? preguntó el rey.

—El conde de Villaverde; el marqués de las Minas; el conde del Atalaya; D. Juan de Atayde; Frisón y Vasconcellos con 54.000 hombres próximamente, aparte del general en jefe Gallovay. La batalla de Brihuega ganada por las tropas del ejército leal contrabalancea el poder del Archiduque, y si como dije el pasado día á V. M. se decide á marchar á Cataluña á ponerse al frente de aquel ejército y atacar vigorosamente á Barcelona, es posible quede rendida y muerta la guerra civil que viene asolando á España. La nota importante de la batalla de Brihuega fué ganársela á los aliados haciendo prisionero al general inglés Stanhope, que mandaba los ejércitos inglés y holandés. Y que más, señor, he de deciros en mi apoyo y en favor de los castellanos que, cuando se trasladó á Valladolid la corte en la mañana

del 9 de Setiembre de 1710, si con el llanto en los ojos salió la Reina de Madrid despidiéndose de aquel pueblo leal que con pena y amargura le vió partir, con frenética alegría y loco entusiasmo fué recibida por los vallisoletanos hasta que V. M. dispuso en el Consejo celebrado en esta capital su traslado á Vitoria como punto más distante del que ocupaba el Archiduque. ¡Qué pueblo ni nación alguna tiene dadas á V. M. tales pruebas de afección como Castilla! Necesitó V. M. armas, caballos, soldados y dinero y Castilla presurosa os entregó hombres, caballos, armamento, dinero y cereales; requirió su lealtad y se la tiene concedida sin límites y tan realmente como es la pura y misma realeza. ¡Señor! Tan cabal y noble es Castilla, que sin provocar vuestro augusto enojo no hay pueblo alguno que la supere en lealtad sin ejemplo observada á través de tantos siglos.

La Reina mostrábase complacidísima; el Rey Felipe subyugado por la influencia personal de aquel sabio anciano que con tanta lucidez exponía hechos, fechas y principios que asumían tan grande conjunto de erudición.

La Reina era un tipo perfecto de mujer como los de los antiguos Italos, y á través de su belleza femenil se divisaba la perfección de su textura.

—Acto seguido de la victoria de Brihuega ocurrió la famosa batalla de Villaviciosa á la que concurrió V. M.

—Recordáis la fecha? preguntó la Reina.

—Si no estoy equivocado fué el 10 de Diciembre de 1710.

—Cierto; replicó el Rey. Cogimos á los austriacos en la de Brihuega y Villaviciosa 50 banderas, 14 estandartes, 20 piezas de artillería, 2 morteros, casi todas las armas y equipajes y se vencieron á los generales Stanhope y Staremborg. El marqués de Valdecañas se portó como todos nuestros generales y como uno de los de mayor prestigio.

—Cuando V. M. entró en la villa de Sigüenza fuí yo uno de los que ayudaron á cantar el *Te Deum* celebrado en aquella Catedral.

--La batalla de Villaviciosa costó la vida á los generales aliados Belcastel, de Holanda; lord Hamilton, de Inglaterra, y muchos brigadieres y coroneles. Prisioneros lo fueron lord Stanhope, general de las tropas inglesas. Saint-Aman, mayor general de las holandesas. General Welyett, holandés también. M. de Franquemberg, general de las tropas pontificias y otros oficiales generales de distinción. Prisioneros de Estado también se hicieron, entre ellos el obispo auxiliar de Toledo y otros particulares y señores de posición que eran adictos al Archiduque Carlos y á quienes he mandado á mis justicias confiscar sus bienes por desleales y ambiciosos. ¿Qué me decís, Abad? dijo Felipe viéndole sumido en algún pensamiento difícil.

—¡Qué he de decir á V. M.!

—Lo que penséis, que será algo.

—Sin vuestra real licencia no me propasaré á exponer lo que embarga mi entendimiento.

—La tenéis absolutamente concedida.

Y aquel anciano, ejemplo de virtud y de inteligencia comenzó á decir en tonos severos:

—La sangre y el dinero son dos cosas diametralmente opuestas por su valor y su empleo aplicadas á todos los casos de la vida.

»El dinero representa la riqueza abstracta. La sangre la riqueza concreta. Entre ambas riquezas la mejor es la concreta, y así lo entiendo, porque siendo la riqueza como generalmente se entiende por la abundancia de bienes, ésta queda supeditada á aquélla por sus principios de adquisición.

»La nación, comarca ó estado que se apresta á facilitar las dos necesidades para mantener una guerra, cuales son la sangre y el dinero, es más importante quien entrega la sangre que quien entrega el dinero; porque con la sangre se batalla, con el dinero no se pelea, se puede únicamente sobrellevar las necesidades del abastecimiento de un ejército. Los ricos pueden contribuir con el dinero. Los pobres contribuyen con su sangre que desde lo alto de las montañas baja á los llanos regando en su trascurso tan preciado licor el lugar de la contienda.

»Y si la sangre tuviera que pasar por los filtros de la administración pública, estoy seguro

que correría tan escasa por las venas del pueblo como el oro por los bolsillos del pobre.

»La sangre española siempre se ha cotizado muy en alza en todos los mercados del mundo, como el más rico producto de su clase, y aunque se diga que España es pobre, no os inquieteis, que es potentada de valor y abnegación, y pueblos que cuentan con tan gallardas excelencias son los que ascienden más pronto al trono de la opulencia por su positiva riqueza.

»Y repito esta vez que Castilla tiene dado su sangre y su dinero. No creo llegue á necesitar saber cómo se emplea, pero sí que esas legiones de guerreros con que cuenta el ejército del nieto de Luis XIV prontas á verter su sangre generosa sean dirigidas por su propio caudillo, por Felipe V.

»Las grandezas humanas se disipan como se disipa el humo en el espacio y á ellas viene á ponerlas término el fin del movimiento de los seres y el fin de sus pensamientos, ofreciéndose la muerte que tiene realidades inconcebibles.»

Felipe de Anjou y María Luisa de Saboya miraban admirados al abad.

—Y decidme, abad, ¿en qué consiste que el hombre ambiciona tanto que á veces ni se da cuenta de lo que desea?

—Señor, en la pasión desordenada de lograrlo, de aquí nace su infelicidad y desgracia, pues si concertadamente ó con proporción obrara, la ambición desaparecería.

»Las sucesivas transmisiones hacen disminuir la energía de los impulsos y para que esto se obvие los hechos deben ser siempre engendrados por ideas moderadoras.

—Vuestras ideas son colosales por su tamaño; vuestros pensamientos son asombrosos por su concepción, contestó Felipe V.

—Señor; preciso volverme al Esparragal prontamente, así que si V. M. lo cree debido, me retiro.

—¿Pero sin dejar ultimadas vuestras obligaciones?

—Eso pensaba hacer en último caso de esta audiencia.

—Pues bien, decídmelas.

—El joven que me acompaña con su criado, es hijo de aquel conde que fué mi amigo y á quien me permití recomendar á V. M.

—¿Y qué deseais para él?

—Que entre al servicio de vuestras reales personas.

—¿Pero insistís, anciano, en proteger al hijo de tan falso amigo, que tanto os desdeñó y correspondió con tal ingratitud?

—Señor, eché sobre mi corazón y mi conciencia tan pesada obligación, que deseo verla cumplida para demostrar al mundo pródigo en vanidades, que siempre he rechazado, que si me precié de ser intachable en mi conducta le sobrevivo con exceso de honor y fiel á mis deberes creados por mí mismo. Aguardándome está el joven.

Y el rey Felipe ordenó pasara el Conde á la presencia suya. Tan luego hallóse ante los Reyes aguardó con cierto embarazo á ser preguntado, pero adelantándose el padre José hacia donde hallábanse sentados, les dijo:

—Majestades, el joven presente es por quien me tomo todo el interés posible, y todo mi mayor placer consiste en que entre á vuestro servicio. Disposición tiene: afecto á la causa de sus reyes se lo tengo inculcado, así pues creo que si observa, como espero, mis consejos, mi orgullo de patriota verase desde ahora muy satisfecho con proporcionar un adicto más á vuestras reales personas que no defraudará mis esperanzas.

—Es preciso que entendáis serviréis á Felipe V, gracias á la mediación protectora de ese sabio y virtuoso anciano que os ama como hijo; así que daré orden de que os destine habitación á vos y á quien os acompaña.

—Un escudero y un criado, contestó el joven.

—¿Esos son domésticos ó han servido militarmente?

—El de más edad sirvió con mi difunto padre al rey Carlos y asistió al sitio de Gibraltar. Es hombre de guerra.

—¿Qué concepto os merece como soldado?

—Señor, el de excelente militar. Se le puede confiar una compañía.

—¿Está ahí?

—Debe estar en el alcázar.

Y el Rey ordenó le buscaran y se presentaran.
Compareció Antonio. Púsose de rodillas y el Rey le mandó levantarse, pero continuó en la misma posición.

—Decidme quien sois.

—Rey D. Felipe, me llamo Antonio Vientos; fuí soldado en los ejércitos del rey D. Carlos II, asistí al sitio de Gibraltar y de Ceuta y mi amo fué el Conde de... el padre de mi presente amo.

—Teneis hojas ó pliegos de servicios?

—Ninguno: no tengo más pliegos que las cicatrices que me honran.

—¿En qué cuerpo servísteis?

—En la Guardia chamberga, llamada así por la forma de sus sombreros; después en el Regimiento de granaderos de la Estrella.

—¿Servísteis mucho tiempo al Conde?

—Todo el que tiene mi amo.

—Con él serviréis en lo sucesivo en mi escolta montada. Os entregarán equipo, caballo y armas. El otro que viene con vosotros queda de mozo en las caballerizas.

—Indícoos, señor, que tienen caballos propios; objetó el Abad.

—Ya se les abonará su valor, é hizo señal de que saliera.

Y Antonio, conforme estaba de pie descubierta, en una actitud completamente militar, ceremoniosamente llevó su diestra á la empuñadura de su espada dando en su cacerola un suave

golpe volviéndola á su posición primitiva y tras de doblar su rodilla derecha salió marcialmente de la regia estancia.

—No sé por qué presumo que ha de dar excelentes resultados tal sugeto, se dijo el Abad viendo marchar á Antonio.

—Me agrada el porte y marcialidad de ese soldado que me recuerda en este instante los veteranos del ejército de mi abuelo, dijo el Rey.

—Y á mí aquellos que formaron los famosos viejos tercios de Castilla, bravos como leones en la pelea, añadió el Abad.

—Ya lo sabéis, dijo el Rey, presentaos Conde al Jefe de Palacio para que os disponga alojamiento.

Y el joven disponíase á salir; pero le contuvo el Abad diciéndole:

—Aguardad. Tomad este recuerdo mío que os entrego ante nuestros soberanos y que conservaréis como valioso presente. Podéis por él enteraos de la conducta del difunto Conde conmigo. A mí no me son necesarios. Sólo os encargo que desterreis de vuestro entendimiento la idea del orgullo y la soberbia nacida entre cierta nobleza que desconoce el valor de las acciones meritorias, el del trabajo y las virtudes personales del sufrimiento.

Y esto dicho le entregó un legajo de manuscritos cuidadosamente sujetos por unas cintas de seda.

Los reyes miraban absortos al Abad, respetando con su silencio aquella escena íntimamente del dominio de las dos personas que les acompañaban.

—Señor, me retiro con vuestra real licencia. Mis deberes sagrados me reclaman en otra parte, desde la cual prometo solemnemente á vuestras augustas personas ayudar en la medida de mis fuerzas la justa causa de Felipe V.

—Gracias, anciano, le contestó Felipe. Me sirve de gran complacencia vuestra oferta y marchad en la idea de que habeis sabido repetir con vuestro honrado proceder algunos de los consejos que me tiene dados mi abuelo el rey Luis XIV de Francia.

Y al mismo tiempo que el anciano iba á ponerse á sus plantas, se lo prohibió el Rey diciéndole:

—No os molesteis; porque la adhesión hacia mí y mi esposa no se presta con reverencias de adulación, sino con hechos honrados que sólo atesoran las personas de grandes sentimientos.

El tapiz que tras de la mampara había, sujetábalo un maestra sala aguardando la salida del Abad.

Éste se dirigió con paso grave hacia la puerta desapareciendo tras ella.

En la saleta inmediata se le unieron Antonio y el Conde, preguntando al padre José el segundo de ellos:

—Padre José, parece el Rey satisfecho de vuestro trato.

—No tiene motivos para no estarlo.

—Lo que parece es un joven liberalizado —dijo Antonio— al revés de los austriacos, que no han sido más que ó tontos rematados ó déspotas insufribles, extranjerizados y codiciosos de nuestros bienes.

—Ciertamente, Antonio, tienes razón. Si yo no supiera la hermosura del corazón del rey Felipe, sus liberales ideas y los buenos aprecio que tiene por España, nunca me hubiera presentado á él, lo hubiera hecho al Archiduque.

Habían bajado al zaguan y quedándose parados hablando, cuando llegó hasta ellos un oficial de la guardia diciéndoles:

—Pasad al cuarto de banderas que en él os aguarda el mayordomo del alcázar.

—Presto vamos, contestó el Conde. Y se retiró el mensajero.

El padre José entregó al joven un bolsillo y un paquetito, á la vez que le decía:

—Seguid mis consejos. Con lo que os doy, acordaos del padre José.

»Aquel amigo que tuvo el difunto Conde, vuestro padre, que nunca le negó un cariño bien sentido y lealtad honrada; con lo que tengo hecho en toda mi vida he testimoniado lo que teneis ocasión de saber por los manuscritos que teneis. ¡Procurad no estraviarlos! Antonio, puedes ir á

por los caballos. Ya sabéis teneis que volver aquí al alcázar. Yo salgo enseguida para el Esparragal, donde me mandarás noticias vuestras. De tí Antonio, espero cigas mis instrucciones, tras de lo cual os dejo y deseo las venturas posibles.

Y aquel excelente español, verdadero religioso sin fanatismo y hombre de acciones grandes, sabio y humilde, retiróse en dirección á la posada en busca de la mula y emprendió su regreso al Esparragal.

Pero antes de doblar la esquina frontera no pudo reprimir el deseo de volver la vista al alcázar, sin que gruesas lágrimas de ternura rodaron por su semblante, al mismo tiempo que con entrecortadas frases murmurara:

— ¡¡Todopoderoso, ten piedad de mí según tu grandísima misericordia!!

Y pasando por sus ojos humedecidos un pañuelo de yerbas, se retiró de aquel paraje.

Estas bellas acciones, que por sí solas agrandan los más humanos hechos dignos de la pura virtud, rara vez se notan en las clases elevadas, lo son propiamente de otras más humildes en posición; pero más ricas y sólidas en afectos y hechos que aquéllas.

Llegaba el abad á dar vista al mesón. De él salían dos hombres conduciendo del diestro tres caballos con dos cajas grandes: eran Antonio y Rebellín que se dirigían al alcázar, los que tan pronto le conocieron fuéronse hacia él.

—En vuestra busca íbamos, buen padre José, díjole Antonio.

—¿Os ocurre algo?

—Preguntaos cuándo volveis al monasterio.

—En cuanto llegue á la posada, repare algo mis fuerzas y me preparen la mula. ¿Y vosotros habeis comido? porque este gasto está pagado en la cuenta.

—Aún no; pero volveremos á hacerlo en cuanto dejemos los caballos.

—Pues id y decid al conde que haga saber al rey que tú, Antonio, debes de estar en el Esparragal la semana entrante, donde irás á hacerte cargo de los hombres que pienso reclutar para las nuevas compañías que han de mandarse á Cataluña.

—Espere en la posada, buen padre José, que presto volveremos.

Antonio y Rebellín, con los caballos y las cajas, marcharon en opuesta dirección á la del abad, que no tardó en llegar á la posada en cuya puerta estaba el dueño.

El posadero al verle le dijo:

—Cuando su paternidad mande se le servirá la comida.

—Que pongan la mesa en mi cuarto para cuatro personas ¿entendeis? Y que pongan los aparejos á mi mula.

—Entendido, padre, así se hará.

Y el abad empezó á pasearse á lo largo del portal, sumido en pensamientos que, al parecer

le abstraían, puesto que ni las gentes que había en el patio del mesón ni las que entraban y salían le hacían distraerse.

Antonio y Rebellín se presentaron en el portal, los que al ver al abad, quedáronse parados. Aquél no reparó en ellos y seguía paseándose.

—Padre José, aquí estamos.

—No había reparado en vosotros.

—Bien lo hemos visto.

—Antonio, mira si la mula está cuidada y con los aparejos puestos. Si notases algún descuido enmiéndalo, pues ya sabes que tiene que emprender larga caminata. ¡Estos posaderos para cobrar son listos, para trabajar holgazanes y para casos de honradez de mucha manga ancha! Doy mi razón á las personas que huyen de tales parajes, murmuró entre sí.

Al mismo tiempo que Antonio volvió de la cuadra, hízolo el posadero diciendo:

—Cuando su paternidad quiera puede comer, servida y puesta está la mesa.

—¡Vaya! Antonio y tú, mocete, á comer.

Llegaron á su cuarto y vieron que estaba la mesa dispuesta para cuatro personas. Dos liebres estofadas había condimentadas en una gran fuente que despedían un olor muy grato.

—Extraño la ausencia del Conde.

—Y yo también, buen padre; pero sospécheme habránle encargado algún servicio, pues que de otra modo aquí estaría.

Bendijo el Abad los manjares y comenzaron á comer.

El Abad, Antonio y Rebellín no pronunciaron ni una sola palabra sino hasta que terminaron.

Levantose el padre José y les dijo á sus comensales:

—No puedo retirarme más tarde de vosotros, así os dejo, pero entretanto volvemos á vernos voy á encargáros repetidamente toda vuestra fidelidad hacia el defensor de España contra los austriacos y al joven amo vuestro, mirando en aquél al predilecto soberano por quien Castilla hace tantos esfuerzos en sus recursos, y al otro como cosa ó persona integérrimamente á mis incorruptibles ideas. ¿Qué me contestais?

—Que se cumplirán vuestros deseos, buen padre; y que habiéndoselo jurado, si quereis, lo juraremos de nuevo.

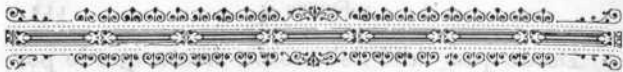
—No; no lo deseo. Con una sola vez que se haga una promesa basta; mas no te olvides, Antonio, de hacer por estar en el Esparragal dentro de unos días. Te aguardo y todo espero tenerlo dispuesto.

Bajaron al portal del mesón, en él montó el padre José en su mula, al mismo tiempo que tomaba la dirección de la vega.

Aquel anciano, caminando solo por los solitarios caminos que atravesaba, se agigantaba superlativamente el mérito de su persona.

Desde que salió del mesón hasta que le perdieron de vista al Abad, Antonio y Rebellín quedaron como inmóviles figuras de bulto.

Dirigiéronse continuamente al alcázar sin proferir palabra alguna y sin alejar de sus sentidos el embargo causado por la compañía que recientemente se ausentó.



dieron de vista al Abad, Antonio y Isabella que
dabanse como imbuídas ligeros de culpa.
Alisándose conmovidamente al alisar, sin
preferir palabra alguna y sin dejar de sus senti-
dos el embargo cansado por la compaña que
reventamente se suscitó.

Regreso al Esparragal



A mula sobre que cabalgaba el Abad, púsole en unas tres horas en el paso ó camino de las montañas que forman el puerto de Guadarrama.

Era un hermoso cuadrúpedo de unos cuatro pies de altura, de la mejor casta extremeña, producto del cruce de pollina de aquel país y caballo portugués y de una andadura resistente y sostenida; tan sumamente dócil y blanda de boca, que casi era innecesario ponerla bocador.

Empezaba nuestro viajero á ascender el penoso camino del puerto y casi había comenzado á ganar las primeras estribaciones, cuando de entre una espesura cercana oyó decir:

—¡Alto... viajero! Detenga la caballería ó muere.

El Abad refrenó la mula obligándola á pararse.

De entre unos espesos jarales salieron varios hombres, armados con fusiles unos, con armas blancas otros.

—Si os moveis, morís. ¿Quién sois y dónde caminais?

—Voy á la Abadía del Esparragal. Soy religioso de ella.

—¿Conoceis al padre José? Decid que es de él, que hace días le echamos de menos y nadie nos dice su paradero.

—El paradero es este y con él estais hablando. Y el Abad echose la capucha hacia las espaldas.

Adelantose uno de aquellos hombres hasta cerca del anciano y sacando lumbre de un peder-nal y eslabón que golpeó, encendió una mecha de cuerda impregnada de azufre, contemplando al viajero.

—¡Vive Dios! Es el padre José. ¿Y cómo por estos lugares, señor Abad, tan solo y de noche?

—Porque mis obligaciones me lo mandan, y no voy solo.

—¡Cómo! Pues no vemos á nadie más que á vuestra persona, á menos que no vengan detrás otras.

—Nadie más que yo camino. En mi compañía sólo creo vaya la del Todopoderoso. Decidme qué pretendéis para servios y no me interrumpais mi viaje, pues deseo llegar con la mayer brevedad al

Esparragal, donde necesito estar con mis religiosos y atender servicios importantes de Castilla muy urgentes.

—Os echamos de menos y nos dijeron que unos caminantes con quienes salisteis de la Abadía os habían metido en la boca del asno. Tan pronto lo supimos, fuimos en vuestra busca y así estamos desde ayer, andando de un lado para otro sin encontraros hasta ahora. Sólo nos faltaba mirar esta parte de la garganta del puerto que corre hacia Segovia y Avila; pero, en fin, ya os hemos llegado á encontrar; con que así, vamos, padre José, hasta el Esparragal, iremos en vuestra compañía.

—¿Y qué hacíais apostados entre los jarales? ¿Qué intenciones eran las vuestras? ¿Por qué disteis la voz de alto y de detener la caballería so pena de matar al caminante?

—Muy sencillo; porque cumplimos vuestro mandato vigilando los puntos fáciles de subir el puerto, y si como habeis sido vos, padre José, son algunos de los otros, ninguno queda para contarlos.

—Así hubiese sido el Archiduque, contestaron los demás. ¡¡Pues que creen tales personas y sus servilones que con los pueblos se divierten!! Los hombres y los pueblos deben ser atendidos siempre, porque ellos lo dan todo y son los que les sostienen, mas obras son amores y no buenas razones. Vaya, la mitad delante y nosotros á los lados, y vosotros cuatro á las jaras á ver si cazais algún ave colorada.

Y el padre José mandó apagaran la mecha y les dijo:

—Mejor iremos alumbrados por la luz de las estrellas, porque evitaremos llamar la atención de las gentes de los caseríos que puedan estar levantadas ó de las que puedan hallarse en el campo. Además, conocemos estos parajes.

Y aquellos hombres emprendieron la marcha con un silencio sólo interrumpido por la fuerte respiración de la mula.

La desigualdad del terreno y la oscuridad que les rodeaba no les permitía andar con la celeridad que deseaban, sino con lentitud y precaución para no caer en alguno de los barrancos que hallábanse en algunos puntos á la subida y bajada del puerto, así como en su parte más elevada.

Los cuerpos celestes del firmamento alumbraban muy opacamente y esto hizo decir á uno de los de aquella comitiva:

—¡Buena noche toledana! padre José.

—Peores las pasaremos.

—Pues si peores vienen vengan pronto, que deseando estamos haya paz en el reino.

—Y yo en Castilla.

—Dicen que de noche todos los gatos son pardos.

—Y yo que la noche es capa de pecadores. Dígalo sino las malas artes con que de noche se cometen los robos, raptos y asesinatos.

—Hemos llegado á la divisoria del puerto, padre José.

—Si estamos donde decís tomemos el mejor camino.

—Iremos á la Venta del Ventisquero, si os parece, que cerca estamos de ella.

Después de retardar la contestación el padre José objetó:

—No nos es muy conveniente tal sitio á estas horas, porque puede haber gente de nuestro desagrado.

—Es que así podéis descansar vos un rato y también la mula.

—Eres precavido, bien lo veo, pero ten presente que yo estoy acostumbrado al trabajo, á la vigilia y á pasar malas noches en el estudio, y la mula á caminar mucho con las inclemencias del tiempo y las privaciones del pienso y del agua, pero en fin, iremos á la venta y veremos si el ventero nos dá alguna noticia nueva; con esto descansaréis vosotros y echaréis unos cuantos tragos para remojar el paladar, porque á lo que entiendo lo necesitáis. Ea, apretad el paso y silencio.

La pronunciada inclinación de la pendiente hacíalos marchar con más rapidez que cuando lo hicieron para ascender á la mayor altura del puerto y debido á esto poco tardaron en llegar á la venta.

Hallaron sus puertas cerradas y desde fuera

del edificio que ya conocen mis lectores, se oía una acalorada disputa entre varias personas que sostenían diferentes opiniones referentes al pretendiente austriaco y el rey Felipe.

Antes de avanzar más quedáronse parados escuchando. Cada vez aumentaba el vocerío y se oían palabras gruesas. Por lo que se entendía era que en la venta paraba algún partidario del pretendiente con más gentes y trataba de sobornar al ventero para hacerle de los suyos; pero cuando más fuerte era la disputa, el padre José avanzó hasta la puerta dando con la palma de la mano dos ó tres golpes.

Cesó de pronto el ruido de las voces y se oyó decir:

—Nos han espiado, y si es así, pagará con su vida el importuno.

—Abrid con tiento, ventero, y pasad al viajero á otra habitación á fin de que no podamos ser conocidos.

Hallábanse en la cocina de la venta los que pernoctaban en ella.

El padre José, mientras abrían la puerta, dijo á sus compañeros:

—Vosotros callad y discrección sin perder el valor.

Y por dentro de la venta una voz fuerte y áspera dijo:

--Quién llama y qué quiere á estas horas, ¡mil demonios!

—Un pobre religioso que vá de camino y desea hospitalidad, hermano mío en Cristo, contestó humildemente el abad.

Y el padre José ordenó escalaran dos hombres las tapias del huerto los que volvieron y le dijeron que por su mucha altura no podían hacerlo, disponiendo que al poco tiempo de entrar él con dos de ellos lo hicieran los otros dos, pero sin darse por conocidos suyos.

Apareció á su vista un hombre alumbrando con un farolillo, quien después de abrir las puertas lo levantó á la altura de su cabeza para ver mejor á quien llamó.

—Pase el hermano y aguarde le ayudo á desmontar.

—Aguardaré lo que gustéis.

Y dejando el farolillo en el suelo tuvo el estribo al religioso.

—¡Por Cristo! Que veo dos hombres más con vos, padre, y me digísteis que veníais solo.

—Son dos guías que me acompañan, porque ni conozco el puerto ni sus alrededores y como sabéis ofrece peligros.

—¡Si tendremos toledana! dijo retirándose unos pasos para llamar á una muchacha de servicio. Estos pájaros son aves que todo lo ven, de todo se enteran y todo lo saben; dijo para sí. Muchacha, prepara habitación á este padre, dijo á una moza medio soñolienta que se presentó ante ellos.

—Ventero, como he de parar poco, me agrada-

ría estar mejor en la cocina, pues así podré reanimar un poco mi cuerpo entumecido por el frío.

—La cocina está ocupada. No tengo permiso para dejar pasar á nadie, pues es gente de valimiento quien está en ella y..... si no os permiten no consiento paséis.

—Bueno, hermano, ya lo conozco; pero decid á esos señores caballeros que por caridad me permitan estar un poco tiempo á reaccionarme al amor de la lumbre.

—Que pase, pero enseguida y se caliente pronto quien sea, se oyó decir en tono destemplado y con imperio.

El padre José hizo señas á los dos hombres que con él estaban de que pasaran también.

Entro él delante quedándose parado á la puerta y diciendo en tono humilde:

—Buenas noches os dé Dios, caballeros.

—Qué hay padre? Parece que no es lo mismo subir el puerto caballero en cómoda mula que cobrar diezmos, dijeronle con acento desdeñoso.

—Líbreme Dios de hacerlo más veces; esto es bueno para hombres de otra vida más agitada, pongo por caso, para los soldados que defienden con tanto tesón la causa del pretendiente á la corona de España.

Miráronse sorprendidos aquellos hombres.

—Por quien soy, dijo uno de ellos, juraría que bajo esos hábitos se oculta un conspirador de gran cuidado.

—Conspirador tal vez, mas sin cuidado.

—¿Y por quién haceis vuestros trabajos?

—¡Por quien quereis los haga! Por el pretendiente Carlos á quien deseo ver....

—¡Ver cómo! decid.

—Con estos ojos con que os miro.

—No tardareis en verle, reverendo padre, y victorioso, añadieron los demás con precipitación.

—El rey Felipe y esto durará poco. ¿No os parece, reverendo padre?

—Y tampoco como creo durará, contestó el aludido.

—¿Y puede saberse dónde os dirigís?

—A Segovia, por unos documentos que han de entregarme los de la junta aliada.

—De bastante importancia pueden ser, reverendo padre.

—No de bastante, sinó de mucha debiérais decir.

—Y si no lo tomais á descortesía ¿podeis decirme quién sois vos, caballero?

—Yo soy primo carnal del general Nebot que se encuentra en Cataluña, donde voy á toda prisa á unirme á él. Ya sabreis, reverendo padre, que el duque de Vendome, el general de mayor confianza de las tropas reales, está gravemente enfermo, siendo fácil haya muerto á estas horas de apoplegía.

—¿Y dónde se encuentra Luis de Borbón, el generalísimo de las tropas de Felipe V?

—En Vinaroz, villa del reino de Valencia, rayana á Cataluña. Ya sabeis, reverendo padre, que Vendome es hombre que come poco á medio día, pues hay veces que no toma más que un caldo; pero por la noche come desmesuradamente.

—Así es, caballero; parece le conoceis.

—Desde hace dos años.

—Y que Luis XIV le tiene en gran estima.

—En la que se merece, aunque ya sabeis lo que le ocurrió cuando lo de Almansa.

—Sí, que llegó tarde.

—Y en Cataluña ¿qué generales tienen ahora las tropas reales?

—El conde de la Alegría; el marqués de Valdecañas y Bezons; también esperan de un momento á otro la llegada del duque de Berwik con 22.000 hombres que Luis XIV manda á su nieto Felipe V, que entrará por los Pirineos para rendir á Barcelona, pero costará mucha sangre, y si este golpe se frustra, adios Felipe con el rey Sol y los Castellanos. Staremberg y los generales aliados son dueños de casi toda Cataluña y sabreis que Lérida y Gerona, así como Figueras, pertenecen al Archiduque.

—Lo sé y me parece de mucha monta. ¿Y á vos, caballero?

—Igual que á vuestra paternidad.

—Ventero, venga un jarro de lo que teneis reservado.

El interpelado volvió trayendo un jarro de vino blanco que dejó sobre una mesa estrecha y larga en que se veían restos de algunos manjares, diciendo en tono satisfecho:

—Padre, no lo habeis bebido mejor en la vida en ningún mesón ni venta. Es de lo que sólo se bebe los días que se repica gordo. ¡Mirad qué color tan dorado, qué espuma!

—¿Y el paladar? dijo el padre José.

—¡El paladar.... como de buen castellano viejo y buen cristiano!

—Si no ha sido bautizado, tenéis razón; dijo el padre José dirigiéndose al desconocido en tono sonriente.

Este llenó dos vasos; dió uno de ellos al abad, cogió el otro y antes de beber dijo:

—Este por el triunfo de mi causa.

Y el padre José agregó:

—Este por el triunfo de la mía.

Al mismo tiempo que apuraban el blanco se oyeron recios golpes dados en la puerta del mesón.

El caballero miró sorprendido al religioso. Este á su vez miró al caballero diciéndole al padre José:

—¡Vive Cristo que parece esta venta reuñión de conspiradores!

—No os extrañe, caballero, que gentes vengan, porque como esta venta está cercana al camino real y por él va y viene tanto trajinero, los que la conocen hacen parada en ella para descansar,

beber ó comer ó resguardarse del mal temporal que les sorprenda.

Pareció tranquilizarse con estas explicaciones el caballero.

Se oía porfiar al ventero y los recién llegados á pesar de estar cerrada la puerta de la cocina, y casi toda la conversación entablada entre ellos, y muy distintamente decir el ventero:

—¡Que son pobres caminantes que vienen de la corte! ¡Que por caridad les reciba, como si tuviera mi casa para que sea del primer vagamundo que venga á ella!

—Con vuestro permiso, caballero, dijo el padre José, abriendo la puerta de la cocina y quedándose parado mirando al portal.

—¿Quién sois y qué quereis? les preguntó.

—Padre, somos gentes que vamos de camino. Estamos aspeados y necesitamos descansar. Hemos visto luz desde fuera y nos hemos venido á esta venta donde por caridad hemos pedido nos den albergue hasta que nos marchemos, que será no tardando mucho, lo más tardar con el alba.

—Tenéis razón sobrada caminantes, el santo Decálogo ordena amemos al Ser Supremo como también á nuestros semejantes y siendo esta una de las virtudes teologales, observándola se practica la caridad.

El ventero murmuró entre dientes:

—¡Qué cosas tiene el padre tan profundas! ¡Déjese de virtudes teologales que no entiendo!

—Ventero, aprended á saber que teología es ciencia que trata de los seres espirituales y que está hermanada con la caridad; por lo tanto, sed más liberal y humano en la vida y si en alguna otra ocasión delante de mí maltratais de palabra á otra persona llevado de la vanidad ó de la ignorancia os entenderéis conmigo.

Y con enérgico acento añadió el padre José:

—¿Lo habéis entendido bien, bergante?

—Es que vuestra paternidad se deja llevar de miserias aparentes que no son ciertas muchas veces.

—Sea como quiera tened entendido que quien pide se dignifica, porque quien pide ruega adquirir lo que le es necesario á su persona dentro de las leyes convenientes y quien ruega suplica. ¿Qué os parece mejor, que os roben quitándoos lo que es de vuestra pertenencia ó que os lo pidan? No olvidéis que no sólo pide el pobre sino también el rico, el Rey, el Papa, porque nadie puede reunir en el mundo terrenal todo lo que necesita. Si fuéseis hombre algo entendido me comprenderíais mejor; pero con todo esto sabed que todas las leyes hechas en este mundo por los hombres son copia del santo Decálogo y en él sólo se aprenden lecciones sabias con las que el hombre puede llegar á hacer leyes tan liberales y practicar tan buenas obras como la humanidad necesita, y os repito que es tan liberal como que es el único manantial de donde toman los legisla-

dores más sabios de todos los países civilizados sus principales fundamentos.

—Ea, pasad aquí y calentaos al amor de la lumbre, buenas gentes.

El caballero miraba y admiraba al padre José.

—Ventero, dad á estos hombres viandas y vino. Pobres gentes ¿qué se cuenta de bueno por la corte?

—Nada, padre, que sepamos. Porque si fuimos allá fué porque este tiene un hijo sirviendo al rey Felipe á quien hace tiempo no vé, y quería verle; pero el tal hijo salió con uno de los regimientos de Extremadura para Cataluña y nos volvemos á nuestra casa con las esperanzas perdidas.

—¿Y dónde sois?

—De la villa de Medina del Campo.

—Caballero, de un punto que en su historial heráldico dice orlando sus armas: *Ni al Rey oficio ni al Papa beneficio*.

—Eso prueba que pecó siempre de liberal é independiente, porque se entiende que no recibió nada del Rey ni del Papa.

—Así es.

Volvióse hacia los recién llegados y les preguntó:

—¿Y qué habéis oído de Cataluña?

—Que la toma de Barcelona no se hará esperar mucho; que el rey de Francia manda tropas al



rey Felipe y que el Archiduque ha heredado el imperio de Austria y que....

—¡Qué!

—Es de mucho bulto, dijo en tono misterioso el que hablaba.

—Decidlo; os prometemos reserva, dijo el Abad.

—Que el Archiduque ha dado la coz á los catalanes marchándose de Barcelona con engaños, en un barco inglés de los aliados.

—¿Habeis oido el nombre del Almirante?

—Sí, pero como yo no entiendo de eso no recuerdo.

—Haced memoria. Haber si recordais haber oido el nombre de Jeunings.

—El mismo.

—Entonces se ha fugado en algún navío de la escuadra inglesa, porque ya sabeis que el Papa, Inglaterra, Austria, Portugal y otros estados pequeños son nuestros aliados, dijo el caballero al padre José.

—Pero falta que esto que dicen estas pobres gentes sea cierto. Recordad que han dicho no entienden lo que han oido y por esto no merecen mucho crédito sus palabras.

Calló el caballero y se quedó pensativo.

El padre José conoció á los dos hombres objeto de su defensa con el ventero á quien les dijo:

—En esos cuartos que dan al portal deben estar

dormidos los que me sirvieron de guías, salid y decidles que les llamo.

Las cuatro personas llegaron á la cocina y sin esperar el padre José á que le hablaran, les mandó sentar y que tomaran de lo que hubiera dispuesto el ventero.

—Amo, exclamó en voz alta uno de ellos, traed un jarro grande con vino y de lo que tengais para ayudar á trasegarlo. Que no sea de lo estropeado ¡eh! Y pronto, porque parece que no tardará en amanecer, al menos las estrellas parecen decirlo, cada vez relucen con más obscuridad.

—Sigamos nosotros con nuestro blanco vino.

—Si, con el cristiano bautizado por el ventero empeñado en que no le ha hecho.

Llenaron los vasos y los bebieron de un trago.

El padre José volvió á llenarlos de nuevo.

—Bebed, caballero, puesto que no lo hemos hecho antes por causa de nuestra entretenida conversación, vosotros avivad la lumbre de esa chimenea. Calentaos, que para eso es, y si hay poca que echen más, dijo el Abad.

El Abad y el caballero quedaron silenciosos un buen rato, aquél pensando en su viaje á la abadía, éste en el de Cataluña.

Poco más de una hora trascurriría cuando el Abad montó en su mula seguido de sus guías, despidiéndose á la puerta de la venta del extraño personaje con quien departió durante su estancia y á quien dijo en tono risueño:

—No olvideis nuestro encuentro por si no nos volvemos á ver.

Y á buen paso se alejó de la venta hacia el Esparragal.

La luz crepuscular permitía caminar con cierta diligencia al religioso y sus guías, quienes á cosa del mediodía llegaron al convento, ordenándoles aquél quedaran hasta pasado algún tiempo.

En pocos días que el padre José estuvo ausente del convento, comprometió cerca de 500 hombres destinados á servir al Rey, como consecuencia de sus visitas hechas por los diferentes distritos provinciales de Ávila, Segovia y Salamanca.



Visita inesperada



SOBRE dos meses hacía que el Abad estaba esperando noticias de sus protegidos, inútilmente, y esta contrariedad tenía muy disgustado.

Contábales en Cataluña formando parte de aquel ejército.

Una tarde que mal humorado paseábase por las inmediaciones de la abadía, oyó el ruido que produce el galope de un caballo.

Miró hacia el punto que le parecía oírlo y vió que un jinete avanzaba en dirección á la abadía.

Salióle al encuentro y el jinete refrenó el caballo quedándose parado.

—¿A dónde vais? preguntole el padre José.

—En busca del Abad.

—¿Qué le quereis?

—Entregarle un pliego que le envía el rey D. Felipe, nuestro señor, contestó descubriéndose.

El rostro del Abad tornose de triste en alegre ó de aflictivo en placentero.

—Con el Abad hablais.

El ginete introdujo su diestra en un portapliegos que llevaba pendiente de la grupa del caballo, y sacó de él tres pliegos que entregó al religioso al mismo tiempo que le decía:

—Tomad, señor Abad.

E inclinándose donde estaba le alargó los encargos.

—Idos; llamad en la abadía y decid al religioso que saldrá á recibios, os aloje en la hospedería prontamente porque vuestro caballo está cubierto de sudor y es facil que al espelerlo reciba una pulmonía.

Y el ginete que sirvió de correo, se separó del Abad marchando á la abadía.

El padre José marchó tras él, dirigiéndose á su celda y dando principio á la lectura de los pliegos recibidos.

Con mano trémula abrió el de más volumen; por su exterior le cerraban varios sellos grabados en cera, en los que estaban señaladas las armas reales, leyéndose en su anverso:

«Servicio Real de España.—«Para S. S. el Abad del Esparragal.»

Leyó el escrito que decía:

«Señoría:

»Por un correo especial recibireis este pliego
»encargado por Nuestro Señor el Rey don Felipe,
»quien me ordena os avise de poneos en camino
»inmediatamente con dirección á esta coronada
»villa, cuyo encargo cumplo gustoso.

»Dios guarde vuestra vida muchos años.

»Madrid á 12 de Agosto de 1714.

»*El Secretario del Real Despacho de S. M. C.*»

Dejó este escrito sobre la mesa y abrió otro.

Decía así en su anverso:

«Suplicase se entregue á la persona del señor Abad del Esparragal.»

Y el texto:

«Respetable padre José:

»Por orden de mi amo el Conde, os anuncio
»nuestro regreso de Cataluña, y según me dice,
»cree que pronto recibireis orden del Rey don
»Felipe (q. D. g.) de venir á la Corte. Con cuidado
»estamos y con ardientes deseos de veos. El
»Conde tiene asiento en Palacio y os es muy
»facil verle antes que á mí.

»Dios os conserve hasta nuestra entrevista.

»*Antonio de los Vientos.*»

El tercer pliego era de la Chancillería de Granada y trataba de asuntos relacionados con una

sentencia recaída en un hombre por quien el Abad se interesaba.

Recogió aquellos documentos y los guardó en una carpetita que contenía otros.

Empezó á pasearse de un extremo á otro de la celda con paso igual y la cabeza inclinada sobre el pecho, diciéndose á sí mismo:

—El rey Felipe me llama... El Conde también me llama... ¿Qué pueden ser los motivos de tales llamamientos? ¿Qué atroz es la suspensión del entendimiento humano que no puede asentir ni disentir! Más me disgusta é inquieta este estado de dudas, que saber el hecho aun cuando fuese funesto.

Y no cesaba en su paseo recorriendo la celda en toda su longitud, es decir, desde la puerta á la ventana.

Quedose parado llevándose la mano derecha á la frente y dijo:

—Señor, ilumina mi entendimiento falto de poder coordinar las ideas en este instante para vencer esta indecisión que me domina.

Y se fué hacia la ventana, abriendo sus maderas de par en par.

Inundose la celda de viva claridad.

El padre José, atraído por la suave brisa ó vientecillo que notó al abrir la ventana, se quedó parado colocándose de brazos en el alfeizar.

Su vista vagaba de los álamos vestidos de blanquecina corteza á los altos y corpulentos

chopos y de éstos á algunas higueras con sus troncos cortos y torcidos.

Quedó pensativo un momento ante la variedad que recreaba su vista con el verdor que estaban vestidos los vegetales que contemplaba.

—Tan varias como son las plantas leñosas que miro, así son los hombres; los álamos con su madera blanca y ligera igual á la de los chopos de escasa fortaleza, aun cuando son sus ramas adornadas de vistosas hojas; las higueras con sus astringentes substancias en sus troncos; los olmos que más lejos veo con un solo pétalo en cada hoja, y los olivos cargados de aceituna, cuyo fruto líquido y craso tan necesario es para los usos de la existencia de las personas y los irracionales. ¡Dios prepotente, admirando los frutos de la naturaleza admiro tus obras inimitables, y no basta mi razón á calmar el asombro que me causan siempre que las contemplo!

Iba faltando la luz del día y cuando más abismado hallábase el padre José, oyó que la campana con su lenguaje metálico y sonoro que el aire ariastraba le llamaba á orar.

Se separó de la ventana fué al armario que había en la celda y sacó de él un libro; abriolo y descubriéndose comenzó á media voz á recitar varias oraciones.

Terminados sus rezos se fué en dirección al pasillo y dando algunas palmadas quedose parado esperando la llegada de alguna persona.

Con efecto, á poco de llamar se le presentó un religioso á quien dijo:

—El forastero que ha llegado esta tarde partirá de aquí mañana en mi compañía, decídselo. Tened preparada mi mula á primera hora. A mi acompañante le pondreis algunas viandas en el morral de la silla de su caballo, y si alguna novedad ocurriera en mi ausencia, sabed que estoy en la corte donde me hallareis si me necesitais. En tanto el hermano Julio que atienda á los demás con toda solicitud; esto le direis.

—Que Dios guie vuestros pasos, buen superior, contestole.

Uno y otro se separaron.

El padre José no pudo conciliar el sueño aquella noche pensando en los sucesos que originarian tan inesperado llamamiento como le hacían.

A las primeras horas del día siguiente abandonó la abadía en unión del criado palaciego, y á buen paso trasponían el término que separaba al Esparragal de la coronada villa.

Sin cesar de cabalgar y hondamente preocupado el padre José, notó que el cuadrúpedo de su compañero de viaje se iba cubriendo de un sudor tan blanco parecido á la espuma, dando señales de cansancio.

Volvióse hacia su acompañante, diciéndole:

—Vuestro caballo parece cansarse y si hemos de tratar llegar montados, se hace preciso darle algún descanso. En aquel soto que veis á un lado

del camino haremos alto y allí le dareis un buen pedazo de pan mojado en vino, le limpiareis el sudor dándole unas ligeras fricciones en las nalgas con vino también, y después de cubrirle con vuestra capa le dejareis descansar un buen rato. En vuestro morral debéis tener pan, vino y viandas, podeis tomarlas durante el descanso.

Llegaron muy pronto al soto y haciendo alto se hizo lo que previno el Abad, dando como una hora de descanso á las caballerías.

La mula del padre José acostumbrada á largas caminatas parecía deseosa de abandonar aquel lugar y de comprender la impaciencia de su amo.

—Me parece háse repuesto bastante el caballo de la fatiga que sentía con el reposo que se le ha dado. Ponedle sus arreos y continuemos el viaje.

El correo ensilló y enfrenó el caballo y saliendo del soto siguieron por la calzada adelante con paso firme y resistente las cabalgaduras de aquél y el padre José.

A las pocas horas llegaron á dar vista á Madrid.

El padre José no cesaba de mirar aquella población formada en la altura del Manzanares cada vez con más interés.



El Rey y el Abad



LEGARON á la villa sin cesar en la marcha entrando por la cuesta llamada de la Vega encontrándose al poco tiempo á la puerta del alcázar.

Era día de fiesta y como tal veíase mucha gente transitar por las calles afluentes á él.

Nuestros viajeros despertaban cierta curiosidad entre los transeuntes que hallaban á su paso; pero éstos no hacían mientes en quienes podían ser á causa de que era muy frecuente ver entonces religiosos de todas las comunidades viajar por toda España, ora solos, ora acompañados.

Al llegar á la puerta del alcázar y desmontarse el padre José, uno de los varios criados de Palacio que allí había llegó hasta él ayudándole á descabalgár.

El correo que acompañaba al padre José cogió del diestro á ambas caballerías y doblando la esquina más inmediata desapareció de aquel punto.

El padre José se acercó á uno de aquellos criados y le preguntó por Antonio de los Vientos, diciéndole que le sirviera pasándole recado.

—Es inútil, padre, contestóle; porque el capitán Antonio está hoy de servicio con Su Majestad; ó lo que es igual, en la habitación del Rey, así subid y le veréis.

Y el padre José, tomando por una de las escaleras se encontró en la planta principal, dando aviso de su llegada.

Enseguida fué presentado á la presencia del Rey de España quien al verle le dijo:

—Pasad, buen padre José, pasad.

El Abad llegó hasta donde estaba el soberano yendo á prosternarse á sus plantas; éste se lo impidió con voz entera y tono amable.

—No á mis plantas sino á mis brazos os recibo, singular anciano.

Dos lágrimas rodaron por sus mejillas furtivamente.

—Majestad, si mi carácter social no lo vedara no me cansaría de tributaros alabanzas justas. Desde mi última despedida nada he sabido, siendo

por esta causa mis pesares grandes por las incertidumbres sufridas; pero ya que gracias al Todopoderoso puedo hallarme frente al gran Felipe el Animoso, dichoso me encontrara si supiera estaba seguro en el solio de San Fernando y la sin par Isabel de Castilla, ejemplo de hembras y de virtudes espejo. El principio espiritual é inmortal de la vida es el alma de los seres racionales, y si dijera que esta mía ha experimentado violentas emociones recordando las angustiosas tristezas que sufrirían los seres á quienes tengo concedido predilecto amor no faltaría al hecho cierto de la verdad, al contrario le señalaría de modo exacto. La afección de las personas es sincera ó fingida; es sincera cuando se siente con pureza y fingida cuando se trata de darla la semejanza de lo que no es. En las soledades de mi retiro me he acordado infinidad de veces de la suerte ó desventuras de mis protegidos y mi corazón siempre leal á sus sentimientos me tiene aconsejada la calma confiando en las más halagüeñas esperanzas. ¡Qué momentos tan terriblemente extremados he sufrido! ¡Qué angustias más atroces! ¡Qué de sinsabores! ¡Cuántas veces ha pasado mi afecto de la tristeza á la alegría, de la esperanza al abatimiento y de la ira á la dulzura! Pero en medio de experimentar cambios tan bruscos y encontrados siempre he tomado por norma de conducta supeditarlos á mis acciones para poder apreciar su valer y valorarlos justamente.

El Sumiller de cortina anunció á dos personajes.

Al capitán Vientos y al montero de servicio.

El Rey hizo señal de que pasaran.

Acto seguido entraron en el salón Antonio y el Conde quedándose perplejos ante el Rey y el Abad.

Este estado de ánimo fué notado por aquel que les preguntó:

—Comprendo vuestra situación y no he de ser yo quien os coarte en vuestras comunicaciones afectuosas, podeis conversar cuanto gustéis en habitación reservada.

—Señor; no puedo ni debo aceptar el Real favor que nos dispensais.

—¿Por qué Abad?

—Porque equivaldría tal retirada á hacer omisión de la persona de V. M.

—Gracias abad; pero tened en cuenta que yo, siquiera sea por cortesía, debo respetar vuestras canas, y por merccimientos serviciales vuestra situación, porque es natural que ante estrañas personas no espansionareis vuestro espíritu, así pues pasad al gabinete azul y disponed de él á vuestro antojo.

El mismo Sumiller que antes hizo pasar á Antonio y al Conde les condujo á otro gabinete, de proporciones más que regulares, forradas sus paredes de seda azul, con muebles dorados de

cuyo techo pendía una araña de cristal resultando más que con lujo elegantemente amueblado.

Sentáronse próximos á una mesa en forma de consola con piedra de jaspe á la que rodeábanla unas sillas forradas de seda del mismo color que las paredes.

El Abad no cesaba de mirar á Antonio y al Conde.

Ellos mirábanle sin pestañear poseídos de alegría.

Tan muda escena duró algunos minutos, hasta que el anciano entre balbuciente é indeciso díjoles:

—¿Qué me decís, qué os ha ocurrido y qué vida ha sido la vuestra?

Tomó la palabra el Conde diciéndole:

—En respeto y cariño al que me habeis tenido tomad este recuerdo mío.

Y alargándole su mano le entregó una cajita pequeña.

Abriola el Abad y tenía un retrato en miniatura del Conde al que sujetaba un marco de oro.

Quedóse mirándole breve rato y lo puso sobre la consola inmediata.

—Aguardo me digais qué habeis hecho, qué destino es el vuestro, en qué estimación os tiene el Rey y..... lo que se os ocurra ¿ó acaso no soy el mismo de siempre?

—Señor abad, siéntome turbado en vuestra presencia, porque tales son los recuerdos que conservo vuestros y tantos vuestros importantísi-

mos favores que la gratitud me impide expresar-me con la espontaneidad que deseara ¡pero qué he de deciros más que desde mi orfandad á nadie debo ni protección ni cariño más que á vos, y que os miro y tengo en la misma estimación que á mi difunto padre!

—¡Cómo! ¿y vuestros deudos?

—Desde mi orfandad nada les debo, al contrario, ellos han sido los que á título de benefactores me han usurpado la mayor parte de los bienes que mis padres me legaron, mientras que á vos os debo la posición que tengo.

El Abad le oía sin replicarle.

—Desde que me recomendásteis al Soberano desempeño el cargo de Montero de trailla que es quien corre con el cuidado de los sabuesos que la componen. Después, á petición mía, marché con el Rey á Zaragoza y desde mi regreso desempeño la plaza de Montero de Cámara del Rey.

—¿De modo que sereis diestro en la caza de jabalíes y venados?

—En pequeña parte conozco el arte de la caza.

—¿Y el Rey en qué estima os tiene?

—A mi parecer en buena estima; porque el día que se recibió aquí en Palacio la noticia de la toma de Barcelona le hice un recado que me ordenó y cuando le terminé me dijo en tono alegre: No os olvido, Abad, y con efecto al día siguiente se me entregó por el Jefe de Palacio el nombramiento del destino que hoy disfruto.

—Tendreis caballo siempre dispuesto.

—En las caballerizas de palacio hay, me parece, ciento treinta y tantos caballos útiles y cerca de veintitantos en la enfermería; porque cada servidor tiene el suyo, si bien hay algunos de estos que no le tienen por ser el oficio que desempeñan de los que no se necesitan; pero yo tengo dos, de Utrera uno de ellos y el otro de Portugal.

—¿Y la Reina os considera, os trata bien?

—Es una bella dama, esencialmente caritativa y atenta con los pobres. Con decíos que cuando sale de paseo es muy general mandar parar la carroza para enterarse de lo que ocurre en el tránsito que recorre y socorrer por su propia mano á los pobres está hecho su retrato.

—¡Hermoso ejemplo! ¡Así debían practicarlo esa falanje de cortesanos ciegos por la vanidad y embrutecidos por la ambición!

.....

No había terminado el padre José tal exclamación cuando se presentó el Rey Felipe en el gabinete donde estaban nuestros personajes.

Le acompañaba un título de grandeza de continente altivo y mirada dura.

Apenas fué notada la presencia del Rey y su acompañante en aquella estancia, nuestros personajes se levantaron de sus asientos.

El Rey llegando hasta donde estaba el padre José les dijo:

—Sentaos —haciéndolo él solamente.

Parecía hallarse bien impresionado.

Como ninguno se sentara insistió en su mandato, obedeciéndole sólo el Abad.

—Tenía verdadera necesidad de avistarme familiarmente en vuestros asuntos, dijo al Abad: porque tanto trabajo agobia mis fuerzas y cansa mi entendimiento, y bien sabe Dios, que he deseado veos para disfrutar el placer que me causa vuestra compañía.

—Señor, si honra es siempre mía acordarme de V. M., lo es mucho mayor tenerle presente, é iníuitamente mayor aún tenerle á mi diestra, y conste lo que solemnemente acabo de decir. Tan desprovisto estoy de la adulación que fuera en mi carácter bochorno, en mi conciencia un cargo grave y en mi dignidad de hombre bajeza.

El cortesano miraba al Abad con cierta prevención que á éste no se le ocultaba.

—He sorprendido parte de vuestras últimas palabras, y ciertamente, por ellas me complazco. Me parece que elogiábais á mi esposa y satirizábais á la clase pudiente de la corte.

—En efecto, señor, fuera mengua revestir con palabras diversas las que V. M. dice ha escuchado, y no sólo las pronuncié sinó que no me cansaré de repetir las, porque así como las personas tratan de adquirir para los usos de la vida lo que las es mejor y conveniente, así también deben alabarse las buenas acciones y castigar las que sean malas. Siento orgullo en hablar á mi Sobe-

rano por su honradez y en hacer las ausencias que hago de mi reina la virtuosa D.^a María Luisa de Saboya, dama de gran valía por sus talentos, de quien tiene dicho á V. M. el rey Luis XIV de Francia, vuestro abuelo: No consejos sino elogios tengo que daos siempre de ella, y me complazco en añadir que la reina ha asombrado al rey de Francia en fuerza de discreción y ejemplares obras.

El rey miró al padre José y en sus ojos veíanse ciertos agradables destellos que denotaban la satisfacción de su alma oyendo á aquel anciano tan sabio como virtuoso y tan sumiso como enérgico.

—Si supiera, señor, que me era posible volver á nacer y que por decir ó hacer con estudio lo que se cree puede agradar, me elevaban al mayor empleo del reino, desde este instante firmaría mi protesta. ¡Ved, señor, de qué modo soy partidario de los torpes y ruines aduladores!

El silencio más absoluto siguió á las palabras del padre José.

—¡Qué manejos tan cautelosamente hechos! ¡Qué deslealtades tan alevosamente cometidas! ¡Qué falta de ley ó realidad en las acciones!

—Cierto que la intriga, la traición y la falsedad, es lo que adviértese, añadió Felipe; pero si bien es irrefutable tal conocimiento de la debilidad humana en generales líneas, no por eso faltan ó nótanse personas que obran sin astucia, mali-

cia y engaños y con toda corrección observan en su conducta los deberes de la fidelidad, del honor y de la buena fé, propias de quien estima las virtudes personales ;¡pero cuán pocas hay!! Y no es bastante á contener tal cáncer social, leyes, religiones y castigos. Así como el cáncer degenera en úlcera y ésta causa la corrosión en la parte del cuerpo donde se halla, así la humanidad degenera en sus generaciones corporales y hábitos á hacer el bien y vivir conformes á la razón.

El ujier de saleta pasó y entregó al Rey un pliego.

Este se lo entregó al personaje que le acompañó hasta allí, diciéndole:

— Para su pronto despacho.

El personaje salió, quedándose el Rey con el Abad, el Conde y Antonio.

— Noto que he venido á interrumpir vuestros coloquios. ¿De qué tratábais antes de mi llegada? ¿Puedo saberlo?

— Señor, comencé á interrogar á mis protegidos sobre el género de vida y hechos que han cometido durante nuestra separación, cuando Vuestra Majestad llegó.

— A estorbaos ¿no es cierto? añadió con presteza.

— Al contrario, Señor, vuestra presencia no es ningún obstáculo á mi persona.

— Podeis continuar, abad, si no os parece inconveniente mi concurrencia á este sitio.

—Lejos de eso, Señor, la considero muy agradable y honrosa para nosotros.

Antonio parecía hallarse algo aquietado, estaba de pie frente al Rey y al Abad y parecía un ejemplar estatuario.

Mirole el padre José y preguntole:

—Y bien, buen Antonio ¿quereis referirme qué ha sido de vos y qué habeis hecho en todo el tiempo que no nos hemos visto?

—Buen padre José, no sólo quiero decíroslo, sinó que me encuentro muy obligado.

Resuelto y sereno se hallaba Antonio; parecía manifestar su continente inalterado.

—Desde que nos separamos en el Esparragal á donde fuí, como sabeis, á reunir las tres compañías de voluntarios que con muchas más formó el cuerpo de ejército compuesto solamente de Castellanos, que marchó á engrosar el de Cataluña, he sufrido tan variados contratiempos que sería preciso mucho tiempo para referirlos.

—Conociendo eso mismo decidnos lo más interesante, dijo el Abad

—Pues bien; solamente deseo que en mis palabras no se trasluzcan las pasiones de las personas ni ideas por quienes he prestado mis servicios.

—No abrigueis sospecha alguna, que os considero muy honrado y muy honrada vuestra palabra, y esto tened en cuenta que lo digo ante la presencia del Rey Felipe que con su asistencia nos honra escuchándonos.

—De Madrid salí para Zaragoza donde recibí orden de marchar con un regimiento de dragones y varios tercios de infantería á Gerona, para ayudar al ejército sitiador; pero cuando llegué ya habían tomado los nuestros la plaza.

»Siendo innecesario en aquel punto y más necesario en Barcelona volví á ser trasladado de cuerpo ó regimiento destinándome al de caballería de Villaviciosa, al que he pertenecido hasta hace unos días que por orden de S. M. formo parte de su escolta real.

»En el ejército de Cataluña estuve casi todo el tiempo, y no me pesa, pues ¡vive Dios! que fui testigo de hazañas de renombre.

»Habeis de saber que entre los sitiados se contarían cerca de ochenta mil personas y que la ciudad además de estar defendida por los cañones puestos en los baluartes de la muralla que es la que ciñe y cierra á alguna plaza fuerte para su defensa, tenía además el poderoso auxilio de los castillos de Cardona y Monjuich, que eran precisos rendir antes que la ciudad, y para conseguir esto se necesitaba ganarlos salvando sus murallas, fosos y contrafosos. Si mucha tenacidad era la nuestra, mayor era la de los catalanes en defenderse aumentándose con la ayuda del ejército de los Imperiales y de los Ingleses y de una flota que desde el mar les protegía con los cañones de sus barcos unas veces y otras mandándoles socorros de Italia y de Mallorca.

»Sólo la resistencia que nos marca la historia hicieron Numancia y Sagunto puede compararse á la de Barcelona.

»El día 7 de Julio de 1714 llegó un cuerpo de tropas francesas al mando del Duque de Berwik que mandó el rey de Francia para ayudarnos; hasta entonces el Duque de Popolí tuvo el mando del ejército sitiador, pero tan pronto llegó el mariscal francés le hizo entrega de él.

»El 12 de Julio se deshizo por nuestras galeras y navíos la flotilla aliada con sorpresa de los aliados y catalanes.

»Las baterías emplazadas en nuestro campo eran 30 cañones de sitio y morteros y desde el 12 de Julio hasta el 4 de Septiembre siguiente no cesó nuestra artillería de batir las murallas.

»¡Causaba espanto ver por tanto tiempo arrojar por su boca los cañones tanto fuego y los morteros la candente metralla, ensordeciendo y haciendo retemblar la tierra!

»El Duque de Berwik, viendo que no entregaban la plaza los sitiados á pesar de las promesas que les hizo de respetar sus vidas y que el asedio de la plaza se prolongaba demasiado, ordenó dar el asalto general.

»Cuando nuestros trabajos fueron conocidos por el enemigo, se aprestó á la defensa con un valor temerario, imponente, increíble, digno por todo extremo de los tiempos heróicos.

»Soldados, hombres y mujeres de todas con-

diciones, un pueblo, en fin, era el que teníamos que arrollar para conseguir nuestros intentos, y si se tiene en cuenta que todo aquel pueblo ha sido el que con más empeño ha defendido y auxiliado la causa del Archiduque, ya proclamado Emperador, y que si era vencido sufriría las crueles atrocidades del vencedor propias de las guerras y que sus fueros los perdería, puede comprenderse que emplearía el valor á raudales, la desesperación hasta el sacrificio, la constancia hasta la heroicidad.

»Había momentos en que veíamos á las mujeres con las mechas encendidas aplicándolas á los oídos de los cañones con una impavidez asombrosa de pie sobre las murallas.

»Ningún ejemplo más cierto del valor ¡parecían las mujeres heroicas de Cartago frente á las legiones asoladoras de Roma! Y de tenaces nada digo sinó que, al igual de las romanas matronas cuando llevaban ellas mismas al Senado todas sus joyas y preseas para sostener el ejército de la república que combatió á Anibal, estas con igual desprendimiento lo hacían manteniéndose en el más inquebrantable propósito!

»Aparte de las diferencias que nos separaba me emocionaba fuertemente que aquel pueblo luchaba por sus tradiciones, y que solo los hombres de mi patria eran capaces de hazañas tales y las mujeres de tan varoniles alientos, exclusivamente de Españolas.»

El Rey, el Abad y el Conde escuchaban con creciente interés á Antonio, que seguía imperturbable.

--Como decia, llegó el momento en que se hizo conocer al ejército la orden de dar el asalto.

»Las tropas del rey Felipe formamos en línea de batalla y entre los huecos de los cañones se colocaron los morteros con sus anchas bocas cargados de metralla.

»La infantería estaba á retaguardia de las máquinas de guerra, aguardando la orden de avanzar. La caballería la teníamos bastante retirada de la infantería como á la mitad de medio cuarto de legua y mi regimiento que había sido el que había prestado los mejores servicios en la victoriosa batalla de Villaviciosa, por cuya causa le habían puesto este nombre, formaba á la cabeza como señal de distinción para ser uno de los primeros en entrar en batalla cuando fuese necesario.

»Los caballos, relinchando fuertemente, presintiendo la horrible matanza próxima á ocurrir, estaban inmóviles y temblorosos y el cañoneo entre sitiados y sitiadores hacía que la imaginación transportara al pensamiento la idea de Dios y de todo aquello que hablaba con más sentimiento al corazón de cada persona.

»En cuanto dieron la orden de marcha rompió la infantería la formación con lentitud y ordenadamente bajo una lluvia de fuego graeado que diezmaba las compañías y cuando nos halla-

mos á tiro seguro comenzamos á hacer uso de nuestros fusiles auxiliándonos los morteros de nuestra artillería, que lanzaba sin interrupción las balas rasas y granadas que, pasando sobre nosotros, iban á caer dentro de la plaza reventando con estruendo horroroso.

»Llegamos cerca de la muralla y nos hallamos con un ancho foso que la circundaba el que salvamos á costa de grandes trabajos, echando las escalas sobre el muro y ascendiendo por ellas con la agilidad que las circunstancias lo permitían.

»Todas las tropas sin excepción dieron pruebas de incomparable arrojo, ;pero asombraba ver á aquellas compañías de veteranos soldados Castellanos con el fusil á la espalda y los sables bien sujetos por los dientes, ó bien asidos de la muñeca de la mano derecha trepar con sin igual intrepidez hasta trasponer la muralla repartiendo tajos, estocadas y mandobles.

»El desprecio de la vida tuvo fieles imitadores; ninguno quería ser el último, y todos, uno por uno, rayaban en una emulación pasmosa, creciente, delirante; en términos que el mariscal francés quedose atónito de la sin par bravura de los españoles con los que fué pródigo en alabanzas y recompensas dadas por sí propio después de la rendición, exclamando con frecuencia: con soldados tales mil veces se conquistaría el mundo.

»Dueños del baluarte tuvimos que proseguir nuestra conquista; pero si costoso nos fué llegar

hasta él tantas ó más vidas nos tenía que costar hacernos dueños del campo que nos faltaba, porque la lucha era muy desventajosa para los asaltantes, puesto que teníamos que ganar calle por calle, plaza por plaza, edificio por edificio, que con inusitada desesperación defendieron sus habitantes.

»No había calle que bien á su entrada ó salida estuviera defendida por barricadas colocadas en forma de parapeto, tras de las cuales y á porfía nos hacían certeros disparos pelotones de soldados mezclados con hombres del pueblo.

»¡Qué lucha más horrible y vergonzosa! ¡Causaba honda tristeza presenciar la muerte de soldados valientes y aguerridos, victoriosos en cien campañas sin defensa alguna en medio de las calles!

»A pecho descubierto batíanse las tropas, escudándose solamente en su valor inmarcesible que aumentaba conforme se aumentaba su ardimiento.

»Cincuenta compañías de granaderos con cuarenta batallones de línea y seiscientos dragones desmontados, tomamos parte en la toma y asalto de la plaza, encargando á los franceses el bastión de Levante y á los españoles los puntos laterales de Santa Clara y Puerta Nueva, siendo la defensa obstinada, feroz, por parte de los sitiados.

»Notose que la artillería de las brechas tenía la cargada de bala menuda, y no cabe en la

ponderación el valor con que sufrirían los sitiadores el estrago de los cañones enemigos.

»El desencadenar las vigas y llenar los fosos costó bastantes dificultades por el fuego incesante que hacían desde las troneras de las casas, y todo se ganaba á fuerza de sacrificar gente, llegando á creer los sitiados en la victoria cuando por un momento de flojedad de los franceses les hicieron retrocer hasta la brecha, pero los españoles con ánimo esforzado cargaron sobre los sitiados, ganando el terreno perdido por aquéllos hasta llegar al centro de la ciudad, durando la lucha doce horas continuas entre unos y otros desde que se plantó en el baluarte entre Santa Clara y Puerta Nueva el estandarte de Castilla.

»La resistencia de los sitiados fué tenaz en sumo grado; la intrepidez de los sitiadores alejaba todo temor, así que sin tener en cuenta los estragos que nos causaban los enemigos ni los obstáculos que nos rodeaban, cada vez mayores, conforme aumentaba la lucha, el ardimiento se hacía volcánico en las irresistibles acometidas de los soldados del Ejército Real, que palmo á palmo, calle por calle, plaza por plaza, tuvo que hacerse dueño del terreno que disputaba.

»Donde caía un enemigo aparecía otro, donde parecía quedar indefensa una barricada, aparecía, á nuestra proximidad doblemente defendida, y sin reparar en tales peligros avanzábamos con tal impavidez, que ni nos dábamos cuenta de que las

descargas de los sitiados nos hacían perder al compañero de al lado, al de frente, al de atrás, á ninguno, en fin; y solamente las voces de nuestros contrarios de ¡Viva el Archiduque! contestadas por las de ¡Viva el Rey! ¡Viva Castilla! ¡Viva España!, el humo que nos envolvía, el continuo y breve resplandor del fogonazo y el ruido repetido de los disparos era lo que provocaba nuestro ardimiento, coraje, bravura, llegando hasta no fijarnos en si el que teníamos delante era de los nuestros ó de los contrarios, sino de deshacernos de lo que para nosotros era un entorpecimiento á nuestro logro.

»Ebrios de furor y sin perder sus alientos nos fogueaban los aliados; ciegos por la ira y presentando nuestros pechos avanzábamos nosotros, y mientras los hombres del pueblo secundaban á sus defensores en tan mortífera obra, las mujeres les ayudaban, bien cargando las armas ó alentándoles con sus voces y actitudes belicosas.

»Me causa tan gran dolor recordar la fecha del ¡11 de Septiembre! que bien quisiera olvidarla por completo; pero tiene que vivir conmigo, como vivirá eternamente en la historia, en que fué el día que se dió el asalto á la plaza de Barcelona. ¡Qué 11 de Septiembre de 1714!

»Poco á poco fué disminuyendo el ruido de las descargas; las tropas avanzaban lentamente haciéndose dueñas de los puntos ganados al enemi-

go, y aquello de tener que pisar sobre los cadáveres aún calientes que yacían tendidos en el suelo cubiertos de sangre destiñendo el color de sus uniformes, ora armada su diestra del arma con que se defendió, ora crispada, ó bien puesta sobre el sitio donde recibiera la muerte, aquí lo tengo grabado.»

Y señaló Antonio á su frente.

—Por distintos puntos nos debimos ir concentrando todos los sitiadores, porque tan pronto oímos á lo lejos el ruido de las descargas de los cañones, que debían ser los nuestros, que el eco repetía alejándolo, oímos también lanzar un ¡Viva á España! y miles de voces repetirle con frenético entusiasmo.

»El duque de Berwik apareció á nosotros con los generales que le acompañaban: en su semblante se notaba las señales de la satisfacción, y paseando sus miradas por nosotros veíamos que le embargaba la idea del triunfo.

»Cuando mayor era el silencio, me pareció, que el conde de Montemar, fué quien con voz algo apagada exclamó en un ¡viva!, y todo aquel ejército contenido en aquella plaza leal de grande extensión superficial, formado en orden de parada le repitió.

»Hendían los aires las voces de aquellos soldados, y cuando éstas cesaron, una voz fuerte y clara vitoreó al Rey escuchándose inmediatamente:

»¡Viva el Rey! ¡Viva Felipe!

»Y aquellos miles de hombres poseídos de delirante entusiasmo, contestaron como uno solo atronando al espacio:

»¡¡¡Viva Castilla y Felipe V!!!

»Terminados tan lustuosos acontecimientos y rendida la plaza de Barcelona con el marqués de Ledesma, que fué nombrado gobernador de la misma, se hizo entregar á los catalanes sus armas y que lo hiciesen también de la plaza de Mallorca, que les secundó en aprestos y socorros y fué también adicta á la causa del archiduque, y tras de esto y de aprehender á bastantes familias acomodadas que hicieron causa con el archiduque juntamente con los generales Villaroel, Nebot, Armengol y marqués de Peral, se los deportó, tras de confiscarles sus bienes á aquéllas, á los castillos de Segovia, Pamplona y Alicante, llegando yo aquí con el cuerpo de ejército que el Duque de Berwick trajo á la Corte, y que si no recuerdo mal llegamos el 28 de Octubre siguiente.»

El Rey, el Abad y el Conde miraban á Antonio sorprendidos, pero más particularmente el Rey.

Antonio, sin darse por importante, se desabrochó parte de su colete, y sacando de entre su interior un pedazo de tela de dos colores teñida de otro algo indefinible y parecida al rojo obscuro, se lo entregó al Rey avanzando hasta él, al mismo tiempo que le decía:

—Rey Felipe, me daría por honrado y dichoso que V. M. aceptara tal presente.

El Rey miraba con fijeza la tela que tenía doblada entre sus manos.

Comenzó á desdoblarla. Su curiosidad aumentaba á medida que aquel pedazo de tela adquiría proporciones.

Completamente desdoblada que fué, podía verse que habia sido parte de alguna bandera, porque en uno de sus lados parecía tener parte de la cabeza de un águila coronada con florones y tres diademas.

Según contemplaba aquellos dibujos mayor expresión adquiria su semblante y tras de un buen rato de silencio entre él y Antonio se entabló el diálogo sucesivo.

—¿Sabeis capitán lo que es? alargando el pedazo de tela.

—Señor, lo sé sobradamente.

—¿Quién la adquirió, su dueño?

—Su dueño es V. M. ahora, antes lo fué el capitán Vientos.

—He querido decir, quién ha sido el valeroso soldado que la conquistó.

—El capitán que á las plantas del gran rey Felipe póstrase, quien ha estado esperando ocasión propicia para legarle recuerdo tan modesto como glorioso.

—Alzad, capitán Vientos. Desde hoy tengo

particular interés forméis parte de mi cuarto militar á mis órdenes.

—Señor, contento estoy con mi banda y me atrevo á rogarle decline tan honroso cargo en la persona de vuestro montero, el conde de....

—Mi montero, replicó el Rey, es de los que no pueden ni deben alejarse á realizar aventuradas empresas; es preciso en la antecámara y no en otra parte; además, y aun cuando hiciese lo propio que otra persona, no ha pasado por él el hábito de la costumbre y hasta conseguirle le costaría gran trabajo. Por otra parte, mi real persona está en el deber de honrarse y se honrará siempre premiando los hechos de mérito de quien bien le sirva, porque honrando á quien tal haga, se honra á sí mismo, y nada más dichoso encuentro en este mentido mundo que las personas honradas por sus excelentes cualidades.

—Mas ya que esto es así ¿cómo lo habéis conseguido? decid.

—Señor; en cuanto se batió la muralla nos metimos por la brecha defendida por los Ingleses y Austriacos. Decididos marchamos á ganar los dos cañones con que la defendían; pero como viese que la compañía de granaderos que marchaba delante se recelara, por instinto abandoné esta idea animando á mi compañía con las voces de ¡á la muralla! Trepamos por las escalas con intento de ganar uno de los flancos del recinto interior de ella y llegar á apoderarnos de los

cañones facilitando así la entrada de los nuestros por aquel punto, como sucedió.

»Al pie de uno de los cañones estaba clavada en tierra una bandera, yo seguido de mis compañeros me lancé sable en mano en medio de mis enemigos para apoderarme de ella, pero cuando próximo ya iba á hacerlo al mismo tiempo que descargaba sablazos á diestro y siniestro sentí que me herían en el brazo izquierdo, y sin perder mi serenidad avancé hasta coger por una de las puntas la bandera en el feliz momento que el aire la hizo flotar cerca de mí, quedándome con el pedazo que así en tan peligroso sitio y que adquirí gracias á la Providencia que lo dispuso porque poniéndole en mi brazo herido me sirvió para contener bastante la sangre de mi herida. Cuando ganamos los cañones dispersando los defensores de la brecha, en el lugar donde estaba colocada la bandera del austriaco se puso la de V. M. al grito de ¡Castilla y Felipe! ¡Mueran los aliados!

—¿Y esa banda qué historia tiene?

—La de ayudar á ganar el castillo de Cardona después de famoso asedio con los españoles mandados por el conde de Montemar, que fueron leones no soldados. Señor; en cuanto el conde del Aguila que es un valiente y entendido militar nos revistaba y decía: ¡Españoles, los aliados os mirau! ¡A ellos! nada más intrépido ni más resistente, como el huracán barre las arenas así caían



los contrarios ante las falanjes de caballos y ginetes de los soldados Castellanos.

» Puede asegurarse que en las puntas de sus aceros llevan la muerte los soldados de España.

» Esto es todo, mi Rey: con la desolación y la muerte se nos quitó con pasados soberanos nuestra grandeza, poderío y riqueza: con la muerte la guerra y la inquebrantable bravura de los españoles, V. M. puede contarse seguro en el trono ocupado por Santos Reyes, Ilustrísimos guerreros y Sabios preeminentes, y comenzar su reconstitución.»

El largo relato del capitán hizo profunda impresión al Rey. El Abad y el Conde le miraban sin pestañear.

—El presente que me habeis entregado es digno de la más cuidadosa conservación, y os prometo, capitán, conservarlo entre los mejores recuerdos míos, y en lugar preferente. Por lo mismo que España está necesitada de reconstitución en su hacienda, con prontitud aplicaré los remedios, y no sólo me cuidaré de tan vital asunto, sinó de premiar los méritos de los hombres que con su sabiduría me ayuden en los pesados trabajos de la gobernación del reino. Con muchos tengo adquirida tal obligación, porque muchos han sido los que me han prestado su concurso, bien con su sangre, su saber y dinero, pero de entre todos debo atender predilectamente aquellos que guiados por los impulsos de

su generosidad, no han escatimado su personal y noble aprecio á mi persona y á España, sin bastardías ni cálculos.

El Abad hizo ademán de querer hablar y conociéndolo el Rey le dijo:

—Podéis hablar Abad, con gusto os cedo la palabra.

El anciano tomando una actitud severamente sencilla y en tono conmovedor exclamó:

—Por Castilla y Aragón es deber que V. M. se desvele en sus más solícitos cuidados, por haber sido las más firmes columnas que han sostenido vuestras decisiones y defendido vuestro nombre augusto desde que en 7 de Abril de 1709 fué reconocido y jurado con toda solemnidad el infante D. Luis como Príncipe de Asturias por Castellanos y Aragoneses en las Cortes congregadas en la iglesia de San Gerónimo del Prado de esta Corte. Si el honor dicta leyes, el agradecimiento obliga á vincular premios y tales principios de justicia comete V. M. vuestro nombre pasará á la posteridad con todas las grandezas de la fama que merece el gran Felipe V, el Duque de Anjou, el Rey de España, cuya corona ha preferido por la del reino de Francia. Y en prueba de lo que he dicho, oid.

Metió la mano entre los hábitos y sacó un pergamino, lo desenrolló y leyó:

«A mi abuelo el Rey Luis XIV de Francia.

»Señor: Tiempo hace que estoy resuelto y

nada hay en el mundo que pueda hacerme variar. Ya que Dios ciñó mis sienes con la corona de España la conservaré y defenderé mientras me quede en las venas una gota de sangre: es un deber que me imponen mi conciencia, mi honor y el amor que á mis súbditos profeso. Cierto estoy de que no me abandonará mi pueblo, suceda lo que quiera, y que si al frente de él expongo mi vida, como tengo resuelto, antes que abandonarlo, mis súbditos derramarán de buen grado su sangre por defenderme. Si yo fuera capaz de abandonar mi reino ó cederle por cobardía, estoy cierto de que os avergonzaríais de ser mi abuelo. Ardo en deseos de merecer solo por mis obras, como por la sangre lo soy: así es que jamás consentiré en un tratado indigno de mí... con la vida tan solo me separaré de España; y sin comparación quiero más perecer disputando el terreno palmo á palmo que empañar el lustre de tan gran Nación y de nuestra casa, que nunca deshonoraré si puedo.

Madrid á 14 de Abril de 1709.»

—¿Y cómo conservais tan particular escrito mío? objetó el Rey.

—Por un hallazgo inesperado, que desde que lo poseo, es desde cuando me incliné á defender al gran rey Felipe, modelo de soberanos liberales, buenos esposos y honrados hombres.

El Rey se conmovía y no podía reprimir miradas de ternura hacia el anciano.

Guardaron silencio un buen rato.

Felipe V, aquel Rey de tantos ánimos que nunca desmintió la circunstancia del mérito personal alargó su diestra á aquel anciano de plateados y cortos cabellos y con voz alterada por la más superlativa gratitud le cogió la suya diciéndole:

—Dios ordena se tienda á los hombres de honradez y de talento su mano siempre y se les proteja, pues que sin duda son los seres privilegiados de la tierra y los únicos capaces de enseñar los tesoros de la virtud, ó lo que es igual, á ayudar al triunfo de la razón y del sentimiento ó al imperio del alma sobre el cuerpo. Y demos término á esta entrevista, porque es necesario.

--Señor, ordenad.

—Quedareis vos, Abad, como confesor mío, desde hoy. Es mi deseo tener á tan gran religioso y con tantas virtudes cerca de mi lado. Mi corazón adquiere tan marcada melancolía que únicamente la combatiré con vuestra preciada amistad, no rodeado de tan diversos hombres como me tratan quienes sólo por sus infames fines políticos y la más ciega ambición disfrazan sus hechos con palabras falsas de adulación.

—Señor, haré cuanto me ordeneis; pero tened en cuenta que acelerais mi vida con darme honores que no merezco, y que desde que los acepte numerosos enemigos han de cebarse con soberbia y creciente envidia en mi limpio nombre y hon-

radas acciones. ¡¡¡Porque es más temible una persona con envidia que un malvado!!!

—¿Pues á quién temeis?

—Hoy á nadie, desde que aceptase tal cargo á vuestro ministro Alberoni.

—Ya sé que es un mal eclesiástico y mal ministro; pero descuidad que no estará mucho á mi lado, os lo aseguro. Y como supongo le conoceis, dadme los informes que sepais.

—Es un parecido al abate Dubois, maestro del duque de Orleans, primer ministro de vuestro abuelo el rey Luis XIV de Francia. Desde los más tiernos años ha enseñado al duque á considerar como esclavos á los hombres, ha corrompido su corazón con máximas de egoísmo, hasta el extremo de tratar enriquecerse con torpes monopolios, fraudulencias y prevaricaciones ¡y qué más!..... Como sacerdote obra sin caridad, sin asomo de cristianismo, haciendo de la religión una invención humana, y de las hermosas obras una farsa, llegando á decir en sus atrevidos é infames despropósitos «que la moral es una preocupación del vulgo, y que vulgo son todas las personas excepto él.» Desde que supo vuestro abuelo que semejante purpurado se adquirió tantos empleos y pensiones que le producían una renta de millón y medio de francos, adquirida y acumulada á expensas del Estado de Francia y sus desórdenes cometidos, le revocó en su empleo y de príncipe del reino.

—¿Fué sucesor del gran Fenelon?

—Sí, rey Felipe, de aquel gran sabio que fué ministro.

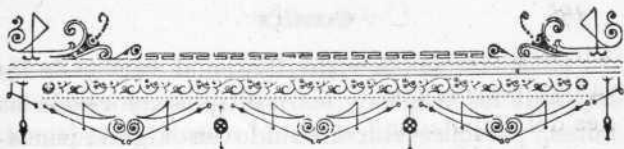
—Tendré en cuenta las excelencias del cardenal y ministro Alberoni para arrojarle de mi lado con oportunidad. En tanto, insisto que desempeñeis el cargo que tengo pensado confiaros.

—Señor, mi resolución es inquebrantable por las predichas razones; porque son tantos y tantos los males que vienen afligiendo á España que para conjurarlos sería preciso convocar al pueblo en masa y empujarle á los mayores sacrificios. Ahí teneis Inglaterra dueña de Gibraltar, el rey Jorge os ha empeñado su palabra de entregárosla y sin embargo falta á tan real compromiso. El rey de Portugal, D. Juan IV que no ha figurado con más nombre que con el de Duque de Braganza, excluye la rama de Castilla de la sucesión á los herederos del trono y este Reino que ha estado unido desde que Felipe II lo unió á Castilla por conducto del Duque de Alba hasta que la desacertada política del Conde-Duque de Olivares, aquel ensoberbecido ministro de Felipe IV hizo crear el deseo en los portugueses de hacerse independientes, os mira con recelo y se humilla torpemente á los piés de los Ingleses, para con su amparo consideraos como implacable enemigo, cuando si con juicio y razón pensara aquel pueblo nada mejor le sería que formar con España la Gran Iberia. Nada os digo del Austria porque

aun está humeante la sangre de los españoles que la han vertido por V. M. y culpa de las ambiciones del emperador Carlos VI vuestro implacable enemigo. ¡Y quereis más gran Felipe! Hasta el Papa Clemente XI no os ha reconocido ni vuestros derechos ni vuestra persona siendo aquellos legales y la otra digna del justo aprecio de las gentes por vuestra honradez, talento y ánimos. Por esto dije os hallábais rodeado de traidores. ¡Y qué más traidores quereis sean esos grandes señores de la tierra, como irreflexivamente les titulan sus aduladores impenitentes con intención depravada de medrar á su sombra á costa de bajos medios, desconociendo la valedera importancia del trabajo y escudándose con las sagradas máximas de la religión para oprimir á sus semejantes hechuras del Hacedor y no del capricho veleidoso; porque la Humanidad, Gran Rey, es debida al Dios Prepotente, único!

—Virtuoso y sabio anciano, exclamó Felipe; mis pesadumbres, mi quebrantada salud por tantos, tan continuos y trabajosos cuidados, hace que reclame vuestra persona; no os lo reitero como Rey, sí como amigo, á quien estimo en toda su validez por sus altas miras, buenos procederes y prendas singulares.

Salieron del gabinete azul el Rey, el Abad, Antonio y el Conde poseídos de una afectación aumentativa.



Decisiones.



RA un día espléndido en demasía. La primavera con sus galas variadas aumentábalo, dejándose sentir la placidez del tiempo.

En un salón ricamente amueblado en cuyo techo veíanse pinturas de gran mérito y cuyas paredes estaban cubiertas por tapices flamencos tejidos con seda, oro y plata, en los que estaban copiados varios asuntos de historia, hallábase el Abad sentado en un sillón mirando á un gran balcón que frente á él tenía y hallábase abierto el cual daba á un grande jardín de Palacio.

El conjunto de las plantas y flores, saturaba de deliciosos olores el aire que penetraba en aquella estancia.

El Abad, con la vista fija en el verdor de las hojas de los árboles y los múltiples colores de las flores, parecía estar imbuido en algún pensamiento difícil. No debía hacer mucho tiempo que había terminado algún rezo á juzgar por un libro de oraciones que sobre sí tenía cerrado.

Sin darse cuenta de si sería escuchado por otra persona, dijo como si estuviera conversando:

—La virtuosa D.^a María Luisa de Saboya, entregó su alma á Dios el 14 de Febrero de 1715. ¡Qué gran señora! ¡Qué gran reina! ¡Con razón la lloró el Rey, con razón me acuerdo tanto de ella!

Desde que empezó á decir lo precedente, no notó que un hombre vestido de negro, de semblante severo y triste le escuchaba, porque la mullida alfombra que cubría el pavimento de tan régia estancia abrigándolo y adornándolo, apagaba el ruido de las pisadas.

El recién llegado era el Rey, quien tosió ligeramente dándole á conocer la llegada.

Volvió la cabeza el Abad encontrándose con tan imprevista visita.

El Rey llegó hasta él con paso mesurado y con acento triste mezclado de dulzura, le dijo sin darle tiempo á que le dirigiera la palabra.

—Veo, buen padre José, que os embarga la flora y la fauna del jardín de palacio. Más me agrada veos así que no lleno de tristezas.

—Señor, contestó el anciano, cierto que la primavera con sus galas me tenía ensimismado,

pero lo que embargaba mi entendimiento era el recuerdo de santa persona, que por desdicha mía la echo de menos á todas horas y en muchos sitios por el gran sentimiento que ha formado mi corazón, pequeño en demasía, para cobijar pérdida tan enormísima.

El Rey, echando sus manos á los hombros del anciano quedó de pie según estaba, con la cabeza caída hacia adelante lleno de pesadumbre.

—¡Ya sé cuánto la amábais! ¡Sé cuánto me amais también! Por eso os correspondo.

—Yo, señor, no puedo tanto; pero si para Felipe V el Animoso es necesaria mi anciana sangre, aquí la teneis. Tened en cuenta, gran Rey, que mi sangre aunque anciana reverdece al calor de santo recuerdos que atesoran mi corazón de mortal agradecido y padre espiritual.

»Sé que el astuto Alberoni anda concertando vuestra segunda boda con la hija de los Duques de Parma que según lleva las cosas habeis de estar casado por poderes el 16 de Septiembre de este año en Parma con Isabel de Farnesio.

—¿Acaso no veis con agrado esta boda?

—Por vuestra felicidad, si en ella consiste, sí, con mucho; pero aunque Isabel de Farnesio es buena dama, creo no ha de llegar ni con mucho á la santa y sabia María que hemos perdido para siempre, menos el Dios del cielo que con su inusitada bondad la habrá recogido con todos sus grandes merecimientos.

» Los príncipes Fernando y Carlos recojerán esta herencia del purparado Alberoni. ¡Dios se lo tomará en cuenta!

» Yo tengo pensado....., dijo con amargura.

— ¡Qué! buen padre José.

— Señor, retirarme de vuestro lado tan pronto sepa la salida de Parma para España de vuestra hoy futura esposa.

El Rey le miró fijamente y le dijo:

— ¡Y me abandonais en los momentos que acaso más os necesito! No puedo creerlo.

— Abandonar á mi amigo y señor nunca lo abandonaré; porque á do quiera vaya, sus acciones para conmigo, su persona y cuanto es lo llevo en mi memoria y en mi corazón esculpido de modo tal que sólo lo perderé y se borrará de mi memoria cuando pierda mi existencia. Además mis años aceleran mi vida con mi muerte y si fuí del gran Felipe buen vasallo, en el silencio creciente de la celda con todo el mayor fervor elevaré á Dios mis preces porque le depare continuas venturas.

— No, anciano, no; buen vasallo y leal amigo habeis sido mío con todas las riquezas que tiene la verdadera amistad, y así os estimo, de modo que lo que sea de Felipe V, será del buen padre José, digo mal, del leal amigo y ejemplar hombre. Y no consentiré vuestra salida de Palacio. Mi deber es atendeos porque sois pobre y soy agradecido, nunca ingrato.

Abriose la puerta del salón y un hombre sin

atreverse á entrar quedose en su dintel indeciso, cobarde. Era el caballerizo Antonio Vientos á quien mandaron pasar. Algo confuso llegó hasta el sitio donde estaba el Rey y el anciano diciéndolo trémulamente aquél:

—Deseaba, señor, vuestro real permiso para ...

—¿Para qué? preguntole.

—Para retirarme del servicio que vengo haciendo, pues acabo de oír, involuntariamente, al buen padre José, su deseo de hacer lo propio.

—Me lo ha manifestado, pero á tal manifestación falta mi consentimiento.

—Ni afirmo, ni niego; pero si lo escuchado por mí es cierto ó llega á verificarse, mueve á mi ánimo á hacer lo enunciado, porque alejado de mi protector la vida se me hará muy difícil.

—¿Tanto es lo que le amais?

—Tanto como se merece por sus preciadas acciones, y fundado en ellas, considero en mi un deber sagrado prestarle mi mejores cuidados durante su ancianidad, ya que no cuenta con seres procreativos, así al menos extinguirá su existencia en los goces más puros de la gratitud y los afectos.

—¿Y qué decís vos, buen padre José?

— Señor, ¡qué he de decir! que embriagado de placer me encuentro oyendo lo que escucho, pues si bien juzgué siempre á mis protegidos como hombres de altas prendas, nunca sospeché que sus obras llegasen al esplendente término del

más refinado mérito, puesto que ni tanto merezco, ni debo consentirlo.

No había terminado de hablar el Abad y otro personaje desde la puerta pidió permiso para entrar.

Era el Conde que avanzó por el salón hasta llegar al grupo.

Hincose de rodillas; desenvainó su espada poniéndola á los piés del Rey diciéndole:

— En defensa de mi Rey ha salido de su vaina. Su limpia hoja es testigo de la adhesión de mi persona. Aun cuando hazañas no cuenta tampoco acciones que empañen su brillo.

Quedaron en un silencio tan absoluto que se hubiera oído el aleteo de una mosca.

— Alzad y decidme la causa de tal acción.

El Conde, en la misma actitud que se puso siguió, contestando al Rey resueltamente.

— Como el Marqués de Grimaldo me haya dicho ha poco que V. M. tiene pensado abdicar en el Príncipe D. Luis, vuestro primogénito, y entienda que al retirarse V. M. mis servicios le son inútiles, vengo á pedirle su Real venia para retirarlos y retirarme al lugar en que nací, á cuyo punto deseo llevar en mi compañía al anciano que nos escucha y al buen Antonio. Mi determinación quisiera no fuese contrariada porque mi conciencia me lo exige.

— ¡Gran Dios! parece os habéis convenido para hacerme iguales indicaciones. De modo que si os

retirais Abad, con vos se van Vientos y el Conde.
¿Qué me decís?

El anciano en tono pausado y enérgico contestó:

—Señor; ni los halagos de la fingida amistad ni el soborno del dinero hicieron nunca mella en mi corazón. Nunca la mala propiedad de las costumbres tuvieron ejercicio en mis acciones. Juré ser del gran Felipe V un auxiliar entre sus adeptos más fieles y la más acrisolada lealtad ha guiado siempre mis pasos sumando decepciones sufridas y contratiempos experimentados, empleando en su Real y Augusto nombre no servicios, sí desvelos y una adhesión ejemplarísima. Si recompensa no merezco, me considero con derecho á seguir amando hasta el fin de mi vida al monarca cuyas sienes ciñe la mejor y más grande corona del mundo cuyos destellos fulguran con el sol que nunca se puso en sus Estados alumbrando á España y á sus Indias.

—Anciano, dijo enternecido el Rey al Abad, no quebranto vuestra voluntad. Vuestra modestia y sabiduría, vuestros servicios eminentes y el mucho amor que siempre me habeis tenido de modo que no me da lugar á duda, merece mi mejor recompensa, decidme qué deseais para ser al punto servido. Hora es de que recojais el premio de vuestros servicios.

El anciano se quedó pensativo diciendo después de un momento de reflexión;

—Lo mismo el placer que la pesadumbre apuran la existencia.

El Conde púsose de pie volviendo la espada á la vaina por mandato del Soberano.

Quedáronse aquellas personas sin pronunciar palabra alguna, al punto se presentó un maestresala anunciando que las órdenes dadas por el Rey estaban cumplidas.

Miráronse unos á otros.

El maestresala se retiró.

El Rey mirando al padre José, le dijo:

—Quedaos. Vosotros, señalando á la puerta, retiraos.

El Conde y Antonio se retiraron dejando solos al Rey y al Abad.

Este no apartaba su vista del semblante de aquél: el Rey parecía como la persona que hállase embelesada en coordinar algún pensamiento.

Así estuvieron algún tiempo hasta que el abad puso término á tan embarazosa situación diciendo al Rey:

—Señor, vuestro ánimo siempre tan decidido, parece luchar hace un momento con alguna idea que se interpone en vuestros planes.

—Con efecto, estoy sufriendo una indeterminación en mis decisiones referentes al medio de vuestra despedida.

—Entonces, señor, os ruego no sufráis más vaguedades, pues si á más de vuestros cuidados

os tomáis los ajenos, sufrireis las indeterminaciones consiguientes.

—Suelo ser en mis decisiones pronto, mas ahora me parece no acertar con mis deseos.

—Dejaos; señor, de mí. Atended á vuestra persona.

—Es el caso que mañana marchó para el real sitio de San Ildefonso, donde quisiera viniéseis en mi compañía, y en el tiempo que he de estar allí me podría ocupar de vos y vuestros protegidos.

—Sea, señor, vuestra voluntad.

—Quedamos en que me acompañaréis. A Vientos y al Conde podeis comunicar que os acompañarán.



De la Granja al Claustro.



El día siguiente púsose en movimiento todo el personal de Palacio desde las primeras horas.

Los criados no cesaban de ir de un lado para otro, unos con caballos, otros con arreos, los menos con recados y los más en traje de camino aguardando la orden de partir.

Un regimiento de dragones con coraza hallábase formado en línea correctísima delante del edificio. En el vestíbulo y al pie de la escalera, había una carroza vestida ó adornada con riqueza, á la que había enganchadas seis poderosas mulas de gallarda estampa.

Otros varios carruajes aguardaban ser ocupados en uno de los patios grandes.

Caballerizos, carreristas, palafreneros y otros servidores, ocupábanse en ajustar las bridas de los bocados de sus caballos.

Entre aquel numeroso personal se veía al caballero Vientos y al Conde detrás de la carroza.

Ambos hallábanse montados cada cual en su caballo, el del conde de reluciente pelo negro y el del caballero Antonio de pelo tordo romero de raza pura extremeña, fuerte y de toda marca.

Vióse que el último guardia se disponía á presentar su alabarda siendo esto señal de que la partida se aproximaba.

En un momento quedaron montados los demás ginetes que no lo estaban.

En el momento que todos aguardaban oyéronse por la parte exterior de palacio los roncós sonidos de los clarines de los dragones anunciando la salida del Rey y la corte de sus habitaciones.

El Rey apareció en la escalera llevando á su derecha al padre José y á su izquierda á su confesor, detrás de quienes iban algunos cortesanos que tenían destino en palacio.

El Rey vestía una rica casaca negra, calzón negro también y medias de seda del mismo color. En la casaca y calzón lucía finos encajes blancos. Sobre su pecho lucía la banda de una orden de Francia y pendiente de su cuello el collar de oro del Toisón, como Jefe que son los Reyes de España de tal orden de caballería instituida por

Felipe el Bueno, Duque de Borgoña. Calzaba finos zapatos de piel con orejas ribeteadas en blanco; sus manos iban enguantadas de negro y bajo su sombrero adornado de rizada pluma blanca se veía perfumada peluca. Una ancha chapa de oro sobresalía por bajo de su casaca sujetando un cinturón de charol del que pendía una daga grabada á buril.

El padre José llevaba hábito nuevo no viéndose en tan importante persona otro adorno sinó el blanco cuello de su camisa como ampos de nieve.

Tan luego montaron en las carrozas toda la corte púsose en marcha cerrando la comitiva los dragonés con sus relucientes corazas y espadas.

Aquellos soldados con su sombrero de tres picos, casacas azules bordadas con sardinetas blancas en las bocamangas, botas altas de montar, pantalón blanco y peluca con coleta eran los hijos de Castilla y Aragón, victoriosos en mil combates; los vencedores de los Austriacos, Ingleses, Italianos y Portugueses, que colocaron á Felipe de Anjou en el trono más grande de la tierra.

Tan pronto como fué visto por el pueblo este prorrumpió en un atronador y frenético ¡Viva Felipe V!

El Rey contestó á su pueblo sacando un brazo por uno de los huecos de la carroza agitando su sombrero en el aire bastante tiempo.

Pronto desapareció de la vista de aquella mu-

chedumbre la comitiva envuelta en una blanca nube de polvo.

A las pocas horas de camino y tras frecuentes relevos llegaron al Real Sitio de San Ildefonso.

Una extensa verja de hierro defendía la entrada principal de aquel Real Sitio, formándolo amenos jardines cuyas calles las formaban profusos árboles que prestábaulas grata frondosidad.

Admiraba contemplar las bellezas de la Naturaleza cultivada en tal paraje, en el que se veían fuentes monumentales adornadas por artísticas estátuas de gran mérito y gusto escultórico.

Una amplia escalinata daba acceso á la planicie, donde estaba construído el palacio y una larga baranda de piedra adornada de trecho en trecho con grandes jarrones defendía aquel punto hermoseándolo á la vez.

Después que hubieron llegado y se alojaron cuantos formaban parte de aquel séquito, el padre José ordenó avisaran al caballero Vientos y al Conde.

Tan pronto llegaron donde estaba el Abad éste les encargó que al día siguiente procurasen verle para enterarles del resultado de la entrevista que habia de tener con el Rey.

El padre José, atraído por la novedad que tiene todo lo desconocido, madrugó bastante al siguiente día saliendo de palacio é internándose por aquellos jardines hasta bastante distancia más que la que se propuso recorrer.

La diafanidad del día; la belleza de aquellos parajes aumentada por los sabrosos trinos y gorjeos de millares de pajarillos de variadas clases que moraban en los gigantescos y corpulentos árboles que allí había, formaban tal conjunto de grandiosidad que encantaban el ánimo más triste haciendo de aquel lugar un verdadero paraíso.

El padre José, hallándose algo cansado sentose sobre el césped, comenzando á discurrir.

De pronto, oyó el ruido de pisadas cercanas, después varios hombres se acercaron á él preguntándole si había visto pasar por aquel sitio al Rey.

—¿Pues qué ocurre en Palacio?

—Nada, señor Abad, mas que ni á S. M. se le encuentra en Palacio ni por los jardines.

—Calmaos, buenas gentes, y decidme: ¿Habeis mirado por el Laberinto?

—No, señor Abad; pero no le conocemos y tememos perdernos.

—¿Y aun sin conocerle no os atreveis á reconocerle?

—No señor, no nos atrevemos; nos perderíamos.

Leve sonrisa dibujaron los labios del anciano, quedándose mirando con fijeza á aquellos hombres.

Levantose el religioso y les dijo:

—Jamás he visto un Laberinto; pero seguidme y enseñadme cuál es.

Y á poca distancia llegaron á otro paraje, quedándose parados.

—¿Es esta la entrada?

—Esta es, señor Abad.

—Pues bien; aguardadme, que pronto volveré.

Se miraron aquellos hombres entre sí mudos de asombro, en tanto que el aciano avanzó resueltamente en un jardín primorosamente cultivado.

Desde que pisó su entrada, comenzó á desgajar de un árbol joven casi todas sus nacientes ramas, que iba colocando de trecho en trecho por donde caminaba á la ventura en el margen derecho de los paseos.

Hallose en medio de una plazoleta que la rodeaban jardines con suma variedad de flores y yerbas finas y olorosas.

Dió algunas palmadas. Volviólas á repetir quedándose indeciso. Multitud de sendas, caminos y encrucijadas, partían de aquel sitio en todas direcciones. Se necesitaba una precoz inteligencia para acometer la empresa que el anciano iba llevando á cabo.

Se acercó á otro árbol dejándole casi desnudo, y comenzó á internarse hacia donde viera un castaño, cuya copudísima y espesa copa sobresalía de entre todos los demás árboles.

Al llegar á él, quedose parado instantáneamente. Había sentado en un banco de piedra un hombre solo, pensativo, presa de alguna idea que le absorbía completamente su imaginación, porque no notó la llegada del Abad.

Éste retrocedió algunos pasos sin meter ruido alguno, y con los vuelos de su hábito comenzó, al parecer, á limpiárselos del polvo sacudiéndolos fuertemente.

El hombre que hallábase bajo el árbol sentado en el banco de piedra era el Rey, que al oír el ruido volvió la cabeza diciendo:

—¿Cómo por aquí, anciano?

—A buscaos, señor.

—¿Sabeis dónde estamos?

—En el Laberinto.

—Sentaos y aguardemos á que pase alguna persona para que nos saque de él y nos conduzca á Palacio.

—Nada debemos aguardar.

—¡Cómo! ¿estais en vuestro cabal juicio?

—Creo que sí, señor.

—¿Luego conocéis estos sitios?

—Jamás estuve en ellos.

—¿Y desconociéndolos, os aventurais á que nos perdamos los dos hasta el punto de que nadie nos halle?

—Señor, en vuestra busca vine, os he hallado, y si hasta aquí llegué, desde este sitio hasta Palacio, os prometo, sabré conducirlos.

Admirado quedose el Rey.

—Ea, señor, partamos cuanto antes.

Y aquel grupo partió desandando el camino andado por el Abad hasta llegar á la salida del Laberinto, donde los mismos hombres que encon-

traron al padre José les aguardaban. Durante el camino conversaron con tanto cariño, cual si fueran padre é hijo.

Llegaron á palacio. Delante de la puerta principal había algunos criados y soldados con caballos, montados unos, desmontados otros.

Pronto todos aquellos hombres volviéronse echando mano á sus sombreros de tres picos, descubriéndose y dando al aire sus blancas pelucas tras de reverentes inclinaciones al paso del Rey y el Abad.

Entraban por el vestíbulo y hallaron al pie de la escalera una litera ó silla de manos y dentro de ella una dama deslumbrante de joyas y hermosura. Acababan de sacar los correones los mozos de silla y dejarla sobre el pavimento cuando llegaron el Rey y el Abad.

No se fijaron, hasta llegar cerca de tal vehículo, quién pudiera ser la persona que dentro había, pero el padre José con la suspicaz mirada del águila conoció á la dama y con voz apenas perceptible dijo al Rey volviéndose hacia él ligeramente:

—Señor, la dama de la silla es sobrina de los Condes de Fuentes, quien hállase en amores con Antonio.

—Lo celebro, contestó el Rey.

Y llegando y abriendo la portezuela el padre José salió la dama.

El Rey saludóla cortesmente descubriéndose

y dándola su mano subieron los tres la escalera penetrando en una de las habitaciones destinadas al abad donde la magnificencia descollaba.

Ceremoniosamente condújola hasta un asiento sentándose después él y el Abad.

—¿A qué tengo el gusto de veos, señora?

—A cumplimentar vuestra llegada en nombre de mis tíos los Condes de Fuentes, Majestad.

—Gracias os doy señora y también á los Condes vuestros tíos.

—¿Es de vuestro agrado señora este real sitio?

—Sí, Magestad.

—¿Le.... conocéis? preguntó con fina reticencia.

La dama púsose con las mejillas ligeramente coloreadas.

—No os entiendo, Señor.

—Pues es bien sencilla mi pregunta, si conocéis este Real Sitio y alguna otra persona.

—Majestad, conozco á uno de vuestros caballeros llamado Antonio, porque fué quien libró á mi tío el Conde de una muerte cierta cuando la guerra de Cataluña.

—¿Y desde cuándo le conocéis?

—Desde que le llamó mi tío para testimoniarle personalmente su agradecimiento y yo oí parte de la conversación que sostuvieron.

Iba el Rey á interrogarla de nuevo, pero la dama púsose de pié y se despidió del Rey y el Abad.

Largo intervalo estuvieron silenciosos. Al fin el Rey dijo al padre José:

—Os parece anciano que llame á Antonio y al Conde.

—Señor, mis deseos son los vuestros.

Pronto aparecieron el Conde y Antonio.

El Rey, dirigiéndose al padre José después de pasear su mirada por los recién llegados, dijo:

—En este instante he de realizar mi gratitud. Pedidme, buen padre José todo cuanto queráis, sois el dueño de quien tanto y también habéis amado y servido.

—Señor; á vuestro lado moriría, mas prometí al único amigo que tuve serle fiel, y fielmente quiero morir en su memoria. Nada necesito para mí y nada os pido, me basta y sobra con que la fama pregone mi nombre y este sea enriquecido por la gloria de mis acciones, que tras de estas terrenales, confío merecer las del Todopoderoso.

—¿Pues entonces á qué habéis venido en mi compañía?

—A sacaos del Laberinto, Señor, á complaceos, á probaos que el padre José ha sido, es y será del gran Felipe V, el mismo hombre de siempre, incorruptible á la maldad, con un corazón que solo late á impulsos honrados, nobles, generosos y grandes y de quien me separaré con luto... en él.

»Antonio y el Conde tienen pedido vuestro real permiso para abandonar la corte, si es así, señor, mi gusto sería les recompensárais á ellos.

—Lo haré por vos. Ellos están á mi servicio

y conforme sean los que me sigan haciendo así serán mis correspondencias.

—De ser ciertos los amores de Vientos con la sobrina de los Condes de Fuentes ¿qué os parece, Abad, que haga?

—Patrocinarlos V. M.

—¿Son ciertos, Antonio?

—Ciertos, señor Abad.

—Ya la oís, señor.

—Pues encargaos de decírselo á sus tíos y pedid la mano de la dama en mi nombre.

—Señor, así lo haré.

—Y para el Conde ¿qué pedís?

—Que le repongais, señor, en el Condado de Niebla y también patrocineis su matrimonio, si es que tiene pensado en ello.

—Faltais vos.

—Yo, señor, os pido para mí una libertad nada más.

—¿Cuál?

—La de seguir amándoos cada vez con más ternura, venir á veos de vez en cuando y rogar al Dios Prepotente porque cada vez os conceda felices días en vuestro segundo matrimonio.

Aquellos hombres eran uno solo; el anciano, gigante de bondades, héroe de sabiduría y honradez y coloso de virtudes, sobre cuantas personas conocíanle ejercía una personal influencia por su respeto, seriedad y meritísimas cualidades.

Quedó convenido en que el mismo día que el Rey se casase en Parma por poderes, lo harían Antonio y el Conde, á quienes ordenó el Abad continuasen al lado del Monarca, mientras no los separase de su lado.

Al día siguiente al padre José le entregó el Rey la confirmación del título de Conde de Niebla y el de Barón de San Antonio á su caballerizo Vientos.

Y tras de una despedida indescriptible por la incalculable afección que entrañaba abandonó el padre José el real sitio de San Ildefonso en una carroza de palacio marchando hacia el Esparragal cuya escolta fué mandada por el buen Antonio, ya Barón del mismo nombre.

Aquel gran rey recobró á Orán, defendió á Ceuta, sostuvo las posesiones españolas de América contra todo el poder de los Ingleses; creó una marina de que se carecía á fines del último reinado, instituyó el Seminario de Nobles, la Universidad de Cervera, las Academias de la Lengua y de la Historia, y España, en suma, apareció como una potencia de primer orden en todas las transacciones diplomáticas, rompiendo sus relaciones con la Santa Sede por exigencias del Papa Clemente XI, se rodeó de ministros distinguidos unos por su juicio y otros por su pureza y modestia intachable, gran talento, instrucción y capacidad.

Hizo por sus méritos frecuentes y señalados generales tales como Aguilar, Valdecañas, Lede,

Montemar, Gages, Castelar y otros, con la circunstancia de que éstos nacieron sin conocer antecesores á quien imitar.

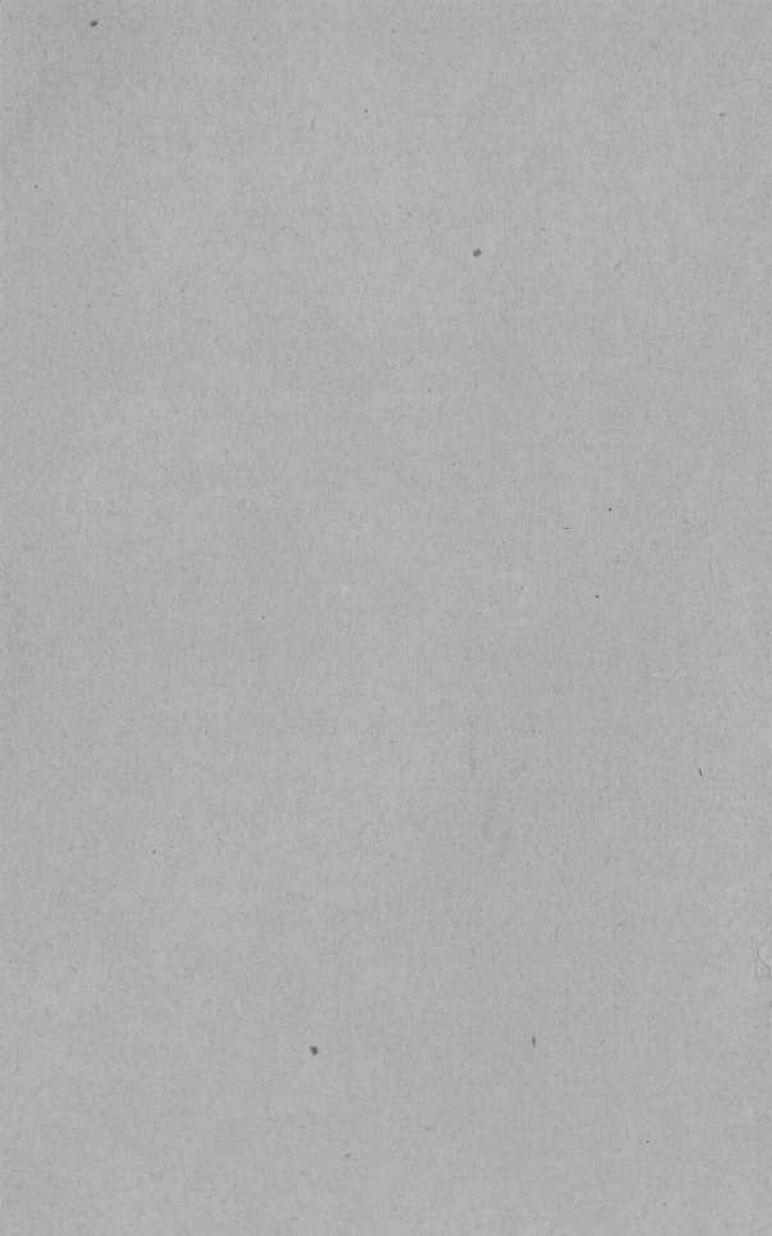
Para terminar; tan gran Rey fué, que á menudo le oyeron sus biógrafos decir que el medio más seguro de acertar á rodearse de buenos ministros, era comenzar por ser buen monarca.

Y tal fué Felipe V, quien á Castilla la tuvo predilecta distinción, dando excelencias á sus villas y ciudades y de tal modo obró CASTILLA con FELIPE V.

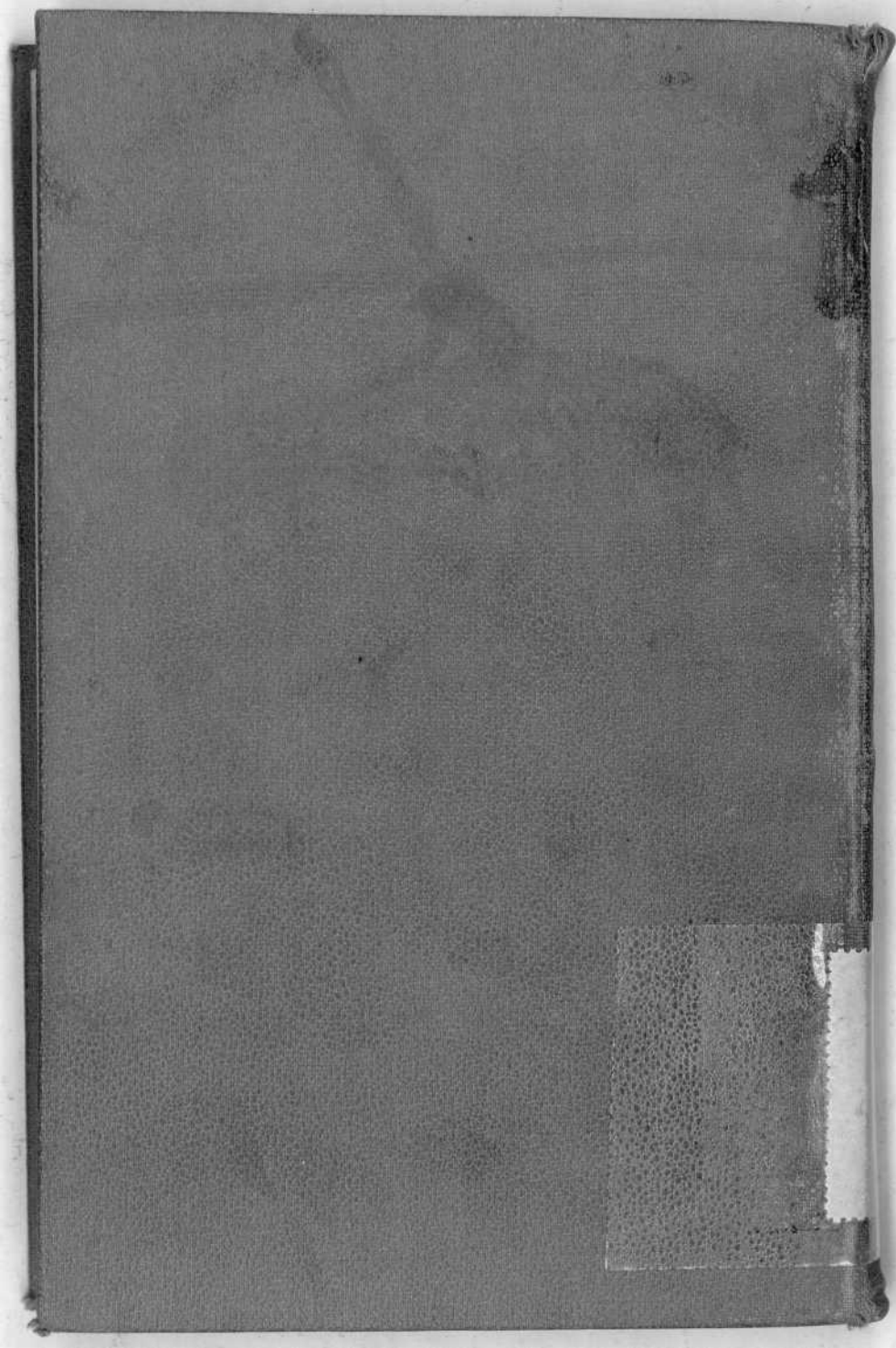
ÍNDICE

	<u>Páginas.</u>
Dedicatoria.....	5
Dos viajeros.....	7
Hacia el convento.....	17
Camino de la Corte.....	37
Despedida del Abad.....	94
Regreso al Esparragal.....	114
Visita inesperada.....	131
El Rey y el Abad.....	138
Decisiones.....	169
De la Granja al Claustro.....	178









B

964